

SELECTA



REVISTA MENSUAL

ENERO

AÑO II-N.º 10

1 PESO



JUDAS VENDIENDO AL SEÑOR POR TREINTA DINEROS

Escena de la Pasión representada en Oberarmmiersgaen

SUMARIO

	Págs.		Págs.
TEXTO			
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco	378	En la ribera, cuadro de C. Daubigny	379
Las blancuras sagradas, Miguel Luis Rocuant	381	Los espíritus de la tempestad	380
La Mariposa, Emilia Pardo Bazán	384	Los grandes cuadros: <i>Las Meninas de Velásquez</i> (trieromía)	383
Ansia, Antonio Orrego Barros	386	La condesa Sofía Potocka, cuadro de A. Kucharski	385
La Casa del Silencio, Santiago Rusiñol	387	El juego de la gallina ciega, cuadro de Laneret	388
La marquesa, el conde y el barón, Ga-Verrá.....	389	Ganimedes, cuadro de Frank Kirchbarch	392
Litorales portugueses, Benjamín Vicuña Subercaseaux.	393	La primera nube, cuadro de W. K. Orchardson	397
Borgia, Alvaro Bradomín	397	Los Borgia, cuadro de W. K. Orchardson.....	399
Monumento á un poeta, Guillermo Muñoz Medina	402	Le Cheval Fondu	400
Un cuadro histórico de Pedro Subercaseaux, B. V. S.	405	Sol de invierno, cuadro de V. Nath	401
Sobre la pretendida inferioridad mental de la mujer, Víctor		Niña caprichosa, cuadro de B. Vautier	404
Delfino	409	Jugando al trompo, cuadro de A. Undurruga	406
El dominio de los aires, Fernán Ruiz	413	Danza de Primavera	407
Crónicas del siglo XII, C. Florisorme	415	Retrato del conde de Warnick, cuadro de Van Dyck	408
GRABADOS			
Judas vendiendo al Señor por treinta dineros..	375	<i>La niña del cántaro roto</i> , cuadro de Greuze	410
La Barquera, cuadro de B. Vautier	377	Fantasia, cuadro de E. Fromentin	411
		Un Fjörd en Suecia, cuadro de Temístocles Eckenbrecher....	412
		Inserción en colores: Cuadro histórico de Pedro Subercaseaux	

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 10

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Enero de 1911

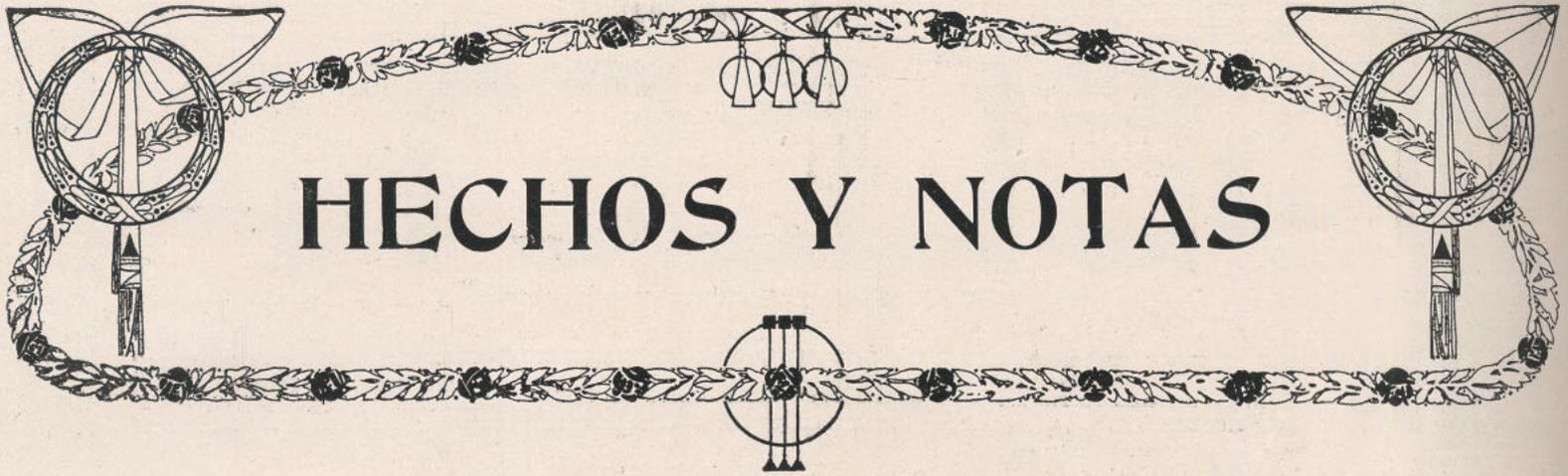
TEATINOS 666
DIRECCION

Precio:
UN PESO



LA BARQUERA

CUADRO DE B. VAUTIER



HECHOS Y NOTAS

EL año de 1910, después de considerable ruido, de lujo en pólvora y en salvas, de acontecimientos graves y de locas diversiones y festividades públicas, se ha derrumbado silenciosamente, deslizándose entre los juguetes de los niños que celebraban el advenimiento del nuevo año. Era el primer centenario de nuestra independencia, de nuestra cuna, de aquel momento supremo é inolvidable en que nos echamos á andar, cayendo y levantándonos, como los niños, pero con rumbo hacia adelante, hasta el momento en que lo hicimos por nuestra cuenta, como niños grandes, y luego nos lanzamos á la calle, en donde nos armaron camorra los vecinos que salieron mal parados, pues uno de ellos perdió la capa, y el sombrero el otro, como quien dice Tarapacá y Antofagasta.

Eso ha sido nuestra vida, el resumen de historia nacional de un siglo. El trabajo, la honradez, la modestia, la tranquilidad y la moderación de nuestros hábitos, la regularidad de nuestra marcha política nos abrieron crédito en el mercado del mundo y hasta cierta reputación de personas serias y honorables. Se nos consideraba fuera del periodo de las revoluciones. Sin embargo, tuvimos una, con diez mil cadáveres y cien millones de gastos, y además, quince años después, un terremoto que nos ha colocado en las mismas condiciones de Messina, la de la bella Italia.

Mas, sean cuales fueren los accidentes de la vida de un siglo, no tenemos, en realidad, motivo alguno para quejarnos de ella. Chile, en cien años, ha pasado de ser la última de las colonias españolas á una de las mejor organizadas y más prósperas Repúblicas de la América Latina. Hace un siglo, teníamos un mandatario enviado de la Península, que gobernaba como señor absoluto, con poder discrecional; casi no existía el comercio ni tampoco la industria, ni la insarucción pública. Las acequias corrían por el centro de las calles. No había alumbrado público. Se paseaba en carreta, pues á penas si existían cuatro calesas. El vestuario era pobre, las casas carecían de comodidades, de mobiliario y de elegancia. Los viajes á Concepción demoraban quince días y á Valparaíso dos ó tres. El fanatismo era horrible. No existían teatros ni espectáculos públicos, á no ser las riñas de gallos á las cuales era tan aficionado el Presidente García Carrasco. La calle de San Antonio era un basural en donde escodían sus escaleras los ladrones para sus asaltos nocturnos. Las raras veces en que algún vecino salía de visita, de noche, iba precedido de un negro con un farol, para no romperse la crisma en el camino. ¿Y la sociedad? Puede decirse que no existía, pues sólo se visitaba en días de santo, y á los parientes ó amigos íntimos. En los saraos, las mujeres se sentaban á un lado y los hombres al otro.

No existían las peloteras políticas y caídas de Ministerio, como en el día, sino los capítulos para las elecciones de Prior en el convento. Esas elecciones, en cambio, se hacían á puño limpio y con una mezcla bastante regular de tenacidad aragonesa y de valor araucano.

Decíamos que en los saraos ó bailes, las señoras se sentaban en el **estrado**, á un extremo de la **cuadra**, y los hombres al otro. Era una época de prudencia, en la cual se creía necesario guardar, á lo menos, una distancia de seis metros entre los hombres y las mujeres, según lo aconsejan algunos padres de la Iglesia. Acaso los Padres de la Patria eran de materia más inflamable que sus nietos, lo que no redundaría en honor de la decendencia... ó de la ascendencia, según los gustos.

Sea de esto lo que fuese, no sería posible negar que la sociabilidad se hallaba en pañales hace un siglo, en Chile, y que la gente no se conocía ó casi no se trataba. Las crónicas de la época nos refieren cosas increíbles, tales como aquel famoso duelo entre Lisperguer y González Bravo de Saravia, en la Plaza de Armas actual, en la puerta misma de la Catedral, á la salida de misa, duelo que degeneró en batalla campal entre los amigos y parciales de uno y de otro, concluyendo con dejar el campo sem-

brado de muertos y heridos. Y esto pasaba á la salida de la misa... No necesitaremos recordar, por cierto, las leyendas de la Quintrala, la célebre doña Catalina de los Ríos que mandaba asesinar, en el patio de su propia casa, á un amigo infiel, y luego, perseguida por la justicia, buscaba asilo en el convento de los Padres Agustinos. Esa Quintrala había hecho crucificar á un esclavo que le había perdido un pañuelo. Tales eran las cosas que durante la colonia se veían.

Cien ó ciento cincuenta años después, nos encontramos con una sociedad elegante, vestida á la última moda de París, fina y cortés en sus maneras, que da bailes magníficos, y que en vez de matarlos, se deja robar por sus cocheros y por sus cocineras; es verdad que los coches están muy bien puestos y la comida es excelente en las casas. Ahora ya no estamos á diez metros de las damas, como antes, y algunos acortan la distancia de manera que suele causar justísimos temores á los allegados y parientes. También podría ser que nosotros fuésemos casi totalmente incombustibles, al revés de los Padres de la Patria que junto con arder "en el fuego santo del patriotismo" se incendiaban de diversos modos.

Ahora ya no empleamos quince ó veinte días en el viaje á Concepción. Se toma el nocturno, á las seis, y se amanece en la hermosa capital del sur. Y esos ferrocarriles, y esos muelles, y esos carruajes de lujo, y esos magníficos espectáculos teatrales, y esas conferencias de grandes escritores y poetas, y las bibliotecas públicas y el libro al alcance de todos, y las casas de lujo con hermosos techos artesonados y con patios cubiertos de vidrio y plantas finas traídas de los climas remotos: eso es el progreso, es la civilización que nos han venido con la libertad y con la independencia.

Si continuásemos en nuestro estado antiguo de colonia española, acaso no tendríamos ni ferrocarriles, ni grandes establecimientos de instrucción pública, ni hermosos paseos, ni Parque, ni Cerro Santa Lucía, ni los palacios de lujo que por todas partes aparecen.

Y ya que hablamos de ayer y de hoy, y que acabamos de mencionar el Cerro Santa Lucía, sería curioso reproducir las fotografías del Cerro en el año de 1874 y en el día. Antes era un montón de piedras, una colina desnuda y salvaje, una agrupación de piedras grises, en lo alto de la cual se elevaba una reducida fortaleza española. El sol reverberaba sobre sus laderas descarnadas, y sus costados, de una fealdad repelente, ponían un feo lunar en la ciudad, en el centro mismo.

Llegó Vicuña Mackenna, y con su varilla mágica, transformó el peladero de rocas sinuosas en un jardín suspendido, como el célebre de Babilonia, en uno de los paseos más hermosos del mundo. Lo llenó de árboles, de plantas, lo cubrió de tierra vegetal; abrió caminos en la roca viva, y rellenó costados enteros con millones de carretadas de tierra. Colocó estatuas y capillas y puentes rústicos y escalas volantes. Gastó muchos millones, colectados voluntariamente y peso á peso de los vecinos, y, por último, Vicuña Mackenna invirtió en el Cerro Santa Lucía una parte de su propia fortuna personal, contrayendo hipotecas y deudas exclusivamente destinadas á cuentas del Cerro que no le fueron jamás reembolsadas. Ese fué el origen de la ruina financiera del grande escritor é Intendente.

Ha transcurrido un siglo desde la Independencia, y la modesta aldea de Santiago que sólo contaba con treinta mil habitantes, pasa de los cuatrocientos mil; su área reducida y limitada por la antigua calle de las Cenizas y el río, se extiende por una superficie inmensa, con hermosos parques y jardines, con plazas bellísimas, aún cuando no tan numerosas como sería de desearse. Tiene la Quinta Normal, el Parque Cousiño, con admirables plantaciones, el Cerro Santa Lucía que es un ramo de flores y de árboles, y el Parque Forestal, futura grande arteria que parece como la vena ahorta de una gran ciudad, y la Avenida de las

Delicias con sus árboles frondosos y los palacios que la embellecen y las estatuas que recuerdan en su bronce nuestras glorias nacionales.

Queda, sin embargo, mucho por hacer, sobre todo en materia de pavimentación de calles. Las del día constituyen para el viajero un suplicio digno de figurar en el Infierno del Dante, salvo, por cierto, las pavimentadas con asfalto de Trinidad. Pero ya no es como antes, el camino del Parque una verdadera vía-cruce.



La Pascua acaso ni ha sido tan alegre como en otros años, sobre todo en la parte central del paseo de las Delicias. Va perdiendo, poco á poco, su carácter de fiesta nacional, que hacía recordar las alegres ferias de Andalucía con sus claveles y albahacas y sus farolillos chinoscos y su olor agreste y delicioso á campo y á hierba recién cortada. La ciudad va desterrando los sombreros guarapones de nuestros huasos y las mantas de vistosos colores; el artesano ha subido, vive con mayores comodidades que el caballero y el huaso no ama su caballo como antes, ni sus arreos tan pintorescos y originales.

El huaso chileno es un tipo genuinamente nacional, es un tesoro precioso que debemos conservar á toda costa, con su manta y sus grandes espuelas y sus chamantos bordados. Cada país debe tener su nota propia, sus rasgos de carácter personal, y cuando esa nota es colorida y vibrante, es menester conservarla, con el mismo cuidado con que se guardan las viejas cosas, y los monumentos y los edificios.

La Pascua, la encantadora Noche Buena de Chile es, principalmente, la fiesta de los niños, la hora de los regalos, la apoteosis de los juguetes.

El niño, el inocente es el favorito del Cristo. "Dejad á los niños venir hacia mí..." Los niños, que son la alegría de la vida, constituyen la cadena que nos liga con el futuro, la cadena de esperanzas, de ensueños y de ilusiones. En esos pequeños seres frágiles está encerrado lo mejor y lo más valioso de nuestra alma. Su felicidad, es la felicidad nuestra aumentada gloriosamente. Lo que no hemos podido alcanzar en la vida lo deseamos para ellos, limitándonos, como el profeta Moisés, á contemplar la tierra prometida, aún cuando nó lleguemos á penetrar en ella.

Y el niño reina de una manera soberana, y con el niño, el ju-

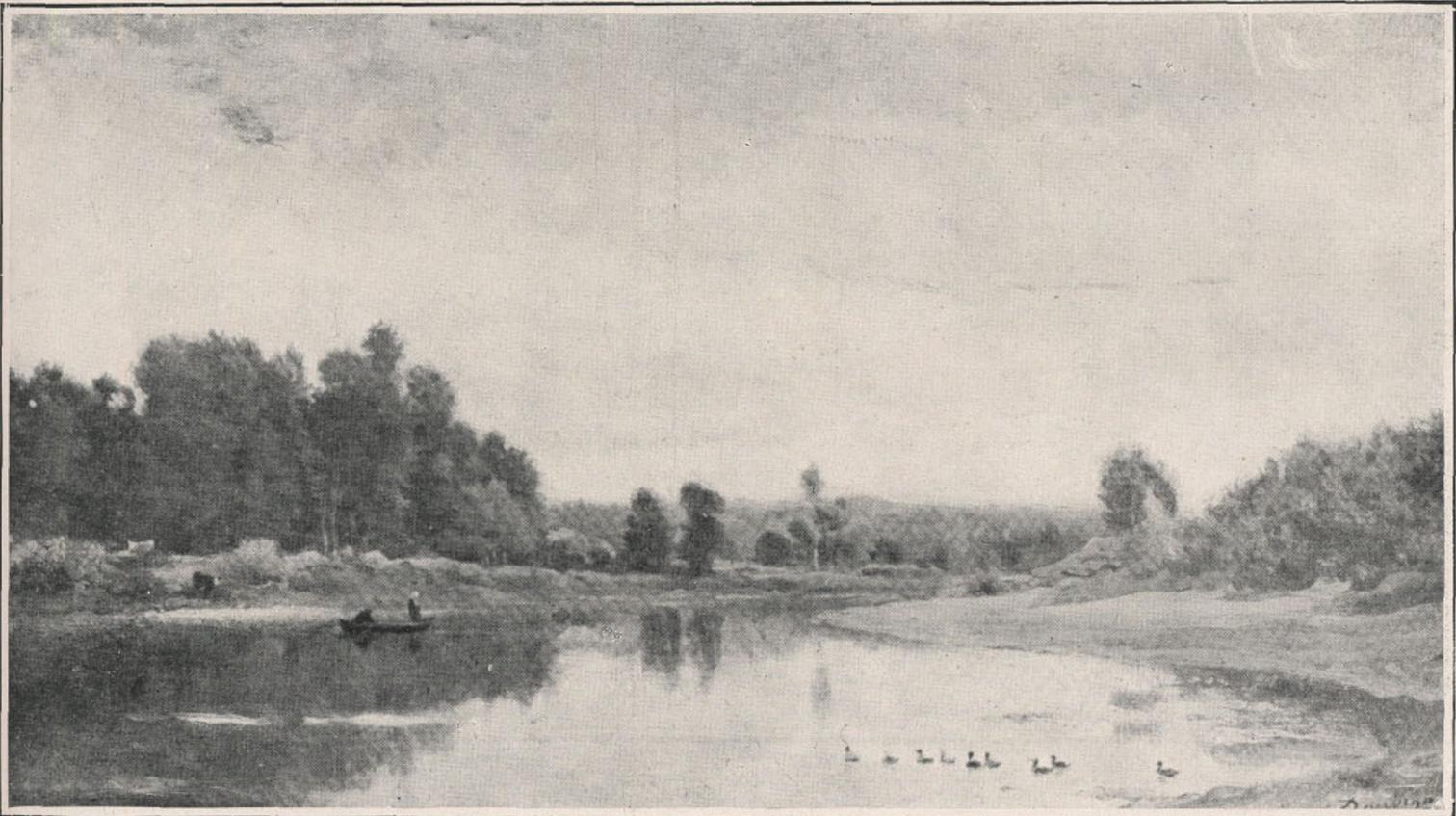
guete, en la hermosa y conmovedora Noche Buena. Mientras nosotros soñamos con la felicidad, con la fortuna, el amor, los honores, las ambiciones, el poder y tantas otras mentiras atrayentes, el niño sólo sueña con juguetes. A él no le importa nada tener casas, ni fundos, ni palacios, ni riquezas: sólo desea una muñeca, un caballo de palo, un fusil, un tambor, un mono de cuerda, una trompeta, una cocinita.

Es curioso estudiar el comienzo de las pasiones en la vida. ¿Por qué les agrada tanto á los niños los tambores, las cornetas, los fusiles y los soldados de plomo?—Es que sienten con ellos, como un confuso rumor de gloria, de combates, de triunfos, de lucha. En las interioridades de las almas infantiles que no piensan todavía, hay la visión, el presentimiento de la batalla futura que habrá de llegar necesariamente, porque la vida es una batalla, una eterna batalla con muertos y heridos, con vencidos y vencedores. El tambor es, también, un precursor del bombo, del cual se hace tan considerable uso y abuso. La modestia es una triste virtud. ¿Qué son los hombres que no saben darse bombo más ó menos disimuladamente á sí mismos? Nada, ó muy poco. Un escritor chileno le decía tranquilamente á un amigo: "Entre nosotros sólo hay dos verdaderos grandes hombres, uno de ellos es usted..." Eso se llama un bombo franco. Hay otros que se dan bombo de manera especial, poniendo por las nubes á sus padres ó parientes. Hay muchos que son "hijos de su papá", como decía uno de ellos ingenuamente, ó sobrinos de su tío.

Las niñas prefieren la muñeca, la cocina, el servicio de té ó de lavatorio. Es que sin saberlo, adivinan su obra de madres futuras, adivinan que han nacido para la familia, que su batalla futura será la conquista del hogar, del cual es emblema la muñeca.

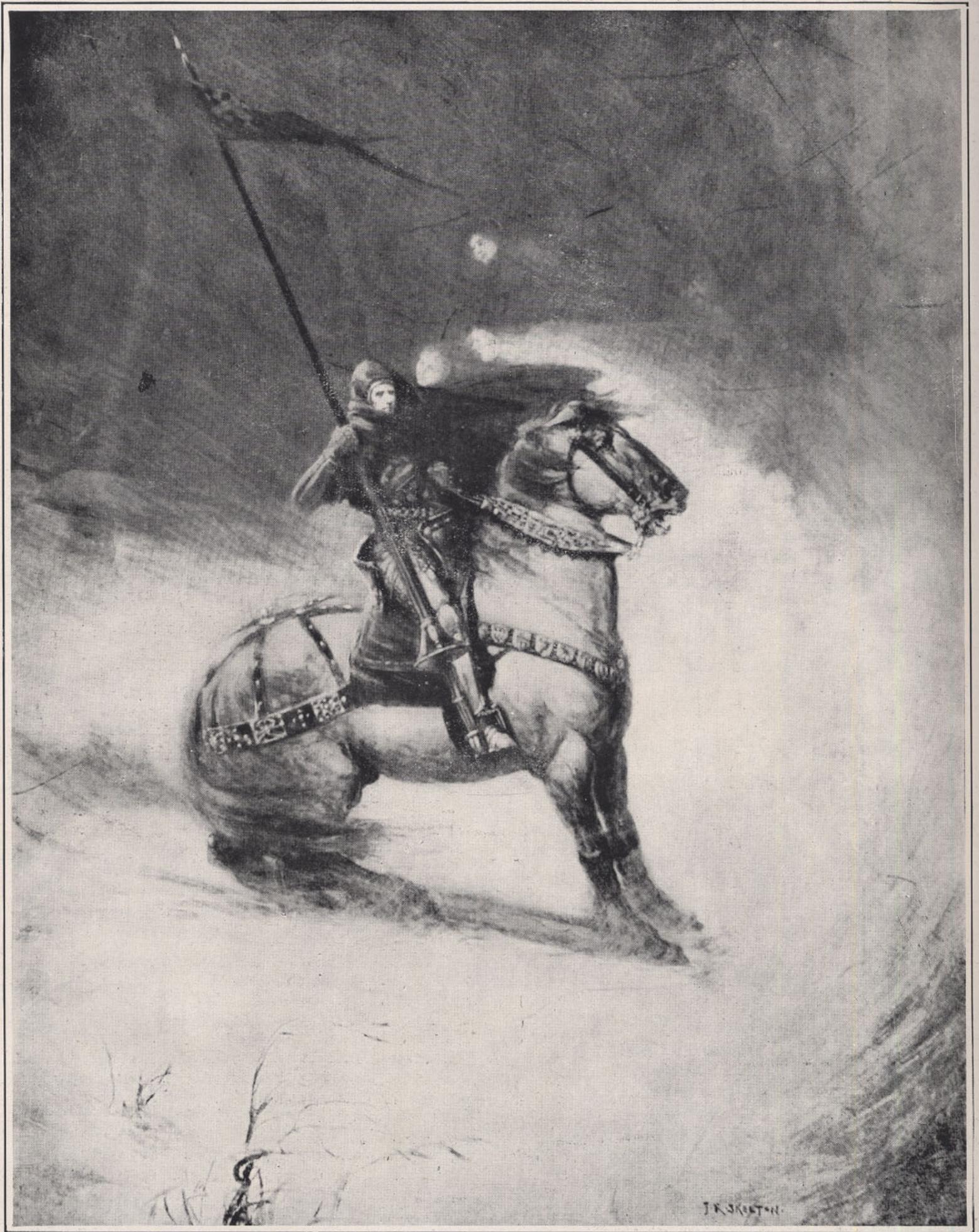
Todo lo que nos rodea es simbólico. En los gritos alegres de Noche Buena, en los pitos y tambores, en las muñecas y en los caballos de palo, veo algo más que objetos inanimados. Tanto ellos como los niños hablan á mi alma y le dicen muchas cosas de sentido simbólico y profundo. Hablan como las campanas, como los cirios encendidos en los templos, como las flores, como las luces rojizas. Tienen su lenguaje misterioso que es preciso descifrar y desentrañar en su oculto sentido como los alquimistas de la Edad Media en sus Grimorios y libros cabalísticos. Y en el fondo alegre de esas cosas insignificantes hay lenguaje de vida, voz profunda de verdad, lenguaje de renovación del mundo por el amor y por el bien, por el ensueño y por la esperanza.

LUIS ORREGO LUCO



EN LA RIBERA

CUADRO DE C. DAUBIGNY



LOS ESPIRITUS DE LA TEMPESTAD

CUADRO DE J. R. SKELTON

LAS BLANCURAS SAGRADAS.=Plaza.=La Quimera

Escultóricamente, faltaba el monstruo. El artista se internó en la selva de los recuerdos mitológicos y, en el silencio sagrado de su sombra el hibridismo de los centauros debió sugerirle las cadencias de un loco tropel equino y la triple naturaleza de la Quimera las lentitudes de un perezoso arrastramiento de dragón. La imagen del monstruo aparecería á sus ojos de un modo tan distinto que, de seguro, se le impuso, por su rareza formal y su belleza simbólica, como el signo soñado. Su forma quimérica, que daba al removerse destellos de pensamiento índico, era la apariencia, la materia... En sus anillos se retorcerían y se desplegaban las exuberancias de la naturaleza. Era el signo único; pero, para adoptarlo, para hacerlo representar las vehemencias de la materia,—fondo escultórico del ensueño, en el grupo ideado,—era preciso conocer su origen, su vida y saber si éstos correspondían al emblema necesario y no se perdían en lo abstruso como los de tantos otros símbolos que los griegos modelaron con la línea que corre por contornos del misterio.

¿A quién pedir la palabra reveladora, en la serie interminable de dedos que alegraron ó entristecieron sus cautos con los episodios de las fábulas helénicas? ¿Cuál de los bardos que vagaron por el suelo griego diría en sus versos la genealogía del mito monstruoso? El artista recurrió á Homero. El viejo narrador pelaso, que desenvolvió sus tumultuosos cuadros guerreros ante el rumor de las aguas del Egeo y las nieves de los valles de Chios, dió al dibujo de la leyenda del monstruo los colores predilectos de su imaginación creadora de epopeyas.

Belerofonte llega á la Corte de Preto, rey de Argos, dice; Antea, la reina, se enamora del gallardo forastero, lo solicita, pero el joven la rechaza. Herida en el orgullo terrible de su hermosura lo acusa á Preto de haber atenuado al honor real. Preto, no queriendo violar las leyes sagradas de la hospitalidad, da á Belerofonte un díptico para Jobates, rey de Licia, la bella ciudad anatólica bañada por el Mediterráneo y regada por las aguas voraginosas del Janto, Jobates recibe con magnificencia al enviado del rey amigo, y á la décima aurora, después de haber dado muerte con todas las ceremonias litúrgicas de los holocaustos, á nueve toros; fresca aún la sangre del último caído bajo la luz del sol, pide á su huésped la tablilla de Preto, comprende los signos ominosos y, para cumplirlos, le ordena matar á un sér de triple naturaleza, animado por una chispa de divinidad salvaje, á la Quimera. Belerofonte, caballero en Pegaso, asciende los montes lícicos y vence al monstruo pavoroso, que cae, conmoviendo con el rumor de sus anillos escamados, el fondo de la leyenda heroica.

El bardo errante, ignorando ó desdeñando el origen del mito, acalla la voz de sus hexámetros. La duda persiste. ¿Qué terrible anomalía de la naturaleza pudo generar la deformidad del dragón mítico? Lo que no le revelaron los versos épicos, se lo revelarían talvez los versos teogónicos.

En las llanuras pastoriles de Beocia vivió un bardo que amó la contemplación de la noche con tal intensidad que, unido á las profundidades sombrías, le parecía temblar con el mismo delicado temblor de las estrellas. Era uno de esos cantores que pusieron sus versos en los labios del pueblo, era Hesíodo. De tanto ahondar en los abismos celestes, tuvo la visión de la vida primera. Sus palabras nos iluminan y nos ensombrecen y sus ritmos nos hacen sentir las cadencias de la materia informe. El, que sorprendió el origen pavoroso de la vida ¿conocería la estirpe fabulosa de la Quimera? Uno de sus poemas dice, rememorando: Echidna, sér de intrépido corazón, bebía su existencia en las entrañas de la tierra. E más fogoso de los vientos, la amó y se unió á ella en una caverna que resonó sordamente con el idilio terrible. La Quimera nació de esas nupcias. ¿Su vida? ¿Su muerte? Hesíodo enmudece, y después de él, Apolodoro, el finísimo gramático ateniense, el coleccionador de leyendas guerreras que nos hacen sentir hasta el sonido de los bronceos heroicos, sólo indica los rasgos superficiales del mito y se atiene á la visión de los ojos ciegos de Homero.

Quedaban los poetas latinos; ellos abrían el origen del mito. Las leyendas mitológicas pasaron como un legado de ensueños, de Grecia á Roma.

Ovidio, que había sorprendido la metamorfosis de los seres y las cosas desde antes de la luz, conocería, talvez, la vida del prodigio helénico. Pero nó; el pusilámne poeta la ignoraba. De la variadísima serie de sus personajes, uno sólo habla del monstruo, por haberlo visto en las lejanías utópicas de la tradición. Biblis, enamorada incestuosa, mordida por el desengaño, huía de la comarca mileteana, hiriéndose el seno, desgarrándose los vestidos, gritando como bacante enloquecida, y en su fuga por valles, selvas y montañas, pasó junto al antro de la hija de Echidna, vió las llamas del monstruo ignívomo y el pavor la hizo llorar en la soledad de los



EN EL TALLER

CUADRO DE LAROCHE

bosques. Después de este episodio, la vida del mito vuelve á la obscuridad, desaparece de los cantos latinos; ningún verso sugiere con sus rumores el último arrastramiento de los anillos, ni recuerda con sus colores las últimas llamas de sus fauces. El mito muere pero la chispa de divinidad salvaje que encerraba su sér lo llevó más allá de las formas terrenas y lo hizo vivir en las regiones elíseas, donde lo halló el héroe de Virgilio. Cuando Eneas, impulsado por la brisa del Mediterráneo, llegó á Cumas, subió las ásperas alturas donde resplandecía el templo de Apolo y preguntó á la sacerdotisa si podría descender las lobregueces del Erebo. Podría; pero, para ello, le era preciso buscar el ramaje de oro del árbol de Juno. Eneas lo halla y lo lleva al ara. Cumplido el rito, la sacerdotisa guía al viajero; bajan la colina sagrada y en la llanura, Eneas se adelanta para rendir homenaje á los restos de Misena, clarinero de guerra que, ahogado al desembarcar, quemaban los soldados en una hoguera de encinas, junto á las espumas rumorosas de la playa. Tributado el homenaje de piedad, el héroe sigue á la sacerdotisa hasta encontrar la caverna erebiana, defendida por un lago sombrío y un bosque tenebroso. Allí se detiene; debe hacer un sacrificio. Derrama vino sobre el testuz de toros negros; les arranca las crenchas frontales; las arroja al fuego, y una á una, agota las cere-

monias de holocausto propiciatorio. La diosa de las profundidades erebianas acude al llamamiento del sacrificante. A su venida, la selva parece lamentarse y la tierra mugir. Eneas, precedido por la sacerdotisa, se precipita á la caverna y en el umbral obscuro intenta herir las sombras monstruosas que le rodean, sin advertir que son seres sin cuerpo, sin envoltura consistente y real. Entre esas, se arrastraba la sombra de la Quimera... Estas leyendas, que pudieron completar la historia mítica del monstruo, no continuaron en la poesía latina, con carácter de creadoras, porque cayó sobre ellas la sonrisa irónica de Lucrecio.

Las naturalezas dobles, dice el cantor del átomo y del infinito, no pueden ser reales; un hombre no puede dar vida á un centauro. Los hibridismos orgánicos son creaciones ilusorias que morirán como todos los sueños.

El mito estaba en su crepúsculo. Después del origen en Hesíodo, de la muerte en Homero, de la supervivencia en Virgilio, la buria en Lucrecio. La historia de las anomalías animales, de los monstruos,



Don Miguel Luis Rocuant, escultura de C. Canut de Bon.
Segunda Medalla, Salón de 1906

terminó como la historia de las anomalías morales, de los dioses. Un mismo soplo de verdad desvaneció las monstruosidades de la forma y las monstruosidades de la idea.

Conocidas las etapas vitales del sér alucinante, el artista debió notar que la figura plástica carecía de lo esencial para ser el símbolo de la materia que nos lleva en un arrastramiento ilusorio y que se desenvuelve serpiformemente en la inmensidad oscura; pero que levanta una faz risueña, arrobada en alegría de flores y de estrellas. La materia es ligera; rítmica, alada. Las levedades de sus alas invisibles son las que nos sostienen y nos guían en la peregrinación por el infinito de lo azul... El artista como un creador de mitos que agrega ó suprime atributos, dió al monstruo, para completar su significación simbólica, amplias y vigorosas alas de águila. Ellas realizarían el prodigio; ellas harían temblar en sus plumas los anhelos de la materia lírica.

Pero, terminado el signo, la insaciabilidad mental que nos hace

ahondar las ideas con febrilidades inquisitivas que llegan á lo doloroso, de uvo, seguramente, la mano que diseñaba al carbón. Era necesario suspender los trazos de la visión lineal. ¿A qué esforzarse por fijarla en el dibujo inseguro?

La forma debía sujetarse á la idea; la idea estaba allí, esbozada en el cartón; pero ¿era bella? ¿no era en realidad una paradoja con más audacia que hermosura? ¿Sería la fealdad del monstruo el más apropiado horizonte plástico de la virgen desnuda? ¿La fealdad en el mármol! ¿Existía lo feo? ¿Qué era? ¿Una disonancia entre la idea y la forma? ¿Un grado inferior á la belleza? ¿Las inseguridades lárvidas de una forma perfecta? ¿Estaba lo feo entre lo sublime y lo trágico, ó entre lo bello y lo cómico? Pero, ¿á qué las disposiciones mareantes sobre la metafísica de lo feo, cuando lo que él sincelaría eran lo feo, lo deforme y lo monstruoso estético? El monstruo se imponía intensamente al ánimo; su monstruosidad no era deformidad; era sublime, no grotesca. No era uno de esos seres que los caricaturistas de la piedra hicieron correr en tropeles de ensueño por las bóvedas de las catedrales, seres formados por acoplamiento orgánico de una zoología de apocalipsis no, era uno de esos que los antiguos simbolizaron ideas mixtas, en que representaron la naturaleza en sus relaciones, no con el hombre ó la vida, sino con la idea que de ella se habían formado; un sér que no se presentaba como el tipo de una especie imposible, sino como la corporificación de un concepto de las fuerzas eternas de la materia. Si es cierto que, en cuanto á imagen, más que en la etapa de la forma primitiva, en que la idea dominó, estaba en la etapa miguelanguesa, en que la forma se impuso hasta ahogar casi á la idea, no por eso dejaba de tener mucho del equilibrio clásico: lo monstruoso no excluía totalmente la idea, ni ésta rebalsaba exageradamente de lo monstruoso.

Simbolizando la naturaleza, el monstruo se retorcería bajo la purísima elevación del ensueño, y el grupo, aliados así sus dos términos contradictorios, se levantaría como una síntesis nívea. Su movimiento sería sosegado y ligero, respectivamente. Aunque la escultura moderna intenta volver, por medio de sus cínceles más gloriosos, al período de la estatuaria estática, al arcaísmo escultórico, al reposo megalítico de las piedras primitivas, á la línea de abstracción inerte en que modeló los rostros esfíngidos y colosales, el artista optó por el movimiento y la liviandad para la vida de su grupo sereno y ardoroso.

Encendido en la visión, debió sentirla tan distinta en sus perfiles delineadores que de seguro hubiera podido acariciar sus contornos y sus relieves ilusorios; y sus variaciones, alternaciones y sustituciones formales debieron presentársele tan impositivamente claras que más de una vez se dejaría mecer por ellas como si, empuñado ya el escoplo, viera correr bajo la piedra inmóvil el atropellamiento tumultuoso de las líneas definitivas...

Empezada la obra, el artista trabajó sin descanso; la aurora halló siempre el filo de su cincel para colgar una gota de luz. Un día el grupo surgió, enteramente cincelado, de la mole abrupta. Las líneas de la virgen tenían puntos de ternura que debieron colorarse de rosa al beso del pulidor y las del monstruo, curvas de resistencia que debieron gemir al empuje del hierro. La piedra había sentido en los instantes de su delicada y heroica transformación, los murmullos del idilio y los clamores de la epopeya. Era armónica; no presentaba ninguna desproporción, ningún movimiento contradictorio. Enlazando los dos términos escultóricos, la virgen y el monstruo, el equilibrio del conjunto se producía por contraste, como en algunos trozos musicales. La línea se hacía cadencia.—¿Qué separa al relieve de la onda sonora? La piedra se melodizaba; sus contornos desenvolvían la visión auditiva de un tema risueño, envuelto en lentas y largas notas graves. La sonrisa de la paz leonina, lo más elevado del monstruo, subía como un gorgojo alegre, un trémulo florecer de trinos primaverales, y las ondulaciones de los anillos, que se desplegaban en arrastrante sucesión de notas bajas, la hacían más claras y ligera aún, envolviéndola en misterioso fondo de armonía. El monstruo se hacía música, y sobre la amplitud de las ondas sonoras, en que la naturaleza simbolizada reía sus claridades estelares sobre el anillamiento de sus moles oscuras, se levantó la virgen, el ensueño, como el effluvio de la melodía serenamente delineada en la blancura extática del mármol.

LOS GRANDES CUADROS



LAS MENINAS, FRAGMENTO DE UN CUADRO DE VELASQUEZ

La Mariposa de pedrería

Erase que se era un mozo muy pobre, y vivía en una guardilla de las más angostas y desmanteladas de la gran capital. Los muebles del tugurio se reducían á dos sillas medio defondadas, un catre con ratonado jergón, una mesita mugrienta, un tintero roñoso y un anafre comido de orín. El mozo—á quien llamaré Lupercio—cubría sus carnes con traje sutil de puro raído y capa ya transparente. Las botas, entreabiertas; por ropa blanca, cuatro andrajos de lienzo; por corbata, un pingo. Así es que Lupercio sufrió grandes fatigas y rubores, y cuando al salir á la calle para comprar un panecillo ó diez céntimos de leche se cruzaba con alguna niña bonita, limpia y bien puesta, ardiente oleada de fuego le subía al rostro.

Para evitar el bochorno de que las mujeres se fijasen en su peregrino, sólo salía al anochecer, cuando es más fácil pasar inadvertido entre la gente que por las calles se codea y empuja. Entonces Lupercio, llevado por la marejada del genio, veía y hasta rozaba cuerpos gallardos, recibía el rayo de fulgurantes pupilas, sentía el roce eléctrico de la seda crujidora, y aspiraba bocanadas de finas esencias. Sus ojos ávidos seguían al tren de lujo, maceta de donde emergen, blandamente columpiadas, aristocráticas flores. Detrás de los vidrios de las tiendas alzábanse pirámides de botellas de vinos generosos, y la luz se filtraba al través de su vientre con reflejos de oro y de sangre. Otros escaparates presentaban el libro nuevo, gentil, de lustrosa cubierta, ó el rancio infolio, clave del pasado. Y Lupercio temblaba de fiebre, de ansia de amar, de gozar, de aprender, de vivir.

Una noche subió á su guardilleja más calenturiento que nunca. Encendió mortecina lámpara, abrió la ventana para que el tabuco se ventilase, y dejando caer la cabeza sobre la mano, poco tardó en rezumar por entre sus dedos lágrima abrasadora. Alzó la frente, miró al anafre, y se le ocurrió que en él estaba el remedio de cuantos males hay en el mundo. Estas cosas, lector amigo, de cien veces que se piensen, dígame en verdad que no se haga una. Lupercio, que realmente estaba triste, triste hasta morir, de pronto cogió la pluma, la sepultó en el roñoso tintero, la paseó sobre un fragmento de papel... y salieron renglones desiguales, los primeros que había compuesto nunca. Cuando terminó la composición, ó lo que fuese, el mozo vió, á la luz de la mortecina lámpara, posada sobre su tintero un insecto extraño, fúlgido, deslumbrador,—una mariposa de pedrería.

Su abdomen era de una perla oriental; de esmeraldas su corsete; sus alas de rubíes y brillantes, y al remate de sus antenas temblaban, como gotas de rocío, dos cristalinos solitarios de incomparable pureza. Lo más encantador de la mariposa es que, siendo de pedrería, estaba viva, pues al tender Lupercio la mano para cogerla, voló la mariposa y fué á posarse más lejos, á la orilla de la mesa. El mozo se quedó sobrecogido; si se empeñaba en cogerla, de fijo que la mariposa huiría por la ventana abierta. Renunciando á perseguir al resplandeciente insecto, Lupercio se contentó con admirarlo.

La mariposa tenía, sin duda alguna, luz propia, porque apartada de la escasa de la lámpara, centelleaba más, proyectando irisados reflejos sobre toda la guardilla. Y es el caso que, á la claridad emanada de la mariposa, así se transformaba la vivienda de Lupercio, que no la conocería nadie. Invisibles tapiceros revistieran las paredes de telas, cuadros, espejos y colgaduras; del techo pendían arañas de veneciano vidrio, y cubría el suelo alfombra turquesa de tres dedos de gordo. ¡Qué metamorfosis! En las gorgonas de Murano se deshojaban rosas; sobre velador árabe tentaban el apetito frutas, dulces y refrescos; blandas melodías de laúd acariciaban el aire; y abriéndose sutilmente la puerta, una mujer, digo mal, una diosa, envuelta en gasas ténues y sin más tocado que las rubias

hebras del febeo cabello, se adelantó, tomó del velador una granada entreabierta, reventando en granos de púrpura, y se la ofreció á Lupercio con lánguida sonrisa... Todo este misterio duró hasta que la mariposa, desde el borde de la ventana, alzó su vuelo, perdiéndose en la obscuridad de la noche.

Aunque al volar la mariposa de pedrería la guardilleja volvió á su pristina y natural fealdad, miseria y desaliño, desde aquel día Lupercio no pensó en la muerte. Tenía un interés, una esperanza: que repitiese su visita la encantada bestezuela. Y la repitió, en efecto, al conjuro de la pluma mojada en tinta y los renglones desiguales. Volvió la mariposa, y esta vez convirtió la guardilla en jardín tropical, poblado de naranjos y palmeras, donde vírgenes africanas ofrecían á Lupercio agua fría en ánforas rojas estriadas de plata y azul.

Así que se habituó á responder al conjuro, la mariposa fué transformando la mansión de Lupercio, ya en gruta oceánica, con náyades, corales y espumas, ya en bahía polar que alumbra boreal aurora, ya en patio de la Alhambra, con arrayanes y fuentes de mármol, donde se leen versículos del Korán, ya en camarín gótico, dorado como un relicario...

Mientras tanto un periódico imprimía los versos de Lupercio (porque versos eran—ya es hora de confesar—), y poco á poco los fué conociendo, estimando y luego admirando el público. Tras la admiración y el aplauso del público vino la envidia de los rivales, la curiosidad de los poderosos y la protección de algunos más inteligentes; con la protección, un poco de bienestar; luego algo que pudiera llamarse desahogo, y, por último, una serie de felices circunstancias,—herencia, lotería, negocios,—la riqueza. Lupercio vivió, amó, gozó, rodó en carruaje al lado de pulcras damiselas, con trajes de eléctrico roce... y no necesito decir que, impulsado por el aura de la fortuna, fué bajando, primero de guardilla al piso segundo, después, del segundo al primero, hasta que resolvió construir para su residencia un lindo palacio, á orillas del mar, en Italia. Había en él jardines, salones, tapicerías, brocados, alfombras, objetos de arte, en suma, cuanto pudo soñar Lupercio en la guardilla de los años juveniles.

Sin embargo, su mujer, sus hijos, sus amigos, sus criados, le veían cabizbajo, abatido, deshecho, y notaban que de día en día se iba agriando su carácter, y ennegreciéndose su humor, y rebosando en él tedio y hastío. Nadie se explicaba el cambio, porque nadie sabía que la mariposa de piedras, la maga de la guardilla, la que también había frecuentado el piso segundo y honrado alguna que otra vez el principal, no se dignaba apoyar sus patitas de esmalte en el reborde de las ventanas del palacio, abiertas siempre, en verano como en invierno, para dejarle franca la entrada.

Lupercio se ponía de pechos en la rica balconada de mármol que dominaba el jardín, y desde la cual se divisaba la extensión del golfo de Nápoles y se oía el murmurio de sus aguas, y miraba á las estrellas por si de alguna iba á bajar la mariposa; pero las estrellas tenían indiferentes, y de mariposa, ni rastro. Lupercio abría á centenares botellas de generosos vinos—de aquellos que en la mocedad le tentaban como un sueño irrealizable,—y en el fondo espumoso del cristal no dormía la mariposa tampoco. Lupercio comía granadas con algunas risueñas beldades muy aficionadas á la fruta, y tampoco en el seno de púrpura se ocultaba la mariposa maldita, la de las alas de rubíes...

¿Qué si había muerto? ¡Para morir estaba ella! Sabe, ¡oh, lector! que las mariposas de pedrería son inmortales. Sólo que la tunanta no tenía ganas de perder el tiempo con gente machucha, y andaba transformando en palacio, jardín ó edén otro domicilio modesto, donde un mozo soñador garrapateaba no sé si verso ó prosa...



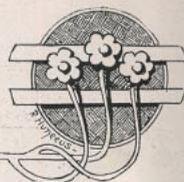
LA CONDESA SOFIA POTOCKA

CUADRO DE A. KUCHARSKI

(Museo de Berlín)



ANSIA



Cuando se mira de frente al sol, lo primero es un llamarazo cegador y deslumbrante en que se confunden y barajan todos los colores del iris, hiriéndonos las pupilas; después de una mancha oscura, de tinte rojizo candente que luego se hace más y más perceptible hasta determinarse en un disco obscuro, ribeteado de rojo-fuego, cuyos bordes crecen, se deforman, ondulan, tiemblan ante la vista, sin precisarse jamás en una línea tranquila y reposada. Y todos los que han tenido la osadía de mirar al sol de frente, llevan por mucho tiempo ante los ojos aquella mancha redonda, como oblea sangrienta.

Casi en todas las leyendas infantiles se habla de hadas que predicen la suerte de los recién nacidos y este recuerdo de los cuentos del hogar tiene, como todo lo que crea la fantasía, un fondo de verdad.

A las almas de los artistas se me ocurre que un hada les ha dado alas en la cuna, pero no un hada que se precisa como las líneas blancas de un ángel ó con la túnica sombría de una vieja andrajosa: tiene á veces un reflejo de sol y otras es un rayo de luna. Gustavo Bécquer llevaba un rayo de luna en su alma y sus poesías; sus cuentos, su arte, tienen todas las idealidades, todas las brumas, todos los claros-oscuros y purezas de una noche de luna. El gran poeta provenzal el cantor de Mireya, nos declara ingenuamente en sus cantos *le solen ma fa canta* (el sol me hace cantar) su hermoso lema, ese sol ardiente que quema su tierra ha sido su hada del arte. Se me ocurre que el alma de Santiván ha sido tocada por el hada misteriosa, pero esta vez no ha bajado en un rayo de luna, ni ha quemado con un ambiente solar; le ha herido las pupilas con un rayo de sol que yendo adentro, le ha dejado en la retina su disco que tiene, como la vida, mucho de sangriento, muchas impurezas, mucha luz que lo descubre todo. Por eso allá donde mire Santiván, tiene su cuadro envuelto en el incendio de un temperamento apasionado, allá donde vaya su pluma irá la luz del sol cantando verdades del espíritu, á veces con sombras refrescantes, pero siempre iluminándolo todo; y la vida, el alma de la humanidad, tiene tantas cosas feas, tantas miserias que ocultar á la sombra de una pálida luz de luna. No todos pueden ni deben mirar al sol; la obra de Santiván es un llamarazo de luz de vida. Cuánto lamento no poder decir que "Ansia" es para todos, pero así como la blanca flor de la noche debe cerrarse á la luz del sol, esta obra no debe ir á manos inocentes, á temperamentos femeninos que apenas conocen de la vida lo que de ella puede verse á través de un puro ensueño.

Hay quienes escriben lo que ven, quienes lo que sueñan y quienes lo que aman. Los primeros forman la escuela realista, los segundos la escuela romántica y los últimos una escuela que tiene raíces en las dos primeras, porque toma de la realidad lo verdadero, lo humano, y del ensueño ese encanto misterioso de las cosas amadas. ¿Acaso el amor no pone una venda en los ojos? ¡Bendita venda que envuelve y borra los defectos de la realidad con el ensueño del amor! Pintar la vida amándola es para mí la más alta expresión del arte, y debo declararlo que lo que más me encanta en la obra de Santiván es aquello que se aproxima á este modo de comprender el arte y lo que borrará de sus páginas—que apenas serían unas cuatro ó cinco de ellas—es lo que se aproxima á la escuela realista, ó por mejor decir-

lo, á la escuela Zolaesca, á ese rayo de sol que le quemó las pupilas.

Como estudio psicológico "Ansia" es una obra interesantísima. La vida de Ricardo, un muchacho entregado á la suerte que después de rodar colegios, de probar el trago amargo de una vida de abandono y de miserias que lo acercan al vicio, conoce á un profesor de música, simpatiza con él, se va á vivir á su casa y allí se relaciona con los pocos miembros de aquella humilde familia: una sobrina y la hija del músico, llamadas Elza y Magdalena.

Un idilio empezado con la primera y terminado con la segunda desarrolla en su espíritu una lucha entre dos hondos afectos. Su amor por Elza se estrelló, después de haber sentido las ternuras del amor comprendido, contra el temperamento inquieto de la niña que lo abandonó por otro amor, por ese eterno anhelo de

muchas vidas que sólo encuentran atractivos en lo que no les pertenece. Ante el derrumbe de sus afectos más hondos, en esa crisis de espíritu, sintió á su lado á Magdalena que lo esperaba con un amor secreto que velaba por su amor. Pobre niña, de aquellas que tal vez porque siempre esperan, alcanzan, pero llegan siempre tarde á recoger las migajas del banquete del corazón y reciben poco en cambio del mundo de ternura con que saben envolver y restañar heridas. Casados Ricardo y Magdalena, surge entre los ojos del joven la visión de Elza sublimada por lo imposible y para Elza cobra encantos Ricardo que nunca ya le pertenecerá por entero. Han separado hogar, la feliz pareja vive á un extremo de la ciudad, Elza y su padre al otro; se ven rara vez, pero el imán tentador los atrae y los enloquece. Surge un desgarramiento de almas atormentadas y ante el dolor inmenso de Magdalena, que se siente sola, olvidada de todos y de estorbo en la vida para aquel amor que vino á interrumpir, Elza, para evitar la tormenta, promete á su prima no volver á ver más á Ricardo.

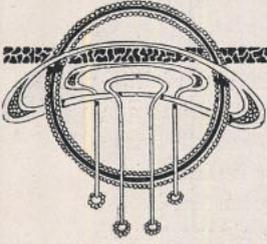
El hogar vuelve á la paz y Elza dejándose arrastrar por sus quiméricos anhelos, por sus fantasías fatales, rueda envuelta en un engranaje de vida que la lleva á morir sola y desamparada, á una sala de hospital. Es evidente que Santiván concibió la novela después de haber sufrido una intensa emoción. Sus personajes no fueron estudiados del natural, no llegaron á él en calidad

de modelos que están en pose: se le impusieron, como se imponen las tormentas de la naturaleza al espíritu del hombre, sacudieron su alma con un grito angustiado de dolor que le penetró hondo, hasta el corazón.

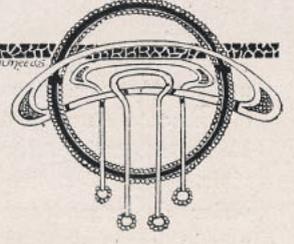
No hace muchos años Santiván nos daba su primera obra "Palpitaciones de vida" en que revelaba todo un temperamento artístico. "Ansia", á pesar de su modesto sub-título en que nos la llama "ensayo de novela", quizás porque en ella se concreta al estudio de una vida y no al de un ambiente social, es, sin duda alguna, una novela, una feliz realidad de aquella promesa que envolvía su primera obra, y lo declaro con llaneza que es la novela más interesante que he leído y se ha publicado en Chile, en los días del Centenario, lo que digo para enaltecerla ante otras obras que he leído, de verdadero mérito, y no para apagar el mérito de otras obras.



Don Fernando Santiván, autor de la novela "Ansia"



La Casa del Silencio



ALLI, cerca del pueblo de Boulogne y á un lado del largo y desierto camino de Versailles, en medio de jardines, de grupos de árboles, de hondonadas de verdor y de escondrijos de flores, se encuentra un jardín de dolor.

Detrás de una pared, y al fondo de una avenida de árboles, se ve un gran letrero que sale de entre el ramaje, y dice: "Casa de curación de enfermedades nerviosas". Bajo el letrero grandes rejas disimuladas por líneas de arquitectura; un caserón frío y simétrico como fábrica de salud, y bajo las paredes, lisas, limpias, nuevas y bruñidas, y dentro de aquellas rejas esbeltas, flacas y doradas como de jaula de lujo, las figuras de los enfermos: neurasténicos prisioneros por voluntad, tambaleando su vértigo ó incubando adormecidos su incurable tristeza; las histéricas, ateridas como si fuesen flores de esufa, ó cayendo como hojas secas; los enfermos de la morfina sosegados por la desesperanza de un afán que no han podido satisfacer, de una sed que no se apaga, de una playa que no llega, y padeciendo á todas horas la añoranza del descanso, y las ansias de una calma soñada; y todos allí, con el espíritu en vuelo hacia el otro lado de la reja, paseando como frailes reclusos de la orden del sufrimiento, como siluetas tristes, como ejemplares curiosos de las enfermedades modernas, encerrados en aquel museo.

Desde dentro, en el fondo de aquel jardín, y detrás de las rejas, aquellos presos voluntarios por delito de enfermedades nerviosas, como sola distracción y único esparcimiento de la mirada, veían una casa, pero una casa tan desierta, tan solitaria y tan fúnebre, que todos la conocían por "la casa del silencio".

Era blanca, de un blanco patinado por la hierba que se había enseñoreado de ella, y la arropaba todo el año. Tenía esos colores de moño que erían las casas abandonadas; á lo largo de su blancura, y por sobre las persianas, bajaban del tejado esos caminitos de lágrimas que la lluvia va dejando en las casas, como arrugas: y rodeada de un jardín con plantas mortecinas, pequeña, baja y cuadrada, conservaba un sigilo de distinción, un dejo de señorial miseria, una tristeza recogía de casa noble y señora que, alzándose en otro tiempo en el fondo de la soledad, se hubiese visto invadida por las casas forasteras que la cerraban, que la arrinconaban, insultándola, casi, con el insulto que tienen los barrios nuevos para las casas envejecidas.

Modesta de arquitectura, media escondida entre las ramas, y muy á menudo esfumada entre los copos de nieve, su blancura de enfermedad inspira melancolía; inspira la atracción misma de los palacios que parecen deshabitados; inspira, sobre todo, ese vago vacío que llevan dentro las cosas que se van muriendo.

Porque la casa no estaba muerta: se moría, agonizaba á la vista de los enfermos de la casa de salud; y aquel aire de casa que todavía vive, pero que no vivirá mucho tiempo; aquel sudor enfermo de casa que se destiñe; aquella blancura de fiebre, hacían pensar en la agonía, en la última caída que tienen los monumentos antes de convertirse en ruinas.

Las puertas de aquella casa no se abrían nunca, pero se oían crujir; los ventanales estaban cerrados todo el día, pero de noche dejaban escapar luz, y á veces, hasta los abrían de par en par, como buscando aire, como buscando nieve, como buscando frío de noche ó de muerte forastera; la chimenea no solía humear, pero de pronto desprendía escalofríos de calor, espasmos nerviosos, para tornar á quedarse apagada, y un silencio de tumba que guardase gente viva es lo que daba más angustia, más helado recogimiento á aquella casa extraña.

Porque no estaba muerta. Detrás de los pórticos, á veces en la noche, entre la luz indecisa de amarillez temblorosa, se veía la sombra de un viejo, de hombre de cabellos blancos que pendían lacios sobre un cráneo de calavera. A veces, apoyándose en los cristales

ó mirando al vacío de las tinieblas, se veían dos siluetas idénticas, dos siluetas de hermanos gemelos, los dos flacos, los dos color de cera y con los labios amoratados, como si un beso misterioso los hubiese envenenado; los dos como momias moribundas, como cuerpos santos, vistos detrás de un cristal de urna, en la cripta de un cementerio. A veces, mirando la obscuridad del cielo ó el centelleo de las estrellas, se veía otra figura: una muchacha que bien podía ser una sombra, ó el delirio de un enfermo, ó un sueño; y estas cuatro siluetas se deslizaban como visiones, se apagaban, se movían con perezosa dejadez, se perdían tras las paredes blancas; caían como adormecidas ó de pronto se levantaban como presas de desesperación, mientras del fondo de la casa, á horas fijas, se escuchaba un lamento terrible; un lamento tan largo de agonía, el lamento de un perro que lloraba con voz tan espeluznante, que el alma se preguntaba quién habitaría aquella casa y qué sér extraño y malféfico había entrado en ella.

Un día los enfermos de la casa de salud vieron un coche de muerto detenido á la puerta de la casa del silencio. Había llegado casi solo, habían entrado los cocheros, habían bajado una caja, y acompañando á aquel muerto solitario habían salido de la casa dos figuras idénticas de estatura, de edad y de espantosa delgadez. Los dos se sostenían como muertos en pie, vestidos con la última vestidura de luto, se tenían en pie por un resorte nervioso, vivían muriéndose, y pálidos los dos, y con los ojos medio apagados, echaron á andar detrás del coche sin decirse una palabra.

Nadie más siguió aquel extraño entierro, que pasó como un enigma delante de las rejas y, como sombras de dolor, se fundieron las siluetas entre los copos de la nieve, dejando no más que las pisadas sobre el suelo blanco, y como un perfume de misterio que no sabían explicarse ni los vecinos de aquellos caminos apartados ni los pocos caminantes que por ellos pasaban.

Sólo cosas vagas se decían de la historia de la casa, que atravesaban las rejas de la casa de salud, cosas vagas como la niebla que siempre la envolvía. Que era una familia noble, bajada de las llanuras del Norte, una familia opulenta que, herida poco á poco por la miseria más negra, perdida y degenerada, se había acurrucado dentro de aquellas paredes blancas como quien se recluye á la ermita del frío y de la muerte. Que aquel que llevaban á enterrar era el padre de los gemelos que acompañaban el entierro, y que en casa quedaban otra hija y un perro blanco que no se separaba de ella nunca, y que todos se iban muriendo de un veneno misterioso, de un mal que los hacía soñar despiertos y dormir soñando, de un mal que hacía amar la muerte, de un mal que iba secando el cuerpo y encendiendo el fuego del alma. Sólo se decían cosas vagas; como rastro de aquel entierro, corrieron todo aquel día, hasta que á la noche, recibidos por el aullar del perro, y apoyándose uno en otro, volvieron los dos gemelos como dos seres agonizantes y borrachos de algún néctar suicida. Encerráronse dentro de la casa blanca; por un momento se agitó aquella tumba de frío; se abrieron las ventanas y, ya abiertas de par en par, dejó de llorar el perro y volvió el silencio; un silencio vacío, de interior de pirámide, un silencio que no conmovía ni la luz de un farol, lumínar impasible, como debió ser la llama que daba luz á los sarcófagos en los subterráneos de Menfis.

¿Qué casa era aquella? ¿Qué seres los que en ella se enterraban en vida? ¿Por qué azares de desgracia se habían concluido allí dentro? ¿Qué ley de fatalidad les conducía á la muerte, á una muerte premeditada, á una muerte querida, y terrible? ¿No sería posible ir á buscar y hallar las raíces de aquel árbol de nobleza, y saber cómo se habían carecomido hasta dar aquellas flores que se morían sin savia; saber por qué pendiente habían ido rodando hasta caer heladas en aquel desierto de casa; saber qué les llevaba á la muerte?... Em-

pero el veneno que les mataba, si era un secreto para todo el mundo no lo era para muchos enfermos de la casa de la salud, que sufrían el tormento de no poderse morir. El bálsamo suicida, el néctar del bien y del mal, el adormecimiento de la vida con las ansias del no vivir, ya sabían los enfermos que sólo hay un espíritu con poder de engendrarlo; el espíritu de la morfina: ese espíritu amado como la sombra del reposo y cruel como tormento que hace soñar con la agonía; que apaga la sed del corazón y lo maldice consolándole; que duermen las fibras del cuerpo y despierta las del alma; el espíritu de esa hermosa morfina, sirena de voz suave, hada del amor al sueño, veladora de la paz y dulce visión del reposo; de esa infame morfina, cortesana de la muerte, guardadora del tormento; fuente de sed y falsa y traidora amiga con labios de tentación, y boca con baba de víbora, y corazón con sangre de pantera. Comprendían los enfermos que aquellas horas de calma engañosa de la casa del silencio las daba la morfina; que aquella amarillez la traía la morfina; que aquella fiebre nerviosa que hacía temblar hasta las mismas paredes blancas, venía de la morfina; que era ella la que apagaba la vida, la que daba escalofríos, la que con sus dedos de marquesa y sus doradas uñas de harpía, ahogaba callando á los extraños suicidas de la casa del silencio.

Y la casa del silencio fué cada día más enigmática y silenciosa.

Aquel solitario entierro pareció que llamase otros; pareció el guía fatal del camino del cementerio. Ni un ruido, ni un hálito vivo salían ya de aquellos vidrios empañados; ni un ¡ay!, ni una queja pasaban las paredes, cuya blancura se iba tornando amarilla, como la de las hojas de una gardenia marchita hasta los aullidos de aquel perro se iban haciendo más hondos, más largos y tristes; hasta el farol se apagaba poco á poco; y á no ser porque alguna vez aún se veían pasar las sombras de las figuras moviéndose como algas muertas en aquel mar sin olas, bien se hubiera podido decir que la luz de la vida se había apagado allí para siempre.

Sólo en aquellos momentos, los de detrás de los vidrios miraban con desesperación á los de detrás de la reja, y eran mirados por ellos de igual modo. Por juego del destino, los condenados á morir de la casa del silencio miraban á los morfínomanos de la casa de la salud con ansias de arrepentimiento; y los condenados á curarse, como un suplicio de Tántalo, veían como una esperanza la libertad de la muerte, detrás de aquellos vidrios. Los de fuera, en las horas de agonía, miraban el remedio, sin fuerzas para lanzarse á él, y los de dentro, en el tormento de las ansias de la calma tan soñada, gritaban con desesperación:

—¡Dichosos ellos, que pueden darse la muerte!.....

Y unos y otros temblaban por morir y temblaban por no vivir.

SANTIAGO RUSIÑOL



EL JUEGO DE LA GALLINA CIEGA

CUADRO DE LANCRET

La Marquesa, el Conde y el Barón

RECUERDOS RETROSPECTIVOS

(A mi amigo Alberto Cousiño)



Hace tantos años que esto pasó que casi, casi va á parecer invención; pero yo os juro que no daré un ápice á la imaginación ni á la inventiva y que, únicamente, relataré los hechos como mis recuerdos los van evocando.

El almirante don Carlos García del Postigo y Bulnes, marqués de Casa Postigo, cuyo nombre está gloriosamente vinculado á nuestra historia; tuvo, en su ancianidad una hija, que fué la heredera de su título, tan antiguo como los más viejos de España, pues databa de las primeras guerras con los moros, y de su inmensa fortuna consistentes en señoríos en la Península Ibérica, grandes haciendas, minas en el Perú é inmensas tierras en Chile.

Era Mercedes inteligente, culta, vivísima; tenía esa gracia que hacía tan famosas á las peruanas en aquel tiempo; era tan lista para sorprender los defectos y ridículos de sus amigos, que por su lengua y su ironía llegó á hacerse temible... á todas sus distinguidas cualidades intelectuales faltábales el corazón para hacerlas simpáticas..., la hermosura física de que carecía completamente, para ser amada.

Su esposo, don Federico Torrico, era una apuesta y gentil marcebo, que poseía toda la bondad y hermosura que faltaban á su consorte. Después de educarse en el Instituto Nacional de Chile, pasó á Europa en donde vivió algunos años al lado de su familia, que habitaba en París. Su padre, el general Torrico, era el tutor de Mercedes García de Postigo... y sólo por insinuaciones de un padre querido y respetado, se comprende, que Federico haya sacrificado su vida al interés del dinero... él, era artista, pintaba muy bien, era modesto, benévolo y fué tan mimado, como él lo merecía, por la sociedad de Santiago.

Los trajo á Chile el doble interés, de conocer á su tío, el general don Manuel Bulnes, primo hermano é íntimo amigo del almirante de Casa Postigo y Bulnes, y de partirse con él, de los bienes indivisos aún de la sucesión Bulnes.

Don Marcial Martínez, abogado joven, pero ya muy distinguido, y amigo de Federico Torrico, fué el partidador de esa intrincada herencia.

Torrico quiso hacerse agricultor, *por amor al arte*; admiraba aquel hermoso país de Chillán, donde tenía sus tierras; las montañas, los bosques, los crepúsculos de la tarde cuando se perdía el sol, despidiendo rayos de hermosísimos colores que, como misteriosa caricia, venían á besar la frente soñadora de ese poeta artista; amaba las noches de luna clarísimas, los horizontes lejanos; los colores, la verdura.

Edificó su casa sobre una colina, cuyo panorama era incomparable y en ella, la mejor habitación, era su taller, con vista para todos lados; con rosas trepadoras, que se alzaban rodeando los

marcos de las ventanas, y cuyas flores rojas y blancas se asomaban por entre los vidrios, pispando curiosas lo que pasaba en el interior.

Después de un viaje que hicieron al Perú, volvieron acompañados de un señor francés, al que atendían con esmero y presentaban á sus relaciones como el Conde de Montalban. Este sufría, atrozmente aún, de las heridas, que en una pierna, recibiera en la batalla de Sadowa, en donde fué dejado como muerto en el campo. La abnegación de un fiel amigo lo salvó en el momento en que, junto con otros cadáveres, le iban á arrojar al foso común, y en de ver la cara que el Conde ponía al relatar este hecho macabro. De resultas de todos estos sufrimientos se le envenenaron las heridas y estuvo de nuevo á las puertas de la muerte. Vuelto á salvar lo mandaron los médicos á dar la vuelta al mundo como único medio de descansar y adquirir fuerzas.

En el barco que hacía la carrera de San Tomás á Valparaíso, lo conocieron los esposos Torrico, é intimaron con él después de cerciorarse de su *autenticidad* por los papeles, cartas, salvoconductos, recomendaciones de su gobierno á todas las legaciones, que existieran en los países que debía visitar. En la "Illustration Française" correspondiente, á la época de la Guerra con Italia, venía su retrato de notable parecido, junto con noticias biográficas que lo enaltecían en alto grado. A los cuarenta años estaba ya propuesto para general del Ejército francés, y él esperaba que llegando á Francia sería nombrado.

En verdad su físico no era atrayente á primera vista.

De regular estatura, pesado de movimientos, con aspecto hidrópico, de maneras bruscas, de mirar avieso y curioso cuando no se creía observado; dulce é indiferente el resto del tiempo; de una franqueza de maneras rayanas en la vulgaridad, llamaba á las señoras por sus nombres de pila y á los hombres les golpeaba el hombro haciéndoles bromas obscenas.

De cuando en cuando una duda asaltaba á las familias que en su intimidad lo recibieron. Siempre que él lo sabía, lo que era con frecuencia, se sonreía y les mostraba sus papeles y comprobantes.

—En esta diabla vida del campamento que embrutece,—les decía, como disculpándose,—¿ignoro cómo puedo hablar aún!

Llegó á ser el niño mimado de los salones; su vida era una fiesta constante. Como en aquel tiempo no había clubs, los hombres se reunían en las casas amigas, y á todas ellas llegaba el Conde apoyado en su grueso bastón, con un pie calzado de zapatillas y cojeando siempre. No había paseo, baile, comida donde no estuviera.

Si lo invitaban á jugar no aceptaba, sino después que la insistencia lo obligara, y lo hacía con tal suerte que *los barría*, como decían sus compañeros.

—¡Ah!—les decía suspirando, al mismo tiempo que se atesaba los bolsillos de los cóndores de oro que les ganara:—el juego es infame y atrayente, por lo que á mí me da miedo, y como véis, lo resisto siempre. Se siente uno dominado por el vicio fatal, y luego después la vergüenza sube al rostro por haber compartido con otros esa infamia, y sobre todo me molesta ganar á los amigos!

—¡Habría hombre más caballero!—murmuraban con admiración los que habían perdido.

Cada mala le traía paquetes de cartas y de diarios.

—Mi pobre madre,—decía,—mis hermanitas, los amigos, todos me piden que vuelva. Me creen en un país salvaje, me encargan trajes de plumas. ¡Ah, cómo se engañan!—y al mismo tiempo mostraba cartas en rico papel blasonado. ¿Podría haber duda?

Por aquel mismo tiempo llegó á Valparaíso un joven francés de veinte á veinticinco años. Alto, rubio, muy hermoso, de perfecto tipo galo; llegó sin más recomendación que una carta para la casa "Momus frères" diciendo que le entregarán 1,000 francos todos los meses (los que en aquel tiempo eran 200 pesos de la moneda corriente). No trató de introducirse, por ningún medio, á la sociedad del puerto que era muy alegre y elegante. Se llamaba el barón D'Heckeren; su padre, del mismo nombre era senador del Imperio, hombre influyente en la Banca y en la política, grande amigo de Napoleón III á quien servía con el prestigio de su nombre y de su fortuna; y amigo también de la Emperatriz que lo invitaba á todos sus Lunas íntimos.

¡Este sí que inspiró recelos á la gente prudente y precavida!

—Si Montalban no lo conocía, ¿cómo podía ser cierto lo que decía?

—¡Había que cuidarse de esos tipos!—les decía al oído el Conde, con lo que consiguió que le rodeara una atmósfera de recelo, á pesar de su gran simpatía, de sus finas maneras y de estar amparado por una respetable familia.

El hijo mayor del marqués de Cañada Hermosa, oyendo hablar de ese *casi misterioso y expuesto* personaje recordó que él había estado en el Colegio "Louis le Grand", en París, con un joven con quien había intimado y que respondía al nombre y señas del joven *sospechoso*; y aseguraba que, si era él mismo, él, Scirpion Cortés, respondería en todo y por todo de él, más que del otro tipo que tenía embaucados á los santiaguinos, decía con cierta sorna. Pero le buscaba sin lograr encontrarlo; ya principiaba á dudar también él de la identidad del sujeto.

Pasando un día por la plaza de Quillota, divisó á una persona de elegante porte, que indiferente, con las manos cruzadas en la espalda, sujetando un bastón, miraba á todos lados y bostezaba.

Un recuerdo vago lo asaltó, aquella figura, ese aire no le era desconocidos, se acercó.

—¡D'Heckeren!—dijo en alta voz.

—¡Eín!—exclamó el otro volviéndose perezosamente.

—¡Por fin te encuentro, hombre!—le decía Scirpion estrechándole con cariño y franqueza las manos,—¿me reconoces?

—¡Por cierto, y me alegro mucho de verte, pues yo también he preguntado por tí! Me acordaba que te llamábamos en Louis le Grand, le petit chilien.

—¿Y qué haces aquí, hombre? ¿Dónde vives?

Se encogió de hombros el otro.

—¡Si lo supieras! Estoy en casa de una familia muy buena pero que no conozco. ¡Me aburro! ¡Me aburro!

—Pero, ¿por qué te has venido de París? Tu padre es ó era muy rico. ¿Vienes á trabajar?

—¡Oh, nó, dieu merci! Mi padre es rico, pero tan avaro. Encontraba que yo gastaba mucho y me embarcó para América con una renta mínima. Los primeros días del mes los paso regular, pero después, la miseria, el tedio profundo me dominan, me matarán!

Desde ese día volvió con la familia Cortés. Todos los primeros del mes íbase alegre á Valparaíso, cobraba su pensión que gastaba generosamente, volviéndose á la hacienda de Bellavista cuando ya no le quedaba sino lo indispensable para comprar libros, dulces y todo lo que pudiera ser agradable á las señoras de Cortés.

En esos tiempos la hacienda de Bellavista, que habitaba largos meses del año el señor don Felipe Cortés y Azua, marqués de Cañada Hermosa, su señora é hijos; su hermana doña Pastora Cortés de Ramírez con sus encantadoras hijas, Zelmira, Hortencia, Luisa y su sobrina Fortunata Nieto, era el centro más culto, alegre y hospitalario de esta tierra. Ahí se deslizaron dulces y felizmente los días del joven Barón.

Este era el antitesís del de Montalban. Ya os he dicho que era muy hermoso, que sus maneras eran cultas y finas sin afectación ni exageración; instruido, espiritual, gracioso y *achiquillado*; se reía y hacía juego de todo. En la casa de Cortés y las señoras de Ramírez le estimaban por su delicadeza, por sus maneras tan respetuosas á la par que suaves y cariñosas; bailaba, cantaba, tocaba el piano, montaba á caballo como un centauro y era eximio en todos los ejercicios; valiente y generoso, además.

Cuando, por primera vez, vino á Santiago, patrocinado por Scirpion Cortés, que lo presentó á sus relaciones, se encontró en todas partes con el de Montalban, y le causaba una sorpresa, una inquietud que no se explicaba.

—¡Algo me recuerda este hombre!—se decía á sí mismo.

—¡Si es usted francés, y sobre todo parisiense debe reconocerme!—le decía el Conde, fijándole la vista.

—¡No creo haberlo visto jamás!—le decía, quedándole una duda siempre en su alma.

Escribió á su padre pidiéndole que se informara y esperó.

Mientras tanto el Conde le hacía una guerra constante é hipócrita, añadiendo siempre, después que sembraba la calumnia.

—¡Yo no sé nada! Pero es preciso tener mucho cuidado. Es tan fácil engañar y gente tan buena y tan hospitalaria como son ustedes los chilenos. Muchos tipos como éste he conocido en las casas de juego, en aquéllas donde se engaña y se juega mal. Arruinan á los incautos y seduciendo á las mujeres hacen su vida estos hombres buenos mozos. ¡Mucho cuidado!

A Torrico le era sagrada la amistad que profesaba al Conde; la practicaba grande y noblemente sin que en nada le faltara, pero siempre con cierta reserva y ceremonia, aunque le alojaba en su casa.

Este compadecía profundamente á Mercedes, sin parecer decir nada revelaba el abandono que de ella hacía su marido, y *sotto voce*, en íntima reserva, contaba las interioridades de esa casa hospitalaria y generosa que debió serle sagrada.

—¡Pobre mujercita!—decía.—¡Es verdad que no es hermosa, lejos de eso! pero vale mucho más que Federico que, ciertamente, no digo que nó, es un excelente muchacho, pero gastador, calavera, jugador, ¡uf, uf! Los maridos en Francia sono mejores. ¡Y pensar que todo el dinero es de ella! *Elle est riche à millions!* ¡Ah, malo, malo, yo no haría eso!

Y así también se insinuaba con Mercedes:

Era tan grande el interés que la inspiraba; temía que la dejara en la calle si no tomaba sus precauciones; él le aconsejaría que enviara cuanto dinero pudiera á Londres, donde él conocía un banquero muy rico y muy honrado. ¡Ah! al que él le entregaría el oro en polvo, si lo tuviera: es él quien le maneja la fortuna heredada de su padre y nunca había tenido de qué quejarse.

—Ya sabe usted, Mercedes, yo soy su mejor amigo, puede disponer de mí, yo le haré todas esas operaciones con el mayor sigilo. Es indigno lo que hace Federico.

Y así penetraba la zizaña en el corazón de Mercedes, avivada por los celos que una linda niña le inspiraban.

Con Federico era otro su juego; le alababa cuanto hacía, jugaba con él y le ganaba: le axaltaba la hermosura sin igual de la señorita que admiraba; le proporcionaba facilidades para verse y todo esto con admirable discreción.

—Que quiere, usted amigo mío,—le decía,—está usted palpando la superioridad de la poesía sobre el interés, de la ilusión sobre la realidad, del ensueño sobre la vida. Ve usted, que el dinero no hace la felicidad y que ese error de su vida le cuesta caro, ¡no valía la pena sacrificarse tanto!

Federico inclinaba la cabeza suspirando.

—Tiene usted razón, Conde,—le respondía con desaliento.

Mientras tanto el barón d'Heckeren estaba como desterrado de la sociedad, se dudaba de él, se negaba que fuera lo que decía ser; y mil historias denigrantes y dudosas andaban y se desparramaban como el aceite. Llegó á decirse que tenía en un brazo la mancha de fuego con que marcan á los forzados.

Si alguien se hubiera tomado el trabajo de buscar el origen de esos *chismes* anónimos y denigrantes se habría encontrado que era Montalban, quien con maña y picardía los hacía circular; pero si alguien llegaba á indagar de él la verdad, se encogía de hombros, contestando que, "aunque fueran ciertos, él no lo diría jamás, menos tratándose de un compatriota, pero ya lo he dicho: hay que desconfiar de tipos como ese..."

Esta discreción aumentaba su fama y su buen nombre.

Federico aseguraba haber visto al joven d'Heckeren entrando con su padre á un baile del Elíseo.

El Conde se sonreía:

—Todo es indiferente á Federico,—decía,—él dejaría tranquilo que un cualquiera se riera y los explotara á ustedes. ¡Oh, yo soy bien diferente!

Ya Montalban hablaba español; seis meses le habían bastado para expresarse con corrección. Todas las noches asistía á la tertulia del Presidente don José Joaquín Pérez, y era el huésped más alegre. Animaba á todos, hacía pruebas maravillosas, le escamoteaba el dinero á don Ramón Rozas Mendiburu que, al sentarse á jugar malilla, se encontraba sin un chico en los bolsillos; se desesperaba asegurando que se había hecho un puñado de cóndores, al salir de su casa; lo embromaban un rato y luego le devolvía su dinero; á otro le sacaba su prendedor de corbata que colocaba en la de un amigo sin que ninguno de los dos se apercibiera, les enseñaba entretenidos juegos de prendas. Su pie no le permitía bailar, pero él les tocaba en el piano para que otros lo hicieran; cantaba la *chansonnette* imitando á la famosa Therese, rasgueaba la guitarra y cantaba en italiano á la famosa Therese; en fin, era un estuche el simpático gabacho, como le llamaban ya, con gran contento de él.

El barón de Monery Caylus, militar francés, instructor de nuestro ejército, se encontró un día con él en una casa amiga, y le hizo tan mal efecto que, sin poderlo disimular dijo á un caballero que cerca de él estaba:

—¡Qué tipo! ¡Y este es el Conde de Montalban de que tanto oigo hablar? más me parece un escapado de trabajos forzados.

—¡Qué ocurrencia! ¡Tiene sus papeles y pasaportes!

—¿No tendrá también una marca de fuego en la espalda?

Le oyó el Conde, palideció atrozmente y fijándole la vista exclamó:
—Me retiro, señor, pues no podremos jamás estar juntos en un salón. Abusa usted de mi enfermedad y de que soy extranjero, pero soy su compatriota, barón de Monary, y un día nos hemos de encontrar.

Acompasadamente se retiró, pálido y abatido con esa primera ofensa recibida en Chile, ¡y por un compatriota!

Eran esos los primeros días del mes de Diciembre, época en que los esposos Torrico se dirigían á Chillán y á su hacienda. Con ellos se marchó también el de Montalban, que llegó á hacerse indispensable, pues su presencia entre ellos, su alegría, los miles recursos de que disponía para hacerse agradable, les hacía menos triste la vida que, á estar solos les habría sido inaguantable. El Conde seguía haciendo su doble rol entre ambos esposos, nadando él, feliz como un pescado, en esa agua que enturbiaba.

Las cartas y periódicos que con regularidad recibiera hasta entonces el Conde, habían cesado de llegar lo que no le inquietaba; todo lo atribuía á la deficiencia del transporte de la correspondencia.

A un verano frío había sucedido un otoño de tormentas y de vientos helados; la lluvia les obligaba á quedarse en casa, en la que las goteras que caían de los techos, con su ruido triste y monótono parecían presagiar algún dolor, alguna pena, ¿pero qué? Ellos, es decir los Torrico, eran solos en el mundo, sin padres, sin hijos, sin hermanos, y el Conde no conocía las preocupaciones.

Un día llegó en que brillando el sol é iluminando el paisaje dorado, de árboles con hojas de hermosos colores metálicos en que el rojo cobrizo se unía al bronce, al oro y la plata, con esos hermosísimos tintes de otoño; la casa de Torrico amaneció muy alegre; el correo les había traído cartas, libros, periódicos, ilustraciones. Todos se pusieron á hojearlos y á comentarlos. De súbito Federico cambió de color, á un rojo intenso, sucede en su fisonomía una palidez espectral. Su mujer lo mira, se sonríe irónicamente, luego se dirige al Conde que la observaba guiñándole un ojo:

—¡C'est vrai!—dijo éste en voz baja,—¡il l'adore!

Respuesto de su emoción toma Torrico la Ilustración Francesa, la hojea ansiosamente y luego leyó. A medida que avanzaba se trastornó completamente su fisonomía, tanto que ya no se sonreían ni su mujer ni el huésped; éste, poseído de vivísima inquietud observaba disimuladamente el rostro congestionado y colérico de su amigo que, sin pronunciar palabra, se secaba el sudor que corría por su frente. Luego, poniéndose de pie, arrugando en su mano la carta que tal emoción le causó y conservando también la "Ilustración", salió de la habitación sin mirar á nadie.

Solos ya Mercedes y el Conde preguntó ésta:

—¿Qué hay?

—Sospecho,—dijo el otro,—que ha llegado el momento en que usted tiene que tomar precauciones, Mercedes. Si no quiere quedar en la calle, ponga en lugar seguro sus riquísimas joyas y todos los valores que existen en esta casa.

—¿Cómo? . . .

¿Qué quiere usted decir? ¿Teme...?

—¡Desgraciadamente sí, amiga mía, todo lo temo! Ha llegado el momento de que yo le pruebe mi amistad; lléveme todo á mi cuarto, yo sé que la salvaré y que ahí estará seguro, ¿tiene usted la llave de la caja? . . .

Entró Federico desaparecido: todo lo oyó y un pliegue amargo

contrajo su boca, disimuló; hizo ruido y les quedó la seguridad de que nada había oído.

Se sentó y dirigiéndose con voz temblorosa añadió:

—¿Quiere usted oirme un momento, señor?—dijo al otro que se sintió presa de mortal angustia.

—A tus órdenes, Federico,—dijo familiarmente, mirándolo con fijeza, mientras se llevaba la mano al bolsillo.

—¿Tiene usted un revólver?—le dijo Torrico,—no podrá usted usarlo, pues á un grito mío ó suyo, entrarán aquí los sirvientes que aguardan tras de esa puerta! Monsieur Desteriol,—continuó Federico, mientras al otro le flaquearon de tal manera sus piernas que se cayó más que se sentó sobre una silla,—"alias el Dentu", es usted asesino, es usted cobarde, es usted ingrato! ¡Es usted un monstruo que huyó hace un año de los trabajos forzados, á donde había ido condenado por muchos crímenes: por asesinato de su mujer, de su patrón, etc.! ¡Asesino del noble Conde de Montalban, quien por compasión le tomó á usted á su servicio en Panamá! ¡Desgraciado, con cuánto gusto le vería á usted colgado de aquel árbol si no fuera usted mi huésped? Tome usted cuatro onzas (\$ 100), y en una hora estará aquí Mr. Vigorouse para hacerle pasar la cordillera, más, antes me entregará todo lo que perteneció al señor de Montalban! No lo entrego á los que pronto vendrán á prenderlo, porque es usted mi huésped, que sinó. . .

Y sin más salió de aquel salón, mientras el malhechor se arrastraba á sus piés, lloraba y se desesperaba. Al llegar á la puerta se detuvo como recordando algo:

—¡Mercedes!—díjole,—sal conmigo, no es prudente que te quedes sola aquí con ese,—y á él,—déjese de hacer farsas, ni de mediar crímenes. Se quedará usted en el corredor con los guardianes que le custodiarán hasta que llegue Mr. Vigorouse; no tiene qué temer, pero no intente hacer resistencia, pues ya los granaderos están escalonados en el camino y nada más fácil habría que entregárselos. El Gobierno francés exige su extradición. Salga usted.

Lloraba sin consuelo, suplicaba sin dignidad, mientras le ataban las manos para asegurarlo.

Llegó Vigorouse con su "calchona", lo vistieron de campesino y salió custodiado por cuatro hombres.

Dicen que murió en el Neuquén argentino de resultas de sus heridas que se le gangrenaron.

Los Torrico no se atrevieron á afrontar á la sociedad de Santiago indignada con el engaño de que había sido víctima; vendieron su hacienda, yéndose del país para no volver.

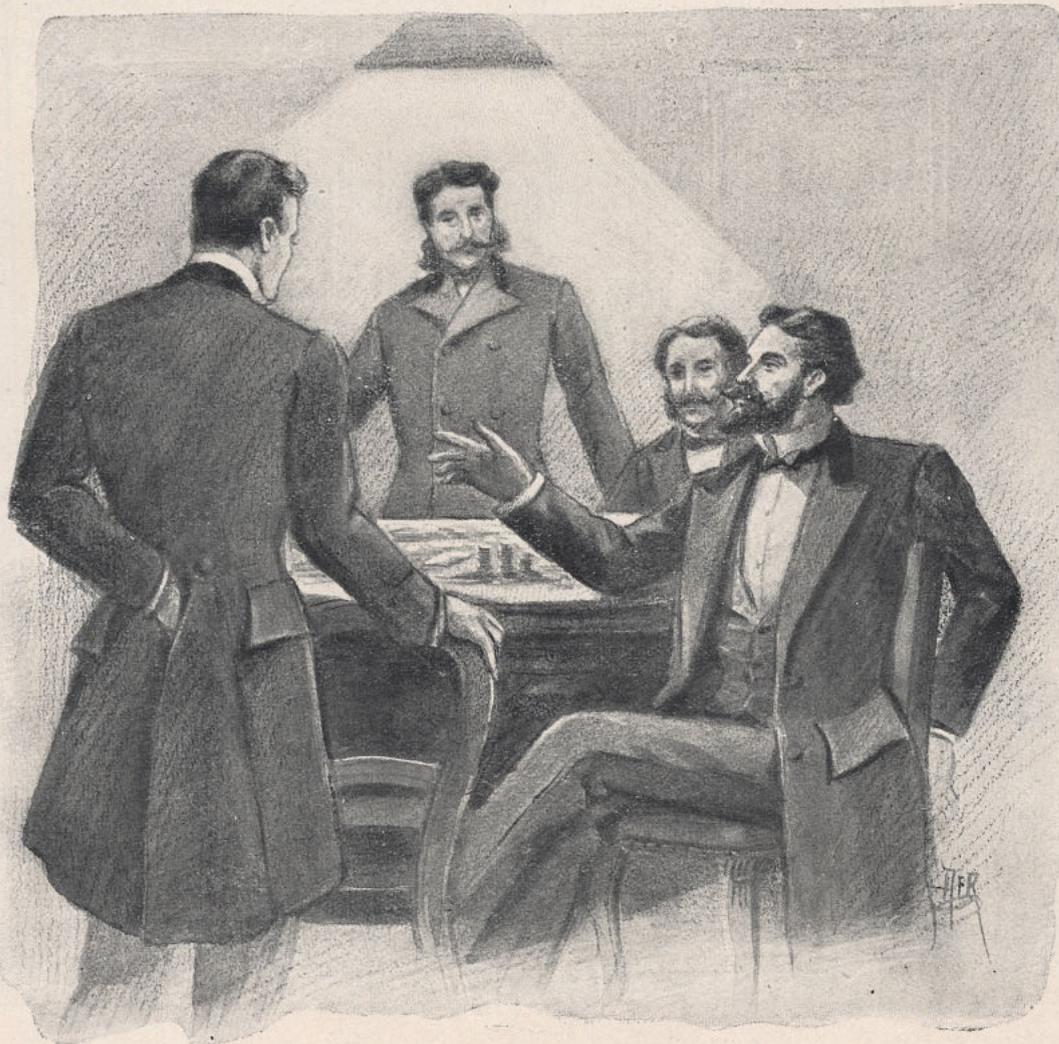
Mientras esto pasaba en Chillán el joven Barón D'Heckeren había conquistado el puesto que por su posición y sus cualidades merecía, todos les querían; las niñas coqueteaban con él, pero su corazón estaba ya tomado por la más hermosa de las "portañas" que no correspondió á su amor entusiasta. Como su conducta era casi irreprochable, su padre le llamó á París. Se enroló en el Ejército francés que se embarcaba para Méjico. Ahí su valor, su pericia, su arrojo le hicieron avanzar rápidamente.

De vuelta á su patria, cargado de laureles, se casó con una señorita de muy buena posición social y formó un hogar muy respetable. Murió joven de resultas de las fiebres palúdicas que tomó en Méjico.

Uno de sus hijos se casó con una chilena, la señorita Margarita Cousiño, hija de don Alberto Cousiño y nieta del querido é inolvidable caballero don Luis Cousiño.

Aquí concluye el cuento verídico de "La Marquesa, el Conde y el Barón".

GA VERRA





: GANIMEDES

CUADRO DE FRANK KIRCHBACH

(3992)

LITORALES PORTUGUESES

Como primicia del volumen de viajes que publicará, á mediados de este año, don B. Vicuña Subercaseaux, bajo el título de "Correrías", anticipamos la ojeada que da sobre los territorios portugueses, ya que los acontecimientos que acaban de constituir la República en esa antigua monarquía le prestan á todo lo del Portugal un interés de palpitante actualidad.

5 de Octubre de 1902

Tocamos ayer en el último paradero de la gran ruta entre Valparaíso y la costa de Europa: San Vicente, isla del archipiélago de Cabo Verde. Forman ese archipiélago cuatro islas escalonadas de oriente á poniente, peñones agudos, restos del algún remoto continente, ó cimas que surgen de alguna cadena de montañas naufragadas. Una de ellas tiene vegetación y se presta al cultivo de frutos africanos,—la isla de San Antonio. El vapor toca en la de San Vicente, donde están las oficinas del cable Transatlántico y Sud-africano; hay un depósito de carbón de Cardiff. Estos depósitos de carbón son los bebederos de los vapores que cruzan el océano.—tal los oasis para los camellos del desierto.

Esos depósitos y oficinas forman, en San Vicente, una pequeña población inglesa en territorio portugués. El archipiélago es colonia portuguesa. La Inglaterra tiene con el Portugal una alianza que sólo puede ser un protectorado.

Recuerdo que el Portugal fué una de las naciones más poderosas del mundo, que su pueblo, que en el siglo XII formaba parte de los estados peninsulares, adquirió su independencia en acciones memorables como la de Guimaraes en 1128 y la de Ourica en 1139, y que supo conservar su nacionalidad independiente aún cuando los reyes de Aragón, y después los de Castilla, fundieron en un solo gobierno todos los estados libres de la península. Y comienzan, en la historia, sus demostraciones de país conquistador y eminentemente civilizado. Necesitaba riqueza para darle forma á su cultura latina.—herencia histórica de su raza,—que le venía de Italia y de Francia, de la antigüedad clásica y de los tiempos medios, al través de la Galicia, cuya situación geográfica la hacía ser el puente por el cual las poblaciones ibéricas recibieron las tradiciones de la raza. Empezó conquistando, en busca de esas riquezas que necesitaba: primero fué el extremo sur de la península, el Algrave, del que se apodera bajo don Alfonso III. Sigue hacia el sur, con audaces navegantes que le forman un inmenso imperio del cual saca riquezas para su poder y por el cual extiende la civilización. Con don Jao I, los portugueses inician las expediciones náuticas que les van dando el dominio del Africa y convirtiéndolo en la modesta dependencia geográfica de España en una potencia mundial que saca la civilización del Mediterráneo y la proyecta sobre el Atlántico, abriéndole á la humanidad civilizada el camino de la posesión definitiva del globo.

Con anterioridad á Colón, los portugueses tuvieron la intuición de los nuevos mundos. Es hermoso como una leyenda el caso de los tres hijos de don José I. El mayor de sus hijos, don Pedro, se educó en Venecia, que era, entonces, en secreto de navegación, lo que es la Inglaterra en nuestros días. El segundo hijo, don Fernando, fué el célebre príncipe que habiendo caído prisionero de los moros en Africa, rehusó ser canjeado por la ciudad de Ceuta: antes de hacer perderse una ciudad cristiana, prefirió morir cautivo. La historia lo llama el "Príncipe perfecto". El tercer hijo de don José I fué el infante don Enrique, "el navegador", que vivió en el extremo del país, en el cabo Sagrès, para dirigir desde ahí las expediciones. Fué el fundador del observatorio y de la Escuela Naval.

Las colonias portuguesas eran diez mil veces más grandes que el Portugal. Todavía le quedan posesiones extensísimas: la Angola, con 255,000 kilómetros; el Mozambique, con 780,000. Es el Portugal un enano que arrastra gigantes.

Pero,—hay que decirlo,—sobre él y sus colonias Inglaterra impera. Para invadir el Transvaal, los ejércitos británicos pasaban por la colonia Lorenzo Marquez como por su casa. Antes no era así. Antes el Portugal, sólo y orgulloso, dominaba un gran pedazo del mundo.

El infante don Enrique, Conçalvez Zarco, Cabral, los compañeros de Vasco de Gama, aparecen como sombras legendarias en esas islas descubiertas por su ciencia y audacia. Así los vió José María de Heredia y los puso en su inmortal soneto:

... del frágil barco sobre la borda echados,
con mudo asombro miran en cielos ignorados,
del fondo del océano nuevos astros surgir. (1)

(1) Traducción de don Guillermo Matta.

Los pueblos como los individuos, viven sobre la rueda de la fortuna: tan pronto están en la cumbre como en el abismo. Se acabaron para el Portugal esos hombres admirables que agradaban y sostenían el poder de la patria. El último fué Serpa Pinto, un gobernador que tuvo este archipiélago de Cabo Verde, semejante, en carácter, á los hombres del siglo XV. Siendo gobernador del Congo, quiso comprometer á su país en una guerra con Gran Bretaña. ¡El Portugal del siglo XIX en guerra con Inglaterra! El orgullo de Serpa Pinto no consideraba la desigualdad. La diplomacia lo arregla todo. El Portugal quedó aliado,—como se comprenderá,—del Imperio Británico. Serpa Pinto se murió de pena y de rabia.

Vimos ayer, en la bahía de San Vicente, un buque de guerra portugués (no es brona). A su lado estaba al ancla un crucero británico de diez mil toneladas. Este parecía una fortaleza; el buque de guerra del Rey don Carlos, un pájaro de mar.

Dura cinco á seis horas la escala del vapor en San Vicente, horas que se pasan mirando á los negros desnudos. Estos rodean al vapor con sus pirogas y lanchas, dentro de las cuales gesticulan en actitudes animalescas. Son unos negros admirables y estúpidos; viven en el agua como anfibios, su única industria consiste en recoger, bajo el agua, con los dientes, las monedas que les arrojan los aburridos pasajeros. Se hunden en el mar como peces, mostrando lo único que tienen blanco: la planta de los pies. Son de origen africano; llegaron á esas islas, no se sabe cómo, talvez entre las arenas del Sahara que empuja el Simoun; ó bien cuando esas islas se desprendieron del Africa, los negros se quedaron en ellas. Son de cuerpo elevado y fuerte. Cuando salen del agua, relucientes y chorreando, con la moneda en la dentadura firme y alba, parecen estatuas de bronce. Pero la sangre europea se mezcla á su raza fuerte y salvaje, manchando su obscuro y poderoso tinte con una semi-blancura desagradable y raquíca. Se ven negros desteñidos, con la nota del pelo tirando á rubio: son repugnantes.

Hay razas que no deben mezclarse. En genral, los negros de San Vicente, son idiotas, animales con forma humana, que dan á las señoritas que pasan en los vapores una lección de darwinismo contraria á los preceptos de la buena sociedad.

Hay en San Vicente una montaña en cuyo perfil se quiere ver la línea de las facciones de Napoleón I. No es difícil encontrar perfiles históricos, narices y barbas ilustres, en la cresta de los montes. Los ingleses gozan mostrando ese perfil de montaña que, según ellos, representa á Napoleón, tendido de espaldas, puesto de legendario bicornio. Ahí tienen, pues, en tierra portuguesa,

que es tierra sometida, la máscara terrible. Pensarán así tenerla prisionera una vez más, en nueva Santa Elena. ¡Quedan tranquilos! De ahí no se moverá para ir á mirarlos de nuevo desde las playas de Boulogne, al frente de un ejército invasor...

9 de Octubre.

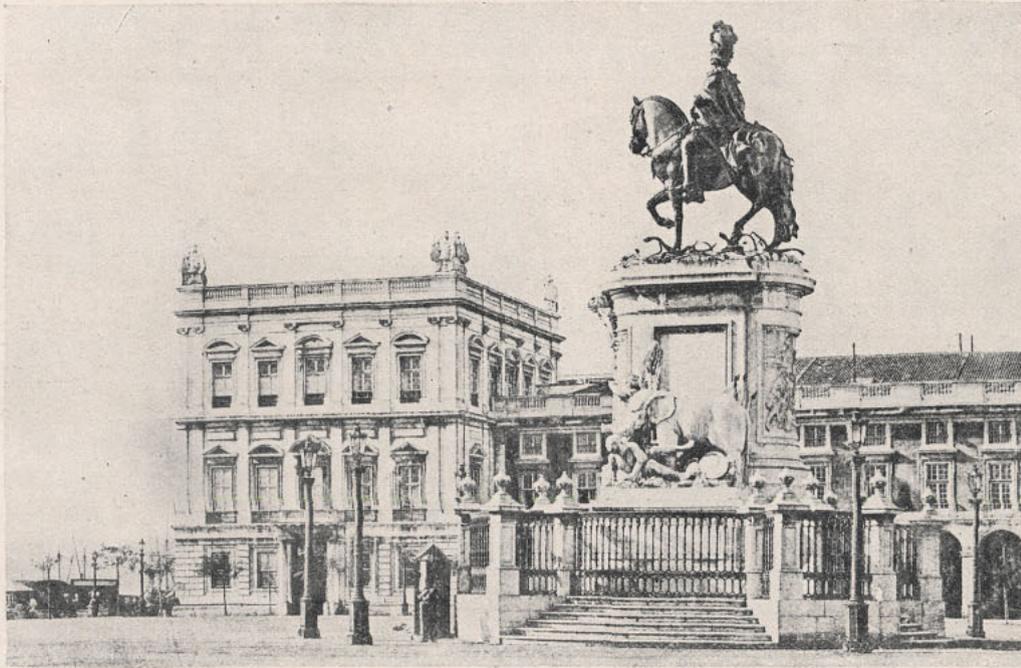
Después de dos días de mar sin límites, divisamos, á gran distancia, como fantasma azulejo, el pico de Tenerife, obelisco maravilloso que se alza sobre las aguas á una altura de 14,000 pies.

Hoy en la mañana, los viajeros primerizos, tuvimos grande emoción. El mar estaba agitado, con olas largas y pesadas, el cielo obscuro, frío, triste. Explicó el capitán que eran los restos de un gran temporal que, saliendo del Mediterráneo por Gibraltar, acababa de sacudir esas latitudes: la tormenta de cada año, la señal del equinoccio en el sur de Europa. Estábamos cerca de Europa, en una tormenta europea. ¡Cuánta emoción!...

A eso de las 10 de la mañana se dibujó en el horizonte una lonja de tierra chata y barrosa.

Europa!... Europa!...

Divisarla por primera vez en la vida, descubrirla, allá lejos, como débil mancha de estampada en la bruma!... He navegado un mes para llegar á verla. ¿Qué digo? He navegado muchos años por el mar de las aspiraciones y los ensueños. ¿No es acaso la primera y constante aspiración de todo hispano-americano, educado en la tradición de la cultura, visitar la Europa? Este júbilo que los americanos experimentan al avistar por pri-



Lisboa.—Estatua de José I, iniciador de las expediciones náuticas.

mera vez las playas del viejo mundo se parece al del hijo pródigo que vuelve á su padre, al padre que sólo conocía por los instintos de la raza, por los orgullosos de la herencia. un padre anciano, lleno de prestigio y de gloria. Así tiene que ser, porque no somos otra cosa que una rama desprendida del árbol latino, por la cual circula la misma savia. Si no sabemos bien á donde vamos, sabemos perfectamente que venimos de Europa. Ahí están los más viejos recuerdos de nuestra raza, la fuente de nuestra fe, el germen de nuestras ideas. Los que tienen creencias religiosas, encuentran en Europa la huella de los padres de la Iglesia; los que llevan en sí la pasión del arte, encuentran el curso maravilloso de la tradición, desde Atenas á París, pasando por Roma. Todo se junta en la emoción del hispano-americano que por primera vez llega á Europa. Somos de una sociedad menos cansada por la herencia de las ideas; de modo que, en el Viejo Mundo, en medio de las enseñanzas encontramos placeres. Siento en mi alma,—que va á observar de pronto las formas de una vida más compleja,— un asombro entusiasta, algo superior al simple diletantismo. Hijos de un mundo primitivo, al viajar por Europa, nos parecemos al adolescente que se acerca á un anciano para pedirle los secretos de la vida.

11 de Octubre

Con un suspiro de satisfacción sentí caer el ancla en el centro del río Tajo, frente á Lisboa, entre montañas bajas cubiertas de olivos seculares. Desde que divisé la costa de Europa me había asaltado algo como un temor de no alcanzarla jamás. Por lo mismo que era una playa tan intensamente soñada, se me figuró que iba á retroceder delante de mí.

Me llama la atención la naturaleza del Portugal. Parece ser un clima de conservatorio que da exuberancia á los árboles y á las plantas. Con el anteojo veía, en la ribera, árboles del norte, encinas, nogales, acacias, fresnos, y al lado plantas africanas, naranjas, magnolios, palmas, camelias. Esto, bajo un cielo azul profundo, en una temperatura uniforme y tibia.

Lisboa presenta, en la orilla oeste del río, con sus plantaciones y sus casas, un cuadro de un pintoresco indecible. Su característica es la desigualdad. Se ostenta en un anfiteatro quebrado: mesetas, calles que son escaleras y vías en zig-zag.

Hacia el sur, hacia el barrio de Belén, las lomas suavisan. Divísase una plaza (que pronto fué á recorrer) la plaza de San Pedro ó Largo do Rocio, situada á treinta metros sobre el río. Me muestran el magnífico edificio de la Opera, cortado á pico.

La parte central de la ciudad es antiquísima. Ahí todo se contrae, todo se empuja; es como un laberinto y una fortaleza. Ahí está el origen remoto. Este siempre se encuentra en un cerro ó en una isla. Toda ciudad europea comenzó por ser un campamento de guerra; después fué castillo feudal; al fin un burgo. Debido á esto son ciudades que tienen su origen en puntos escarpados ó estraté-

gicos. La parte más antigua de Lisboa está en el centro, al oriente del cerro llamado del Castillo. Forma una masa negrusca y rasguñada. Lo demás, lo posterior, es extendido, fresco, arbolado, gracioso y nuevo, pues en 1775 casi toda la ciudad fué destruída por un terremoto.

Lisboa es linda ciudad, con algo de italiano en el aspecto, en la luz, su río, ancho y terso, es más propio de ser pintado á la acuarela que al óleo. Un escritor inglés llama esta ciudad "la más bella de Europa", poniéndola por encima de Nápoles. Tal como las mujeres, las ciudades guardan estribillos que les son propicios. En Lisboa se dice:

**Quem não tem visto Lisboa,
Não tem visto cousa boa.**

Esta belleza es indiscutible cuando se llega á Lisboa por mar; presenta un aspecto tan risueño que al mismo Byron le hizo escribir una página luminosa.

Los jardines públicos y particulares, que abundan, le arrojan al viajero bocanadas de perfumes. ¡Qué agradables me parecieron, al pasar, esos pequeños jardines burgueses y populares, llenos de árboles de Judea!

A poco de haber andado por la ciudad, conté numerosas fuentes públicas en las cuales el pueblo, á la antigua, se provee de agua. Los ciudadanos charlan en la piedra de los estanques mientras se llenan los barriles al chorro de los hocicos de bronce. Las mujeres realizan el cliché de la antigua civilización israelita: van á la fuente llevando las ánforas en la cabeza. Con sus tipos judíos, en la frondosa vegetación que por todas partes asoma en Lisboa, en ese día de Octubre, me transportaron á la vida bíblica.

El barrio de Chiado, en la parte alta, es comercial y ofrece los caracteres comunes de las ciudades modernas: arquitectura italiana ó francesa, gente elegante y común. El pueblo portugués es más cosmopolita que el español, tiene menos cosas típicas y características.

Fuí hacia el oeste, á la espalda de la ciudad. Comienzan ahí los barrios exteriores y populares, donde se recuerda al Rey Pedro V, monarca de veinticuatro años, asceta y filósofo, que prefirió vivir entre los pobres. Desde ahí se ve una llanura que baja suavemente hacia el mar (Lisboa está en una lengua de terreno entre el río y el mar). Extensas viñas cubren esa llanura llamada de Cabo Roca; producen los excelentes vinos blancos de Collares.

Dejo lo pintoresco para pensar en la historia. Ese oscuro asciamiento de casas y paredes del centro de la ciudad vió nacer á San Francisco de Padua. En la colina del Castillo aún quedan construcciones moriscas. En las calles de estas ciudades,—no así en las de América,—se leen siglos de historia. ¡Qué hermosas son las cosas antiguas! Me emocionaba el sólo hecho de pensar que podía ver, á la vuelta de una esquina, un trozo de chapitel romano ó un torreón de la Edad Media. Somos, en América, hijos de una tradición cortada. Experimento necesidad de ver lo que se envuelve en la noble y misteriosa poesía del tiempo. Perderemos la fe religiosa, pero no la virtud del alma para la cual los objetos del pasado hablan y brillan. A lo nue-



Panorama de Lisboa visto del castillo de San Jorge

vo le falta algo. Cuando, en presencia de una lápida ó de una columna vetusta, comprobamos que nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras aspiraciones, tienen miles de años, sentimos no sé qué grande y melancólico consuelo.

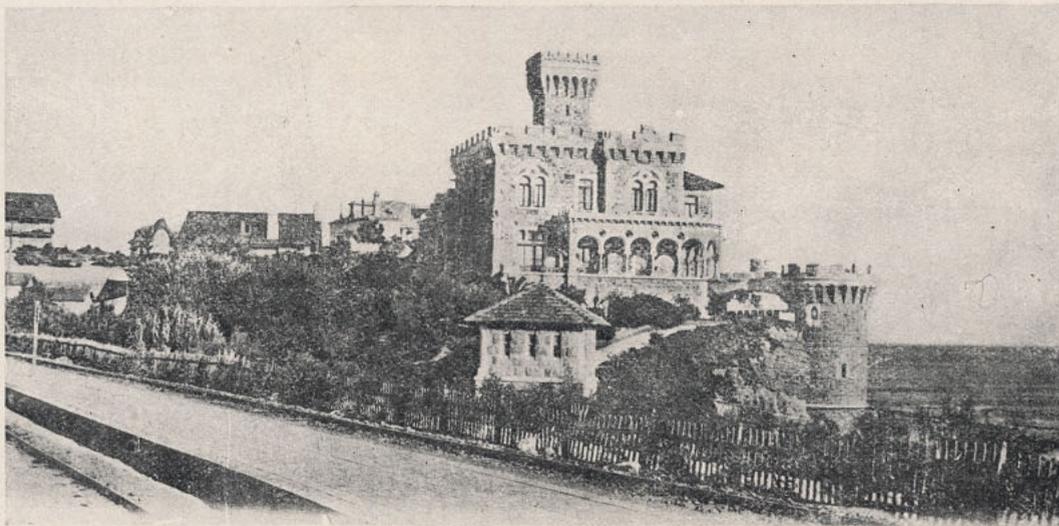
En la parte antigua de la ciudad hice galopar las mulas del coupé que me llevaba para ver más en menos tiempo; porque Lisboa es una de las ciudades más remotas de la Europa occidental; existía antes que los desbordes del Imperio romano comenzaran á dar forma á la Europa histórica. Sorprendidos por las tormentas los audaces navegantes griegos establecieron un refugio en el Tajo. Este refugio pasó á ser un villorrio al cual los griegos, en memoria del héroe, llamaron Ulisipo. Fué la fundación de Lisboa.

No quedan recuerdos materiales de los griegos, lo que hace creer que ese villorrio, ó refugio de navegantes, fué una pobre cosa. Quedan sí, recuerdos de los romanos que llegaron después. Estos hicieron de Ulisipo una ciudad que fué residencia de pro-cónsules. La ciudadela romana estaba en el sitio que ocupó después la construcción morisca llamada hoy Castillo de San Jorge. Todo esto le indica al viajero una plancha conmemorativa. El castillo de San Jorge es como la historia misma del Portugal. Los moros lo edificaron sobre las ruinas del templo y del teatro de los Césares; los cristianos lo arrebataron á los moros. Sobre una puerta ojival el guía muestra una hermosa cabeza de mármol: es la del capitán Martín de Moñiz, de las huestes cristianas de don Alfonso, á cuyo valor se debió la toma del castillo. Todavía se conservan en las lozas,—al menos así lo dice el guía,—las manchas de su sangre.

Desde una terraza de ese castillo se ven, en el laberinto de las calles, unas adentro de otras, las murallas que, siglo tras siglo, defendieron la ciudad. ¡Cuántos furiosos combates se libraron encima de esas murallas! ¡Cuántas invasiones fueron repelidas y cuántas triunfaron? Alanos y visigodos pasan sobre ellas mezclándose con iberos y romanos y constituyendo la base de la raza portuguesa. Los moros las transmontan y exterminan los antiguos elementos. Pero no tanto los exterminan que éstos no puedan germinar de nuevo. Reaparecen las razas latinas con el ideal supremo del cristianismo, y desalojan á los moros. Mirando esas murallas, desde las terrazas del Castillo de San Jorge, comprendo, siento, ese largo proceso, ese oscuro y ardiente fenómeno de la formación de un pueblo.

Hago galopar mis mulas hacia el otro extremo de la ciudad. Atravieso la extensa y variada población. Se sorprenden, en medio de los caracteres modernos, cosas que quedan de la vida antigua. Un muchacho vestido de terciopelo,—pantalón corto y sombrero bicornio,—va de prisa tocando un cencerro. Todos se arrodillan, menos unos pocos, extranjeros talvez. Es que va ese muchacho anunciando el paso del Santísimo Sacramento, de "Su Majestad", como dicen los españoles. Este es llevado en carroza para darse á los moribundos. Cuando el prelado que lo lleva va á pie, es deber que se le ofrezca la primera carroza que se encuentra. El arte de los aurigas consiste en escapar al oír la campanilla del Santísimo...

Veo construcciones de estilo Manuelino, obras monumentales que recuerdan la riqueza del Portugal en tiempo de los grandes navegantes. Veo los edificios de estilo Renacimiento que los jesuitas y los maestros franceses de Coimbra introdujeron cuando el Portugal fué del dominio español (1580-1640). Paso



En la carretera de Cintra

cerca del mar por entremedio de grandes bodegas destinadas al comercio. Datan del tiempo del marqués Pombal, el Ministro autoritario é iluminado que desalojó á los jesuitas y quiso hacer revivir al Portugal antiguo. Aprovechó el terremoto de 1775 para reconstruir la ciudad sobre un nuevo modelo, y retemplar el decaído espíritu del pueblo. Fué inteligente y enérgico. Después de una sanguinaria corrida de toros, quiso prohibir ese género de espectáculos; sólo consiguió hacer embolar los toros...

Se señala,—para escarmiento de pretendientes y conspiradores,—la columna levantada en el sitio donde fué fusilado, por orden de Pombal, el duque de Aveiro, comprometido en una conjuración en contra del Rey.

He recorrido la ciudad de un extremo á otro, desde el Cerro del Castillo hasta el linde del valle de Alcántara.

Hubiese deseado penetrarme con más detenimiento del estilo Manuelino, del cual ya había visto algunas muestras en Río Janeiro. Las primeras fachadas de este estilo, propio del Portugal, datan del reinado de Don Manuel I, el "grande", "el feliz", "el venturoso"; á él debe su nombre. Es un hermoso estilo que se forma de la fusión de arquitecturas llegadas del norte y del oriente; su base es gótica y le pasa por encima un soplo del renacimiento, y le quedan motivos de remota arquitectura india con caprichos de los árabes.

El principal edificio, el modelo de este estilo que Lisboa conserva, está á la orilla del río, en el convento de los Jerónimos de Belén. Ahí florece el estilo Manuelino en conjunto hermoso y delicado: se elevan torres de frágil apariencia, graderías caprichosas descendiendo y se pierden en la verdura de los árboles. La construcción es de la piedra blanca del valle de Alcántara. El castillo de Belén, á la plena luz del sol, toma aspecto diáfano. Es un convento alegre. Don Manuel I lo hizo levantar cumpliendo una promesa: en una granja que ahí había durmió Vasco de Gama la noche antes de emprender su gran viaje de 1497, el 8 de Julio; el Rey votó á la Virgen de elevarle ahí un templo si el navegante hacía algún descubrimiento. Dos años después (1499) Vasco de Gama volvía habiendo descubierto las Indias Orientales. A la promesa de un Rey feliz, á la alegría de un pueblo, á la gloria de un hombre que descubre un mundo, se debe ese admirable convento de Belén.

En Belén se guardan las supuestas reliquias del gran navegante; supuestas, porque hay dos ó tres esqueletos que reclaman el honor de serlo. También están ahí los restos de Camoens y de Hereulano.

Hay al pie del Convento de Belén, —como anexo de su propia construcción,—una torre en la cual el castillo se reviste de una caparazón militar; señala la entrada de la bahía y data de la época feudal: vigilante fortaleza para defender los tesoros traídos de Indias.

Todavía quedan,—á pesar de todo,—algunos de esos tesoros. En el palacio de Ajuda, residencia de la Reina madre, que se divisa encima de Belén, se guardan dos vasos macisos hechos con el oro que trajo Vasco de Gama.

Ya la torre de Belén no defiende á Lisboa; la defienden los cañones de Armstrong y de Wickers; y no tanto la defienden á ella como defienden la influencia inglesa en el Mediterráneo...

A la vuelta, apresurada, para volver á embarcarme, veo en una plaza un sitio cerrado con tela, dentro del cual hay trabajo de cantería. "Ahí están elevando,—me dice el auriga,—la esta-



Lisboa.—Avenida de las Libertades.

tua de Eca de Queiros... Se me viene á la imaginación la obra admirable de ese novelista que es una gloria de la rica literatura del Portugal contemporáneo. Busca en los tipos y en los paisajes de la ciudad las creaciones del "Primo Basilio" y las ironías volterianas de "La Reliquia", esas obras de las tantas en que ese insigne talento supo unir al realismo y la ironía, la romántica delicadeza. Más tarde, vi en uno de los periódicos comprados la fotografía de la maquette de su estatua; al pie del gran escritor está una mujer desnuda,—imagen del realismo,—encubriéndose con un velo diáfano.

Apasionado lector de novelistas franceses, di un día con Eca de Queiros y me pareció continuar á Flaubert en el idioma de otra raza y recogiendo escenas y emociones de otra vida. Cautivado por su estilo y su ingenio leí todas sus novelas y narraciones, incluso ese "O Mandarin" (del cual mi desgraciado amigo Abelardo Varela hizo una exquisita traducción en 1900), fantasma como no la tuvo más admirable el mismo Teófilo Gautier.

Eca de Queiros,—uno de los novelistas más leídos en nuestro tiempo,—siguió la carrera diplomática y consular. Anduvo mucho por el mundo y vivió largos años en París y en Londres. En él, bajo un aspecto convencional de diplomático, el poeta y el ironista se escondían. Fué un psicólogo implacable y sonriente. Sus obras,—"El Crimen del Padre Amaro" (que inspiró á Zola, diez años más tarde, una grosera imitación en la "Falta del Abate Mouret"), "El Primo Basilio", "Os maias", "La reliquia", "La ciudad de las Sierras", "La ilustre casa de Ramirez",—son toda la verdad arrancada al secreto de la vida por la magia del talento. Sus caricaturas mismas,—á las cuales lo arrastró con frecuencia el sentimiento de la ridiculez humana,—tienen las cualidades de los retratos. Y el poder de su estilo, el encanto de su imaginación. No recuerdo haber leído un trozo de inspiración amorosa superior á la "Carta á Clara" del "Epistolario de Fradique Mendez".

Tanto me sedujo Eca de Queiros, que me lancé en busca de escritores portugueses, pensando encontrar otros como él. Nada sabía de la literatura de ese país. Di con un libro que, junto con revelármela, me deleitó por su mezcla de belleza poética y de fuerza científica,—que es así como debe ser, pues, para mí, cuando la ciencia viene sin belleza no me entra: "Historia de la Literatura Portuguesa", por Teófilo Braga. ¿Quién era ese escritor notabilísimo, tan sabio como Taine y, á la vez, poeta como Renan? Es un viejo ilustre, que vive en Lisboa, escondido entre papeles, y la generalidad del mundo lo ignora porque no es francés, porque es hijo de un país caído, empedregado; pero un país, pienso yo, que talvez se levante alguna vez... Según Mamalho Ortigao, biógrafo de Teófilo Braga, este ha escrito, á los sesenta años,—Nació en 1843,—ciento treinta volúmenes, obras filosóficas, poéticas, científicas, de crítica literaria y artística, y ha sido el más eficaz colaborador del conde Barcellos en su obra de folclorista. Este conde Barcellos es autor de un "Romancero Portugués" que encierra más de dos mil canciones. Todo esto habla en la inteligencia portuguesa, ahí, al lado de la España,—que es como decir al lado de nuestra casa.—y no lo sospechaba. Sólo sabía de un gran lírico, clásico, llamado Camoëns y de un Rey, sentado sobre un trono endeble, que pinta acuarelas. Así resumía cuatrocientos años...

Según Teófilo Braga, conjuntamente con la nacionalidad portuguesa nació su literatura. Fué una población que, en marcha hacia el sur,—con el anhelo ó el destino de descubrir medio mundo,—se desprendió de Galicia, llevando el mismo idioma y las mismas virtudes latinas. El lazo que une al Portugal con la historia y el conjunto de nuestra civilización está en Galicia: las canciones portuguesas son hijas de las serranillas gallegas; éstas lo son de las baladas provenzales, y éstas, á su turno, de las pastorelas italianas. Así va dando la vuelta la tradición del genio latino... Gallegos fueron los padres de la literatura lusitana: Francisco de Sa Miranda, quien como el Dante en Italia, depuró en la Corte de Lisboa la tosca poesía de la Edad Media, y su inmortal discípulo Luis de Camoëns, autor de las "Luciadas", epopeya nacional portuguesa de un lirismo espléndido.

Durante algún tiempo no salí de esta literatura, á la cual me llamó Eca de Queiros y de la cual mi maestro fué Teófilo Braga. ¿Gusta tanto el idioma portugués! Desde las soberbias creaciones de Camoëns,—"Adamastor" y "Doña Inés de Castro",—la poesía no ha dejado de florecer á las orillas del Tajo y del Mondego (Coimbra). Leí á Almeida Garrett, cultivador del romanticismo legendario comparable á Walter Scott, autor de la célebre tragedia "Fray Luiz de Souza", inspirador de Tennyson y de Theuriot; leí al poeta popular Jao de Deis Ramos, cantor sencillo de la tierra y la piedad; leí á Anthero de Quental, poeta filósofo, sonetista admirable á la manera de Lecomte de Lisle; á Guerra Junqueiro, alternativamente blasfemador y grandioso como Carducci y, como Verlaine, voluptuoso y místico; conocí "El Océano", fuerte poema de Antonio Potricio, y la "Poesía humana", de Carvalho, manojó de inspiraciones del mundo exterior, del amor y del ensueño.

Entre los prosistas, después de Herculano,—fecundísimo fundador de los estudios históricos en el Portugal,—encontré autores dramáticos notables, como Fernando Caldeira, López de Mendoça y Jao de Camara; y novelistas como Romalho Ortigao, algunas de cuyas obras tienen tanto prestigio como las de Eca de Queiros.

Me dejó la impresión de ser, el genio portugués,—vecino del rudo, heroico y realista genio español,—de esencia tierna, melancólica, apasionada, inclinado al ensueño. Ello se muestra principalmente en los poetas, y no deja de mostrarse en los dramaturgos y novelistas; ello se siente en la naturaleza del idioma

y se resume en la palabra "saudade",—salud, felicidad, nostalgia, más todavía, anhelo, languidez poética, todo el lirismo del alma portuguesa...

12 de Octubre

En el embeleso de tanta cosa histórica, en el recuerdo de tan bella literatura, se nos pasó la hora fijada por el capitán para volver á bordo.

Andaba yo en compañía de James, pasajero como yo, pero inglés él, mezcla de periodista y de fotógrafo, que se dice corresponsal de un "magazine" de Londres.

Encontramos cerrado el embarcadero central. Vimos, en medio del ancho río, el vapor levantando anclas. El caso no era mortal. Nos quedaba el Sud-Expreso para llegar á París. Pero eso era cara y nuestros equipajes se iban en el vapor.

James, irritado, pregunta: "¿Por qué está cerrado el embarcadero?..."

Un portugués muy serio,—contrariando el refrán ("El portugués siempre está alegre"),—le contesta: "Hay hora fija".

James,—que como todo inglés cree que la hora fija es un privilegio de su país.—dice no comprender eso. Yo me divertía y, entretanto, el vapor se marchaba...

Tomamos un carruaje y volvimos á correr hacia Belén. Embarcándonos por ahí alcanzaríamos el vapor á la salida del puerto. Así se hizo. En la playa, al pie de la enorme torre feudal, un bote fué equipado para nosotros. El vapor venía avanzando, lento y majestuoso, por el centro del río. Como íbamos apurados á salirle al encuentro, los cuatro remeros pararon y el patrón del bote dijo: "Cuatro libras esterlinas, ó no seguimos". Ese viaje en bote valía media libra. Viéndonos en ese trance, los pícaros, descendientes de piratas, nos pusieron la soga al cuello. Explotar ingleses es, por otra parte, una de las industrias del Portugal moderno; es así como se vengía del humillante tutelaje de la Inglaterra. Quise resistir; James también con su orgullo de *britannicus* y de boxeador. Pero ellos eran cinco y nosotros no teníamos otra arma de combate que una máquina fotográfica. Pensamos, con razón, que más caro nos costaría el viaje por el Sud-Expreso. Dimos las cuatro libras: fué preciso dejarse robar.

Juzgamos, por lo ocurrido, al encontrarnos en la cubierta del vapor, que el pueblo portugués es degenerado y canalla. James juró escribirlo en su "magazine" y pedir al gobierno británico que no tardara en hacer del Portugal una colonia inglesa. Con esto me consolé.

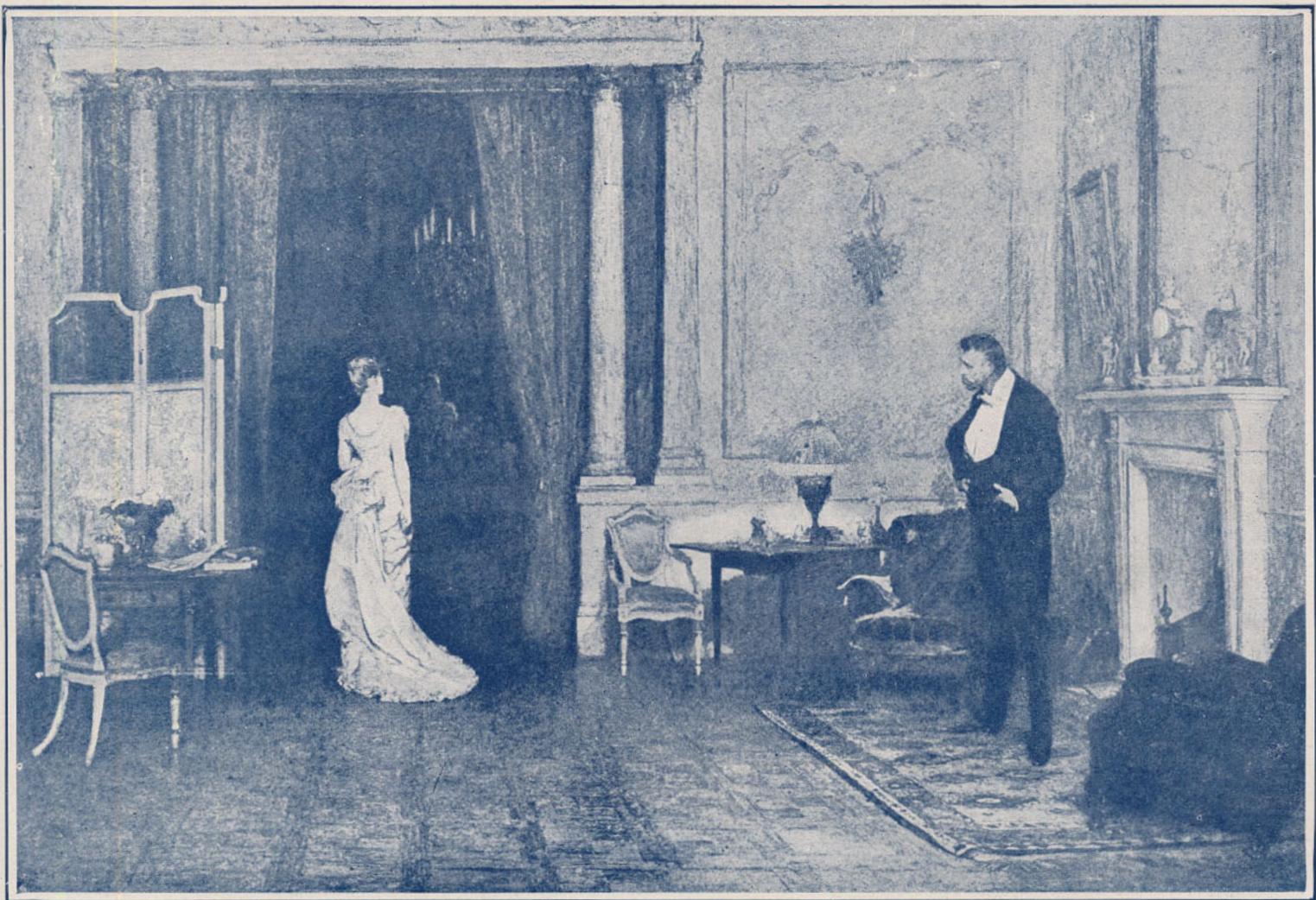
No sólo con eso me consolé; también con el incomparable cuadro que vimos al salir. Un crepúsculo ardiente baña en un tinte rosado las aguas y los montes. En la ribera del levante hay un extraño y nítido color de plata, en el cual aparecen como cosas de otro mundo de villorrios, y las embarcaciones que van hacia adentro. De las campanas de Lisboa nos llegan repiques atenuados. La ciudad, en la obscuridad creciente, parece conservar una luz propia, como ciertos misteriosos cuerpos radio-activos. Más tarde,—ya no se sienten las campanas,—imperea un silencio arrobador. El perfil de la ciudad se afina más y más; ya no es sino una cinta en la cual, sobre la última luz, se recortan las torres y las palmeras.

El vapor mira en el cabo y toma el océano, hacia el norte. En el ancho mar, frente al ocaso, la luz vuelve á encontrarse y muestra el respaldo de Lisboa en un ambiente rojizo. Por entre las tupidas selvas aparecen los viejos castillos de Cintra, ese extremo paisaje de la Europa que Byron llama "glorioso Edén". Ahí, en 1399, los dominicos levantaron un claustro-fortaleza, el cual fué convertido en palacio real por el devoto Juan V. Es el castillo de Mafra, especie de Escorial, como el rey que lo hizo suyo fué un pálido Felipe II. En torno de esa enorme construcción se divisan los otros castillos que forman la ciudadela de Cintra: Pena y Queluz de Baixo. Cintra fué para los reyes de Portugal punto de residencia y de combate. Ahora es, para los mismos, lugar de placer.

El refrán dice: "Quién ve á Europa sin Cintra, habrá visto un mundo sin cabeza". Llegando á Europa vi Cintra, la cabeza; me parece digna, admirable, una cabeza alta, con cabellera de árboles seculares, coronada de históricos castillos.

No dejé de mirarlos, esos alcázares de la Edad Media, de una edad que no tuvimos en América, de un tiempo en que todavía éramos europeos, de una época de heroísmo y de fe, de la cual ansiaba ver recuerdos vivos. No dejé de mirarlos hasta que, en la neblina azul de la distancia y de la noche, se unificaron con la montaña prestándole la forma de sus anchos parapetos y el añadido perfil de sus torreones. Al rápido andar del vapor vi perderse, lleno de melancolía, esa noble visión...

La costa del Portugal se muestra en anfiteatro árido y montañoso. De distancia en distancia, como el vapor pasa cerca, se divisan caseríos blancos, tristemente tendidos sobre las lomas rojizas; parecen, desde lejos, cosas olvidadas. Agrupaciones de sepulturas. En medio de esas pobres viviendas de calcario, en esos cerros indigentes de vegetación, macizos conventos se levantan; sus cúpulas se dibujan en la obscura gloria del crepúsculo como partes integrantes de la bóveda del cielo. Ese es el Portugal; esa es también la España: pueblos que viven embargados por la indolencia oriental bajo imponentes señores. Continúan amarrados á las más remotas tradiciones, resolviendo los problemas en leyendas poéticas, pensando poco en la personalidad sobre la tierra, soñando en la dicha del cielo... Esto da más interés á esos países y los hace más simpáticos, como si aún pudiéramos encontrar en ellos esos hidalgos harapientos, los cuales, después de haber combatido por su Dios y por su dama, se calentaban á la lumbre de los autos de fe.



LA PRIMERA NUBE

CUADRO DE W. ORECHARDSON

BORGIA

(Georges Rivolet.—Arreglado especialmente para "Selecta")

Esta siniestra aventura me fué referida por un sacerdote secularizado, quien la había oído en confesión.....

El marqués Alvar de Juan fué en compañía de los duques de Candía á establecerse en Francia, en el año de 1809. Llegó precedido de una terrible y confusa historia. Coronel del ejército español, comandaba en Cuba cuando la larga revolución que desoló esa isla antes de la guerra americana—una contra-guerrilla que se mostró sanguinaria en la represión. Los hombres que componían esa tropa tenían fama, con razón ó sin ella, de no dar jamás cuartel. Obedecían á un jefe inhumano y los rebeldes que hubiesen caído en sus manos habrían tenido que sufrir por orden suya las más atroces torturas; ya les sacaban los ojos ó les cortaban las manos como á parricidas. Se llegaba hasta decir que habiéndose amparado á un jefe insurgente, el heroico y desgraciado Pedro Gutiérrez, Juan lo había hecho enterrar vivo. La noticia, verdadera ó falsa, de tamaña atrocidad conmovió la prensa de dos mundos. El Gobierno español hizo levantar un sumario cuyo resultado quedó en el misterio. Sea como fuere, el coronel Juan, fué salvado del Consejo de Guerra al que la opinión pública pedía con furor fuese sometido; se contentaron con llamarlo. Pero el coronel-marqués no quiso aceptar ese llamamiento en el cual veía una humillante retractación.

Entró en España y presentó su dimisión. Hizo más: vástago altanero de una familia en la que el orgullo era proverbial aún en la orgullosa España, resolvió castigar á su patria ingrata, si no completamente á la manera de Coroliano, pues esa no estaba á su alcance, al menos desterrándose de ella para siempre. Puso en venta una parte de sus vastos dominios de Andalucía y se marchó á establecerse en París, la ciudad del mundo más propicia á los extranjeros sean ó no calumniados.

No obstante de no haber sido probados los hechos en forma absoluta, tuvieron una represión tal, levantaron una reprobación tan violenta, que parecía que el nombre del Marqués Juan estaría condenado en París como en otras partes á una execración eterna.

Así, pues, cuando, un Domingo como á las diez, el coronel se hizo anunciar de improviso en el salón de la princesa viuda de X., que recibía cada semana en su casa de la calle de Varennes á la aristocracia del barrio, las distinguidas personas que ya es-

taban reunidas sintieron una especie de conmoción. Al oírse ese nombre tristemente famoso, se suspendieron todas las conversaciones y las damas miraron asustadas hacia la puerta, esperando ansiosamente la aparición del monstruo que iba á presentarse. Bien pronto pudieron cerciorarse de que el monstruo era un hermoso caballero de 35 años, poco más ó menos, moreno, delgado y de encantadora figura.

Se dirigió á la anciana princesa, con quien tenía por parte de los Candía un parentesco lejano, y en un francés sin defectos, con la gracia y soltura de un gran señor que toma en seguida su lugar entre los Pares, le dijo que había querido tener el honor de presentarle sus respetos desde los primeros días de su llegada.

Mientras que él cambiaba algunas palabras con Madame de X., que parecía algo turbada, los invitados contemplaban sorprendidos á este gentleman de color mate, mirada expresiva y fisonomía atrayente y fina, tan diferente por su aspecto y sus modales del hombre terrible, de la exótica fiera que esperaban ver. En un sólo momento el pequeño círculo había quedado conquistado: nadie tuvo el valor de ponerle mala cara cuando el recién llegado dió la vuelta, y él por su parte, como hombre de mundo, supo despedirse de la manera más oportuna y feliz, al cabo de una media hora.

A su salida siguió un verdadero concierto de elogios y uno de los *leaders*, el Barón de Conde Vergeres, fué unánimemente aprobado cuando aseguró que las atrocidades imputadas al Marqués eran pura invención de los diarios republicanos.

Sólo un venerable miembro del Instituto, mezclado en esa sociedad ultra-elegante, el "padre" Arnold (así se llamaba familiarmente en casa de la princesa al ilustre autor de la "Fisiología de la Herencia") se atrevió á declarar francamente que el extranjero no le gustaba.

Y como el grupo femenino se sorprendiera, el anciano M. Arnold agregó moviendo la cabeza y con el tono que le era peculiar y que hacía que jamás se supiese si hablaba ó si se burlaba: "Desconfiad, señoras; este hombre es un Borgia". Continuó recordando, ó mejor dando á conocer á sus bellas oyentes, en medio de un movimiento general de abanicos y de algunas exclamaciones de "qué horror", que el segundo Duque de Gandía, del

que descendía en línea directa M. Juan, pasaba en su tiempo por ser el fruto incestuoso de Juan Borgia y de la bella Lucrecia, que eran hermanos nacidos uno y otro del papa Alejandro VI Borgia.

Doce años han pasado después de esa *soirée*. M. Juan es hoy una de las personalidades más en boga del gran mundo. París lo ha adoptado por completo. Todos conocen su regia residencia en la Avenida de los Inválidos. Cada año da en primavera una fiesta que es un verdadero acontecimiento social, pues hasta los más ilustres aceptan gustosos la invitación de ese célibe opulento como un Rothschild y noble como un Borbón.

En el primer piso del Palacio, en una vasta galería dorada, como un salón de Versalles, se admiran cuatro obras maestras, célebres en el mundo entero,—los retratos de la familia Borgia, pintados por Rafael: el papa Alejandro y Juan, duque de Gandía; César, duque de Valentinois; Lucrecia, duquesa de Ferrara, y sus hijos.

El descendiente de estos famosos personajes cumplirá pronto sus cincuenta años y á pesar de M. Arnold y su fisiología, el último Gandía parece ser, felizmente, un Borgia degenerado.

Aunque á menudo da espléndidas comidas, no se ha constataado jamás entre sus convidados alguna de esas desapariciones oportunas y misteriosas que hacían estremecer de terror á los romanos contemporáneos de Su Santidad Alejandro VI y del joven César que se ha hecho ilustre por haber sido el "Príncipe" de Machiavelo. Las leyendas de la insurrección cubana han pasado á ser trivialidades. Además, la presencia del Embajador de España en todas las fiestas del palacio de la Avenida de los Inválidos bastaría por sí sola para desmentir las malévolas historias de algunos viejos atrasados.

En resumen, el Marqués Alvar de Juan, miembro influyente de los principales clubs, acogido, festejado en todas partes, llegó á ser un parisiense tan cumplido como podría serlo el Príncipe de S... con el cual tuvo por cierto tiempo el reinado de la moda: nada había en sus modales que pudiese denunciar al extranjero.

Es sin embargo digno de notarse que todos sus sirvientes, sin excepción, eran españoles nacidos en sus dominios ó antiguos soldados de su guerrilla; pero eso es también perdonable en una sociedad en que durante algún tiempo se tenía como de buen tono el ser servidos por cocheros y palafreneros ingleses.

La galantería no fué tampoco excluida de la existencia de este gran señor y aún le concedió una gran parte de ella; pero más acostumbrado quizá á dejarse amar que á amar, no acepta, dicen, más que afecciones pasajeras; y ese hijo de los Borgia, si ha renegado de las tradiciones de sus antepasados, algo incómodas para seguir las en nuestros días, parece al menos querer continuar con las de su legendario compatriota don Juan.

Hermoso y magnífico como es, se asegura que no salen á su encuentro aquellas mujeres que gastan para sus amantes mucho de crueldad. Sin embargo, por una de esas ironías que la suerte reserva á veces á los grandes seductores, es notorio que ha fracasado completamente respecto de la sola mujer que él ha sin duda deseado silenciosamente. El nombre de esa mujer que hizo en otro tiempo ruido en el mundo, no se puede pronunciar hoy sin un sentimiento de piedad y compasión. Murió en plena juventud, en plena felicidad, hace cinco años.

La Vizcondesa de Troisville—pues fué ella quien tuvo el honor de inspirar á M. Juan esta clase de pasión—no era precisamente bonita, pero tenía unos ojos adorables y sonreía de una manera que sólo eso bastaba para hacerla exquisita.

Hay además un hecho digno de ser notado y es de que la mujer moderna prescinde perfectamente de la belleza; ella ha inventado para agradar algo mejor: el encanto. La parisiense, sobre todo, descuella en el arte de seducir con poca cosa. ¿Qué le importa que la armonía siempre graciosa, pero á veces poco clásica de sus líneas, no sea de naturaleza tal para inspirar á un Fidias ó á un Praxiteles? Ella no se preocupa por ser como una estatua de mármol. Ha creado para su uso personal un sólo artista digno de ella, del que sabe servirse admirablemente: el modisto; pero el triunfo sobre razas quizás más orgullosamente bellas no se debe sólo á ese ingenioso cómplice; las ha vencido más que todo porque ella posee en grado superior, único, el misterioso, el turbador "yo no sé qué" femenino.

A su sonrisa de Yoconda y á sus ojos cambiantes, unía Mme. de Troisville una originalidad encantadora, algo desconcertante en una mujer tan cortejada: amaba á su marido sin reprocharlo; á pesar de las constantes faltas de M. Troisville—amable vividor que aunque la prefería siempre, á veces la abandonaba—ella le era tiernamente fiel. No obstante (¿estas deliciosas contradicciones no son en sí mismas la mujer?) se complacía tanto como otras y más, según el decir de algunas solteronas melancólicas, en el sport exagerado de la galantería mundana, y esta esposa irreprochable, segura como estaba de ella misma, no dejaba por eso de mostrarse hija de Eva, no negándose el placer de un flirt elegante y espiritual cuando era un hombre distinguido quien se lo ofrecía.

Desde que M. Juan fué presentado á Mme. Troisville, presintió la encantadora que sería amada, pero él era muy hábil para acercarse abiertamente á un corazón que pertenecía por entero á su esposo. Lejos de mezclarse al emjambre de admiradores que zumbaban al rededor de la joven mujer, puso una especie de afectación, casi de coquetería en su alejamiento, y un día que ella riendo se lo hizo notar, él le dijo como excusa y en el mismo tono, que estaba ocupado en ese momento en el salón de baile: se dejó en seguida arrancar algunas confidencias solicitadas

con esa curiosidad fastidiosa y divertida que sienten las bellas mundanas por todo lo que concierne á la vida íntima de las mujeres de teatro.

Con esto se estableció entre ellos la confianza, y de allí, muy pronto, estuvieron en el camino de una de esas amistades peligrosas de hombre y mujer en las que, dicen, se complace por instinto hasta la más virtuosa, como los valientes en el peligro.

Por el momento era eso lo que deseaba M. Juan. Dotado, ó creyendo serlo, de la paciencia, cualidad principal de los tácticos, se resignó de antemano á una larga espera. Lo importante era adormecer la vigilancia del adversario, aislarse insensiblemente en esa simpatía, acostumbrarlo á su presencia: tarde ó temprano, pensaba él, un momento de olvido, una sorpresa, el despecho causado por alguna falta más grave de M. Troisville ó cualquiera ocasión favorable de que se sabría aprovechar, le dejaría el lugar; y sería temerario decir si se engañaba completamente, tan enigmático é imprevisto es el eterno femenino: pero contra toda verosimilitud, en el momento mismo en que Mme. de Troisville, después de algunas vacilaciones, empezaba á abandonarse en la pendiente de una intimidad á su parecer sin peligros, pero no sin encantos, el Marqués por una falta digna de un debutante, se desenmascaró y se perdió.

Era en verdad una partida arriesgada en la que se había comprometido. Poco á poco, sin querer él confesarlo, había llegado hasta estar perdidamente enamorado de la encantadora. Al contacto casi cotidiano de esa amiga á quien sus ojos á veces demasiado sinceros y otros signos que él conocía, traicionaban, sin ella saberlo, la más deliciosa criatura voluptuosa, terminó por caer en una inquietud tal que al fin zozobraron en ella sus buenas y prudentes resoluciones.

Un día, al declinar de una tarde lluviosa de Abril, se encontró solo con Mme. de Troisville en el saloncito en que ella tenía costumbre de recibirlo, pues ya entonces él iba á verla diariamente. Anochece. Hacía un momento que callaban dejándose envolver en la dulzura gris y un poco embotadora del crepúsculo. De pie delante de la chimenea donde apoyaba las manos, ella extendía un pie finamente calzado sobre un fuego crepitante y luminoso. Sentado á algunos pasos de allí, M. Juan tenía ante sus ojos la forma encantadora de ese cuerpo de mujer cuyos contornos se hacían menos precisos y más tentadores en la semiobscuridad. Admiraba el talle elegante, las hermosas espaldas y sobre la blanca nuca, levantado el oro de sus cabellos. Se levantó, y, lentamente, sin que ella lo notara, se acercó hasta rozarla, aspirando estremecido la tibieza de su cuerpo. Vaciló como presa de un vértigo. En ese momento ella se volvió hacia él como sorprendida de su silencio; entonces él brutalmente la tomó y buscaba ansioso sus labios mientras ella estupefacta lo rechazaba.

El ruido de pasos de un sirviente que se acercaba la salvó. Ese socorro invisible redobló sus fuerzas y logrando libertarse fué á refugiarse al otro extremo del salón cerca de la puerta que abrió violentamente.

Temblando todavía llamó á un lacayo y le dió orden de acompañar hasta la puerta á M. Juan, que habiendo ya reflexionado salía avergonzado sin decir ni una palabra.

La Vizcondesa guardó sobre esta agresión un silencio despreciativo con apariencia de indulgencia, apariencia que no ilusionó al culpable.

Tal como él conocía á su antigua amiga, comprendía que había ofendido en ella más que la altivez de su pudor, en lo que menos perdona una verdadera mujer que se le violenta, la libertad de escoger, de disponer de ella. Midió la profundidad del abismo que en un minuto de extravío había abierto entre los dos y soñando en la inmensidad pasada, en esa amistad pacientemente conquistada de la que ya iba á brotar quizás un sentimiento más tierno, se reprochaba, aunque inútilmente, el haber destruído él mismo su obra maestra.

Encontró varias veces en los salones á M. Troisville, pero ella ni lo miraba; verdaderamente él no existía para ella.

Por la primera vez en su vida, M. Juan sintió la tortura de un amor verdadero, inexorablemente deshecho. Un día, arriesgándose á pagar caro su audacia, se presentó en la casa de Troisville: no fué recibido. Escribió cartas llenas de arrepentimiento, suplicantes, que no fueron contestadas, y hasta llegó á comprender que no eran abiertas; envió flores humildes y dolorosamente mudas y fueron rehusadas. Durante seis semanas trabajó afanosamente por reconstituir la amistad perdida, obteniendo sólo crueles humillaciones.

Al fin, aquello que él había creído por largo tiempo que era sólo una fantasía elegante, se había convertido en una pasión desordenada, casi salvaje, compuesta tanto de cólera como de deseo; ya no tuvo más que un pensamiento: poseer á la orgullosa, más orgullosa que él, y gozar, costare lo que costare, del fruto prohibido de su belleza...

Una mañana, los vecinos del barrio que se perdían en conjeturas sobre las cosas del alejamiento de los dos amigos, se despertaron al ruido de un escándalo inverosímil. El marqués Juan, gracias á alguna complicidad subalterna, se había atrevido á introducirse en la noche, según contaban, en el dormitorio de Mme. de Troisville. Felizmente, un poco antes de que la vizcondesa volviera del baile fué descubierto por una sirvienta á cuyos gritos acudieron todos los de la casa.

La tal aventura hizo ruido enorme. Los más indulgentes lamentaron la locura del marqués. Sólo algunas ancianas señoras del antiguo imperio, románticos atrasados y quizá dos ó tres bellezas en decadencia, acordaron dar cierto giro á esta extravagancia digna de otra época.

Tuvo lugar un encuentro del español y Mme. de Troisville

muy mortificado por esta torpe historia y, como sucede con frecuencia, fué el representante del buen derecho, el marido, que salió herido, aunque ligeramente.

Fué una semana poco más ó menos después de ese duelo, que la viscondesa de Troisville se resfrió al salir de la Opera muriendo á los tres días de una neumonía.

Se recuerdan todavía los suntuosos y conmovedores funerales en Santa Clotilde; la aristocracia parisiense consternada, estrechándose en la nave cubierta de negro; el alto catafalco cubierto de escudos, brillante de luz, de M. de Troisville cuyo dolor, acrecentado quizá por justos remordimientos, daba compasión mirar, teniendo á su lado dos niñas que lloraban, las hijas de la muerta.

Cuando, en el momento del responso, callaron los cantos fúnebres y el venerable cura con voz hueca salmodió el eterno adiós, todos los ojos se llenaron de lágrimas al mismo tiempo que el órgano rompiendo el silencio de la iglesia daba un último y profundo sollozo.

La familia de Troisville tiene desde el siglo XIV su mausoleo en la antigua iglesia de V... sobre el Sena, á una hora de París. Allí se condujo á la pobre viscondesa inmediatamente después de la ceremonia fúnebre de Santa Clotilde; y es allí donde reposa para siempre, desde hace cinco años.

Todo esto ha sido referido muchas veces. Lo que se ignora belo aquí:

La misma noche de las exequias, M. Juan envió al pueblo de V... seis de sus servidores. Esos hombres, antiguos soldados de la famosa guerrilla, penetraron entre once y doce de la noche en la desierta iglesia, sacaron el ataúd de Mme Troisville y habiéndolo colocado en un carruaje tirado por dos vigorosos caballos lo condujeron á París á casa de su amo.

Si uno de los amables parisienses que á cada primavera acudía presuroso á las fiestas del marqués, hubiese entrado á la galería de los retratos una hora después de la vuelta del carruaje, se hubiera detenido en el umbral, sobrecojido de espanto. En medio de la inmensa sala, somióscura cuatro mecheros extendían sus luces indecisas sobre el catre de M. Juan, en el que se veía una muerta.

La Viscondesa de Troisville estaba allí, acostada en su ataúd abierto, rodeada de rosas deshojadas. Muy pálida, rígida, con los ojos hundidos y vestida de blanco, dormía su último sueño. Muy cerca, de pie, M. Juan la contemplaba, casi tan pálido como ella. Después se inclinó, atreviéndose á poner sus manos sacrílegas sobre su cuerpo cuya alma había volado.

En la sombra, en la que temblaba y se perdía la luz de los cirios, los antiguos Borgia, cual espectros saliendo de los muros, parecían agitarse, salir de sus cuadros dorados, ansiosos de presenciar un crimen que iba á sobrepasar á los suyos.

Repentinamente el impío se detuvo sobresaltado; los ojos de la muerta se abrieron y lo miraban fijamente. Tembloroso y espantado retrocedió. La joven mujer fué irguiéndose lentamente en su ataúd sobre sus manos enflaquecidas... Cuan-

do estuvo incorporada miró á su alrededor con el aire extraviado del que despierta de un largo y profundo sueño y que aún no tiene conciencia de sí.

La memoria empezó á volverle; recordaba confusamente los sucesos recientes y terribles; su enfermedad repentina, sus sufrimientos y poco después esa invencible torpeza, ese sueño letárgico, durante el cual había visto y sentido todo. Distinguía como á través de una bruma á M. Troisville y á sus hijos, vestidos de negro, llorando al pie de su lecho. Recordaba, espantada, la rebelión terrible de sus sentidos, el esfuerzo inútil por gritar para moverse cuando la envolvieron en un sudario... Y ahora se preguntaba si todo eso no había sido un sueño horrible del que despertaba al fin.

Pero de repente se dió cuenta de que estaba en un ataúd y dando un gran grito cayó desvanecida. El marques tembloroso aún la sostuvo. Comprendía ahora el terrible desprecio del mundo á que iba á condenarlo la que el creía muerta. Entonces tuvo miedo de esos cirios del ataúd, de todas esas cosas fúnebres; le parecía que si la dejaba allí en medio de todo ese aparato, la muerte vendría á arrebatársela; tomándola entonces en sus robustos brazos la llevó corriendo á su habitación situada en la extremidad de la larga galería...

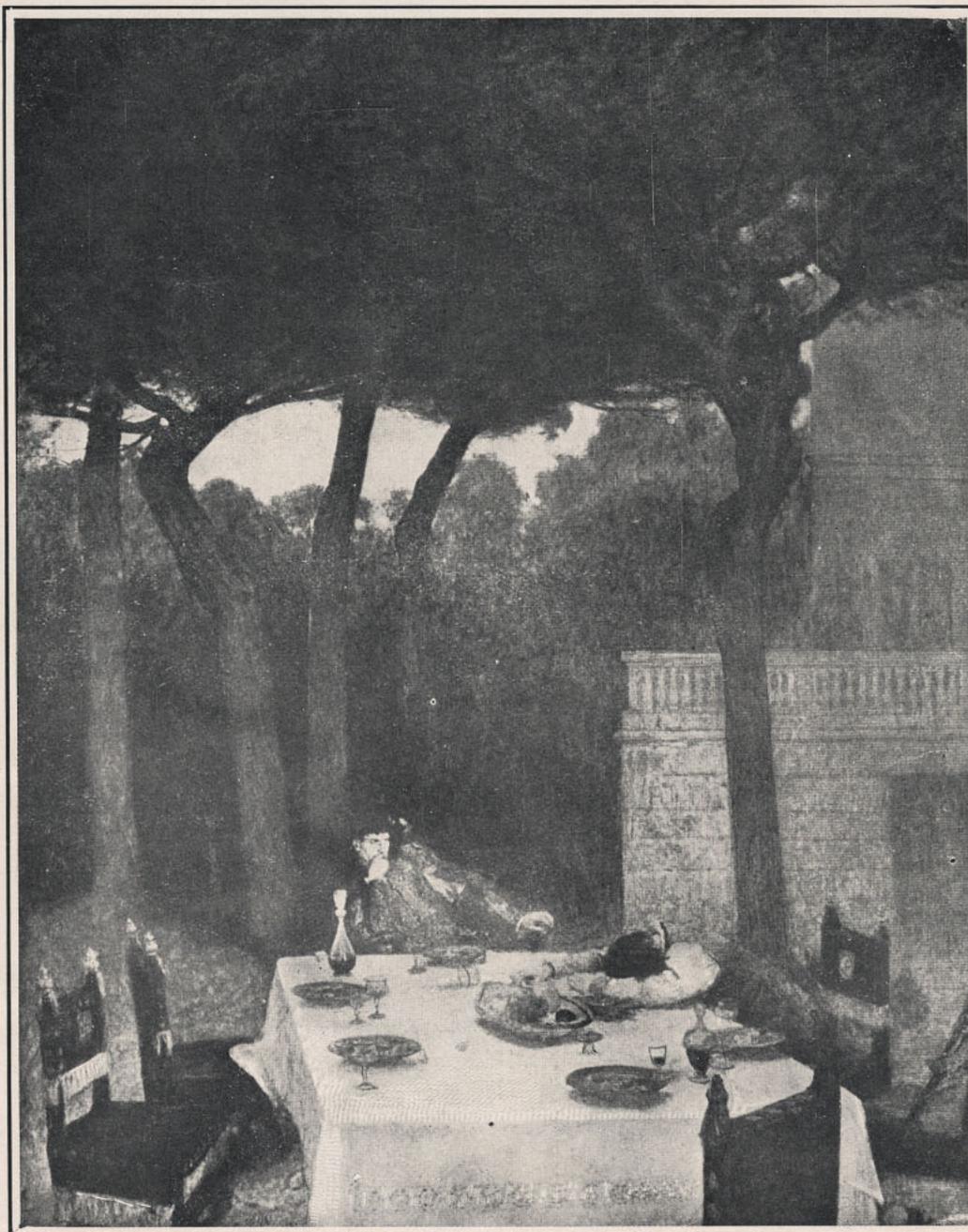
Aquel servidor de M. Juan que se descargó en el Tribunal de la Penitenciaría del pesado secreto de aquella noche terrible, no supo decir exactamente lo que pasó después entre su amo y la desgraciada mujer. Ningún ruido, ni un grito se oyó en el vestíbulo donde él y sus compañeros esperaban.

Quizás el marqués tuvo vergüenza de una fácil y odiosa violencia? Quizás ambicionando un triunfo menos ignominioso, quiso obtener el terror y angustia de una infortunada, quebrantada por emociones tan atroces, sino el consentimiento verdadero al menos una especie de resignación á sus deseos? El desenlace del drama lo hace suponer así. Muerta para todos comprendió que no podía llegarle ningún socorro; viva y sin embargo arrancada de la vida, la pobre mujer debió implorar la piedad de aquel

que había llamado su amigo. Sin duda apeló desesperadamente á lo que podría quedar de humano en esa alma y le suplicó devolverla á su marido, á sus hijos, á todos los que la lloraban. ¡Qué sueño! El podía ir donde esos afligidos como el Salvador á la casa de Lázaro, llevándoles de la mano á aquella que habían llevado muerta; se car al instante la fuente de sus lágrimas, hacer alegría de la desesperación, desempeñar casi el rol de Dios.

Talvez él un momento, talvez por un segundo, una ráfaga de misericordia iluminó las tinieblas de su pensamiento... ó quizá al contrario, viendo á esa mujer invenciblemente fiel guardar á su esposo una ternura victoriosa de la más espantosa prueba, un celo furioso ahogó en él todo sentimiento humano. Pensó sin duda que esa mujer, borrada ya de la lista de los vivos, sólo á él pertenecía por derecho de su crimen y que la acción generosa que ella le pedía que ejecutara serviría para condenarlo... Posiblemente trató de hacerla consentir á no ver jamás á los suyos, á resucitar á una existencia nueva, cerca de él, en algún lejano retiro, en una de sus señoriales posesiones de Andalucía, que aún conservaba.

Se cree que nada pudo doblar la re-



LOS BORGIA

CUADRO DE W. K. ORECHARDSON

pulsión de Mme. de Treisville ni vencer su sublime constancia. Sin duda evocó en su alma el querido recuerdo de los que amaba y permaneció impasible, heroica, casi monstruosa ante un monstruo del cual no podía dudar fuese capaz de todo.

Lo cierto es que hacia las dos de la mañana el estridente sonido de una campanilla interrumpió el lúgubre y pesado silencio de la casa, llamando repentinamente á las habitaciones del marqués, á los hombres que esperaban en el vestíbulo.

Acudieron... Por la puerta vieron completamente á Mme. la viscondesa de Troisville, pálida, con la cabeza flotante, de pie, recatada en la pared y en esta posición con los brazos cruzados sobre el pecho y su vestidura blanca parecía un ángel que iba ya á volar.

Al lado opuesto de la pieza, M. Juan estaba también inmóvil envuelto en la sombra.

Del lado del jardín había una ventana abierta; la brisa nocturna sacudía las copas de los plateados árboles que semejaban grandes abanicos; del jardín subían primaverales olores; se diría que la naturaleza quería festejar á la resucitada, era como una caricia tierna que le hacía la vida á esa joven mujer que sin un milagro hubiese dormido esa noche bajo la tierra.

—Por última vez... dijo con voz ronca M. de Juan.

Ella nada contestó, pero su graciosa fisonomía mostraba una invencible resolución.

Entonces él salió lentamente de las sombras, lívido, aterrado, como si el genio infernal de su raza se hubiese apoderado de él. Con un gesto implacable extendió hacia ella su brazo y dijo:

—Puesto que á mi amor prefiere usted la tumba, vuelva á ella!

Y dirigiéndose á los siniestros hombres que esperaban, con voz

horrible, del mismo modo, con que debió ordenar el suplicio de Pedro Gutiérrez, les dió en español una orden tal, que los viejos guerrilleros temblaron. Sin embargo, después de un momento de vacilación se adelantaron hacia Mme. de Troisville.

Entonces el exceso de terror despertó en esa desgraciada el amor instintivo y apasionado por la vida. Con un arranque desesperado, escapó de las manos que iban á tomarla; pero cuando franqueó el umbral de la sala, dió un grito de espanto y de agonia y rodó por el suelo como una mole.

Al fulgor de los cirios había visto allá en el fondo de la galería el ataúd abierto que la esperaba...

Medía hora más tarde estaba ante el vestíbulo el mismo carruaje que había traído el cadáver de Mme. de Troisville para conducirlo de nuevo. Cuando era depositado en la sepultura, se oyó un gemido sordo y lejano por decirlo así, como si la enterrada viva se hubiese despertado otra vez.

• •

Esa noche el marqués Juan, llegó al club algo más tarde que de costumbre; jugó con tan buena suerte que Lord B... en una partida que le costaba mil luises, le dijo con su flemática británica:

—Marqués, la fortuna no debe haberle favorecido hoy en amores!

Y como el reloj diera las cuatro, se levantaron en medio de risas.

Era esa la hora en la que en la iglesia de V... la piedra sepulcral sellaba para siempre la tumba de la que fué la viscondesa de Troisville.

ALVARO BRADOMIN



CUADRO CONOCIDO CON EL NOMBRE DE LE CHEVAL FONDU



SOL DE INVIERNO

CUADRO DE V. NATH



Monumento a un Poeta

BÉCQUER Y LOS ÁLVAREZ QUINTEROS

TODO monumento que se erige es una victoria que se obtiene sobre el olvido. Cada estatua asegura más que nada la supervivencia de una personalidad y al erguir sus perfiles sobre la deleznable caducidad de las cosas con la consistencia triunfante de lo indestructible, tiene valor de cátedra de bien y de tribuna de grandezas. Los bronceos estatuarios hacen más vivo y palpitante el recuerdo y la influencia de los espíritus esclarecidos, y ante el tiempo que corre con velocidad vertiginosa junto á las piedras de sus gradas y ante las generaciones que surgen y surgen en renovación perpetua, se levantan serenos y arrogantes como un ejemplo, como un símbolo, como un altar, como una enseña.

¡Y Becquer va á tener estatua! Hasta ayer su memoria sólo vivía en la sollozante vibración de sus *Rimas*. España, más bien dicho Andalucía, se había conformado con aprender y repetir sus quejumbrosos versos y dilataba el cumplimiento de ese deber ineludible. Cierta que un poeta no muere, que no puede morir aunque no haya visto reproducir su personalidad en los retoños de los hijos; cierto que todo termina para él con el cadáver que desciende á su ceniza en el misterio de una fosa; cierto que quedan sus versos que son él mismo, que son su propia vida alentando en prolongación sin término sobre los despojos inanimados de su envoltura corporal; cierto que sus versos son su alma, su clara y bella alma que queda palpitando en armonías inmortales; pero el monumento es el que viene á consagrar la gloria del artista y á patentizar la admiración hacia su obra.

Mientras erigían estatuas á muchos y entre ellos á algunos talvez de menes méritos que el bardo sevillano, un olvido incomprensible de aquellos mismos que con labios temblorosos y corazón emocionado recitaba sus estrofas, destitufan á Bécquer del homenaje público del monumento.

Pero ahora lo tendrá. Su dolorida y pensativa efigie se alzará en el paisaje opulento de un jardín de Sevilla y allí, la región andaluza, España y los viajeros, irán pasando en un desfile reverente y deshojando ante el mármol las flores de su simpatía, entre el rumor ardiente y cariñoso de plegarias y de aplausos.

Bécquer, el poeta desilusionado, el solitario melancólico é inconsolable, tendrá estatua y ella le será erigida por iniciativa de dos de los más festivos escritores de la España actual, de dos artistas que en sus producciones han derramado el concepto más optimista de la vida y han hecho gozar por varios años á su patria y á la América española: los hermanos Alvarez Quintero.

¡El poeta más triste de España, glorificado en el monumento por los ingenios más joviales del solar de los Alfonsos!



Bécquer, su producción representa en el compuesto amplísimo y variado de la literatura hispana una nota única de belleza propia, de singular fisonomía, de novedad especialísima.

Pocos poetas han existido en el mundo de mayor sensibilidad y de psicología más raramente refinada en sus procesos emocionales y afectivos que Gustavo Adolfo Bécquer.

Por eso su existencia fué una serie de inclementes pesadumbres. Era imposible que los latidos de su corazón impresionable y que las cadencias de sus diáfanos ensueños pudieran un instante unificar su ritmo con el del organismo colectivo que se agitaba en torno suyo y ese brusco desacuerdo hizo vagar al tierno sevillano con la margura permanente y honda de cantor no comprendido.

La rudeza brutal é implacable de la vida, la orfandad y la indigencia, colocaron además sobre sus hombros abatidos el madero agobiador de un infortunio insuperable y bajo el peso de su carga abrumadora, arrastró sus congojas y sus desengaños entre los bullicios plácidos y turbulentos de Sevilla y de Madrid.

Y en esas horas de vigilia y de tormento; en esas negras horas de insomnios y de desesperaciones, sólo tuvo el lenitivo de la poesía. Todas sus decepciones y sus desventuras, sus vagas ilusiones y fugaces esperanzas, las exteriorizó en sus versos. Al escribir, prefirió la estrofa rápida y concisa que, con su expresivo laconismo y tranquilla naturalidad, hiciera destacar con fuerza el sentimiento ó el pesar que la inspirara. En ésta característica de sus lucubraciones, se anticipó Gustavo Bécquer al autor de las *Doloras*, que laboró sus filigranas bajo la influencia de su principio estético de que en arte se gana en intención lo que se pierde en extensión.

La poesía de Bécquer es así, corta, clara y elocuente. Unos cuantos versos equivalen á un poema. Y escribió sin preocupaciones métricas ni gramaticales y sin más norte ni ambición que el de expresar de un modo franco los sacudimientos de su sér interno. De ahí que sus composiciones tengan ese sello de honradez y ese carácter de espontánea confianza.

La forma, aunque casi siempre agradable y musical, fué una cosa secundaria para Bécquer. Su principal empeño consistió en condensar en el marco estrecho de unas pocas líneas sus

sensaciones íntimas cuando el mundo ó la mano de la amada llegaban á golpear las puertas de su espíritu en aldadazos de pesar ó de traición.

La sutileza de sus pulsaciones psíquicas y la fortuna con que les dió voz y color en sus estrofas, hacen al vate de esos poetas de admirable privilegio que caracterizan con exactitud maravillosa, situaciones morales por las que todos han pasado. Bécquer es así un poeta universal, que ha dado en sus inspiraciones las fórmulas precisas para definir estados de alma comunes á todos los que sienten ó que sufren, vivan ellos en las frías zonas de las nieves ó en las tierras tropicales. Poesía sin ficciones ni artificios, sin exageraciones ni convencionalismos, con esa eterna actualidad de trasunto fonético de las cosas del espíritu, siempre antiguas y constantemente nuevas, vivirá en el planeta mientras haya corazones.

Trovador infortunado, siempre aterido por el soplo de la desventura, siempre doblegado bajo la coyunda de alguna pena aguda y desgarrante, recorrió todo un sendero de guijarros y de abrojos en esa edad en que las ilusiones vuelan en la mente como un enjambre de mariposas de oro; en que se siente el impulso incontenible y loco de las grandes alegrías; en que el pecho está pletórico de aspiraciones de entusiasmos, de fe, de amor, de juventud y es el hombre un acorde vigoroso en el himno armónico y risueño de la vida humana.

No buscó apoyo el poeta en los brazos abiertos y efusivos de la amistad, ni en el seno generoso de ella, dió expansión consoladora á sus acerbos sufrimientos, y huraño y cabizbajo, en el sonambulismo de su fatal neurosis, fué Bécquer un vencido combatiente en las batallas de la vida; pero un cruzado victorioso en los torneos de las letras.

Bécquer, poeta de los ancianos y de los jóvenes, desgraciado cantor sevillano, para amargar sus días se dijera que el mundo sumó sus asperezas y sus asechanzas. Huérfano, desamparado y desvalido, marchó solo con sus privaciones y sus infortunios entre el esplendor glorioso de esa Sevilla imponderable, contemplando bajo el lente ennegrecido de su desconsuelo las opulentas galas de esa ciudad morisca y española que atavía la blancura de su esbelto caserío—fabricado tal vez con la espuma que entretete cantando la corriente del Guadalquivir—con guirnaldas de claveles encarnados y de azules campanillas.

Pobre rey del estro, corazón infantil y sencillo, alma buena y transparente, fué su existencia como la ascensión penosa de una sierra escarpada y sin cumbre; la febril pesadilla de un enfermo; la doliente odisea de un paria...

en el mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor...

Sí, y entre las alegrías arebatadoras de una población que ríe y canta; entre el pueblo poeta donde riman los grandes alborozos con la orquestación de las guitarras y los surtidores; entre el estrépito carnavalesco de una ciudad que se entrega sin reserva á sus transportes jubilosos, Bécquer, solo y retraído, sombrío y callado, paseó hasta su muerte prematura y mísera, toda su trágica é irremediable angustia de soñador despepcionado, toda su infinita nostalgia del cielo; toda la nebulosa y colosal congoja de su corazón atormentado.



.....
Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa
¿quién vendrá á llorar?
¿Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva á brillar,
de que pasé por el mundo
¿quién se acordará?

Rodó el cadáver del desventurado vate al abismo materno de la tierra; pero su recuerdo quedó viviendo en sus estrofas. El mérito de ellas se apreció sobre su tumba. Cuando el hombre desciende á reposar en el subsuelo virgen y amoroso, habla la verdad con su voz severa y desapasionada y pronuncia la justicia sus acuerdos soberanos.

¿Quién volvería á preocuparse del desdichado trovador? Todos, españoles y americanos, hombres y mujeres, todos los que modulan el verbo in igual del idioma del *Quijote*, todos los que llevan la espina de una tribulación amorosa, todos...

La glorificación del bardo comenzó. Sus rendidos admiradores narraron su vida, se dió su nombre á una calle de Sevilla y se

colocó una lápida conmemorativa sobre el muro exterior de la casa en que abriera á la vida y al arte sus pupilas soñadoras.

Pero el homenaje no quedaba completo. Faltaba lo más significativo, lo más imperecedero: la estatua. Erigirla, era pagar una deuda, era cumplir con un deber. Y, siguiendo los dictados de su conciencia justiciera y haciéndose eco de una secreta aspiración que persistente y silenciosa aleteaba muy adentro en el alma de los andaluces, tomaron la iniciativa de la labor reparadora los joviales escritores Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.



Los Quintero, al iniciar espontáneamente los trabajos del monumento, procedían arrastrados por la nobleza de sus corazones, por su admiración sin límites hacia el poeta, y, al lanzar la idea y al bregar por realizarla, se ponían de acuerdo con el tácito pero ferviente anhelo general.

La admiración de los Quintero hacia Bécquer ha sido siempre grande y siempre intensa. Sobre la base de rimas del vate, han construido documentos dramáticos que han alcanzado grandes éxitos. Ahí están "El Amor que pasa" y "A la luz de la luna".

La primera de estas obras, comedia en dos actos, es una joya artística de valor inapreciable y está inspirada en aquella rima que retoza en los labios de todos:

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿qué sucede?
— ¡Es el amor que pasa!

Esta rima ha sido interpretada en el teatro por los Alvarez Quintero y en la estatua por el escultor. La acción la colocan aquellos en el pintoresco pueblecito de Arenales del Río, rincón andaluz donde se vive en el ambiente de otra época y á donde no han llegado todavía las frivolidades, ni los amaneramientos, ni el complicado aparato social de las modernas poblaciones.

Y en esa localidad pequeña y apartada, unas cuantas muchachas espirituales y hermosas, ahogan sus rosadas quimeras y sus ensueños amorosos, en la estéril y gris monotonía de la vida uniforme y prosaica del nativo lugarejo. Pero un día llega á visitar la aldea un apuesto y galante mancebo y en él vieron "las pueblerinas, las solitarias, las olvidadas", esa ilusión sonriente y bella que acariciaban en sus almas suspirando de pasión; vieron que en él tomaba formas el querido pensamiento que las perseguía como una sombra encantadora; vieron brillar el firmamento y florecer la tierra; mas, ave de paso, peregrino errabundo é inquieto, se va el joven de Arenales después de inflamar de amor el corazón de las muchachas. Era el amor que pasaba resplandeciendo y subyugando, como un fulgor de plenilunio, como una angélica sonata; como algo inexplicable y halagüeño, perturbador y delicioso, de inefables poderes y de dulce imperio... Lo ven partir con el presentimiento de no verlo más, y al divisarlo que se aleja y al enviarle con los blancos pañuelos sus adioses, sus trémulos saludos en que parece haber un ademán de suplicante ruego, sienten todas el vacío doloroso del amado ausente y lloran sobre los escombros de su erótico ideal.

La rima queda admirablemente trasladada al teatro. "El amor que pasa", por su poesía, por sus diálogos, por su fondo, es una de las obras más hermosas de los Alvarez Quintero. ¡Cuánto habría aplaudido Bécquer esta genial composición que según Fernández y Villegas "hace sentir esa luz dolorosa del continuo pasar que nos hace ver la poca felicidad que hay en la vida y demuestra que la acción menos complicada, cuando está hondamente sentida por el artista, se convierte por su propia virtualidad en símbolo de trascendente significación. Todas las cosas que existen nos hablan de algo eterno, dice él mismo; la misión más alta del arte consiste en mostrarnos lo que hay de permanente en el hecho fugitivo".

"A la luz de la luna" es un paso de comedia que es todo un poema de sorprendente efecto. Un vulgar accidente de ferrocarril reúne á un joven y á una dama en un precioso despoblado bajo el velo difuso de la noche; se acercan, se hablan, laten sus corazones con violencia inusitada y en pos del bello idilio de volcánicas palabras, lleno de gracia y de donaire, repiten ambos con acento conmovido:

¿Quieres que de este néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale á tus labios,
y déjale después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémosos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!



Conocida la admiración entusiasta y constante de los Alvarez Quintero por Gustavo Adolfo Bécquer, ¿qué de extraño tiene entonces que hayan lanzado la idea de honrar al gran artista con la erección de un monumento para perpetuar su gloria?

Y la ocasión de hacer público su nobilísimo propósito, llegó

para los Quintero con los Juegos Florales celebrados en Sevilla con extraordinario brillo el 25 de Abril del presente año. Fueron los autores de "La Zagala" y "El genio alegre" mantenedores de la tradicional festividad y al ponerse término á ésta con un espléndido banquete servido el 3 de Mayo y en el que participaron las letras, la enseñanza, el comercio, la agricultura, las finanzas, uno de los Quintero leyó un notable discurso y en él expusieron su proyecto de glorificar al bardo levantando en Sevilla su estatua.

Todos los comensales prometieron fecundar la idea con el calor de su adhesión. Y para verla realizada luego, anunciaron los Quintero que escribirían una obra inspirada en una rima del egregio lírico y declararon que el producto íntegro que resultara de la representación de ella en la Península y América, sería destinado á convertir sus planes en una hermosa realidad.

Poco después, el distinguido y laureado escultor don Lorenzo Coullant Valera concluía el boceto de la estatua, y los fecundos escritores daban término á la comedia prometida para sufragar los gastos de la levantada empresa.



El monumento es digno de Gustavo Adolfo Bécquer y del hábil artista que lo concibió. De forma circular, irá en torno de un cedro inmenso y centenario que eleva su imponente corpulencia en un jardín de la ciudad del Bétis. En un erguido pedestal adornado con flores y con golondrinas, descansa el busto del poeta, al que Coullant y Valera ha dado un gran carácter y un completo parecido: la cabeza de armoniosos lineamientos; la frente pensativa y despejada; los ojos tristes y marchitos, y en los labios una mueca imperceptible de resignado desconsuelo.

A la izquierda, sobre la escalinata, se observan tres mujeres por sobre cuyas cabezas flota un niño alado, el amor que pasa, sacudiendo las alas y alumbrando al Universo. "Una de ellas, dicen los propios Alvarez Quintero en una carta dirigida á Andalucía, mira al espacio con curioso anhelo, en que hay un toque de sobresalto, como si interrogara su corazón sobre aquél resplandor lejano nunca visto y aquella singular inquietud no sentida hasta entonces. Otra, hacia atrás la hermosa cabeza, puesta una mano sobre el palpitante seno virginal, cierra los ojos y sueña en éxtasis dichoso. La tercera, la que está más cerca del busto del poeta, deja resbalar por su falda unas flores, y como una azucena tronchada, inclina sobre el pecho la frente, orlada de cabellos de oro y llena de nostalgia y de melancólicos pensamientos... Y cuando sentís la impresión inefable del amor que pasa en torno vuestro, del amor juvenil que brota en lo íntimo del corazón como fuente de luz, del amor que extremece al mundo con sus alas, si dáis la vuelta y pasáis al otro lado del poeta, os conmoveréis contemplando la hermosa figura de otro amor, trágicamente dolorosa. ¡Qué distinto el amorcillo risueño y lleno de esperanza que flota sobre las lindas cabezas de las mujeres, de aquel otro amor caído, herido á traición por la espalda, descompuesto por el dolor, tronchadas las alas poderosas!

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición;
los brazos me echó al cuello y por la espalda
partióme á sangre fría el corazón.

"Y en la mente esta rima, tornáis á fijar vuestra vista en la cabeza del poeta, y halláis en aquella pálida frente el resplandor divino de la inspiración y la huella de los opuestos sentimientos que turbaron su espíritu y cantó su musa".

Tal es el monumento á Bécquer que costeará la comedia escrita por los Alvarez Quintero con este sólo objeto. Se llama ella "La rima eterna" y su argumento lo ha sugerido á los autores la composición que empieza:

No digáis que agotado su tesoro
de asuntos falta enmudeció la lira:
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

"La rima eterna" ha sido estrenada en el Teatro Cervantes de Sevilla, y sus empresarios, con un desprendimiento que los ennoblece, han dedicado íntegramente el beneficio pecuniario que les ha reportado, á los trabajos de la estatua (1).



Gustavo Adolfo Bécquer va á ser, pues, glorificado en la forma que lo exige su talento y su infortunio. Así el resto del mundo observará que en la Península no se olvidan de los ingenios que le dan prestigio; así se celebrará la apoteosis de un poeta que, adorando á la mujer, á las flores y á las aves, sólo encontró en su corto tránsito por la senda que á la tumba nos conduce, engaños y desilusiones, ingratitudes y abandono, infecundos eriales y tormentas despiadadas.

Puede decirse que en la vieja España más que en otras secciones del Antiguo Continente, se tiene la cívica virtud del culto por los ingenios nacionales y es fuerza que en ella se mantenga esa tradición honrosa, para que siga siendo la patria de la inteligencia, la fuente luminosa y pura de la exelsa poesía.

No era posible dilatar por espacio mayor el homenaje del mármol—inmaculado y blanco como su alma—al desgraciado soñador. Tenía derecho incuestionable á aquél, el que supo hacer

(1) En una segunda crónica, que completará esta desaliñada información, daremos el argumento de "La Rima Eterna" y narraremos las fiestas á que dé margen la inauguración del monumento.

brotar en la pradera edénica de la literatura hispana, una selva lírica que se mantiene fresca y esplendente y que nadie ha podido más tarde cultivar. Porque la producción de Becquer, con ser tan corta, es poesía única en su belleza fácil y armoniosa; sin segundo en su amargura; excepcional en su objetivismo; sin precedente en su interpretación de sentimientos y matices de ellos; como pocas en su sabor humano, en su alcance amplísimo, en su valor universal.

Becquer no tuvo maestros y ha tenido imitadores; pero nadie lo ha igualado. No siguió las huellas de ninguno, aunque se adviertan en las directivas de su tendencia y su manera, afinidades marcadas con un poeta de otra tierra, y ha sido en la Península un artista original.

Merecía el monumento que hoy le erigen los Quintero. La memoria del ilustre bohemio no morirá jamás gracias á ellos, y ante su hermosa estatua le ofrendarán el delicado incienso de su admiración, mujeres y hombres, compatriotas y extranjeros, todos los que tengan en su corazón alguna fibra del poeta, todos los que digan sus sentimentales versos como el reflejo de un movimiento de la propia vida interna, de una modificación de su existencia sensitiva.

Y más que todo, ante el busto de Becquer irán las avecillas, sus amigas golondrinas, á derramar como un saludo de afecto y gratitud las vibraciones de sus cantos cariñosos, y al emprender el vuelo infatigable, rozarán sus alillas la cabeza del poeta con la sublime suavidad de una caricia de la amada. Y pasará también ese cantor errante y presuroso, el viento, y entre los hierros de la verja preludivarán sus flautas sinfonías pastoriles y llevará corolas y perfumes de los rosales y las trepadoras; de las violetas tímidas y púdicas; de las radiantes y sonrientes madre-selvas; de los naranjos y de los aloes, de toda esa vegetación lozana y bella que hace estallar en bosques portentosos la feracidad ubérrima de Andalucía.

El Guadalquivir que arrullara á la Híspalis de los fenicios y de los romanos; á la ciudad querida de los vándalos y de los agarenos y que sigue regalando los oídos del pueblo preferido de los españoles, dedicará también al bardo las murmurantes notas de su continua sinfonía. Y la Guiralda, que mira á sus plantas á Sevilla como nivea bandada de palomas; á la ciudad donde persisten la gracia exquisita y voluptuosa y el estilo aéreo, alegre y vaporoso de los orientales; la Guiralda, que contempla embelesada á la ciudad que ha sido cuna de reyes y guerreros, de prelados y poetas de memoria inmortal; á la ciudad que ha sido teatro de tantos episodios heroicos y romancescos y de tantas hazañas de amor y de arrojo, de filantropía y de piedad; la Giralda, que vió los dramas misteriosos de Alcázar en los años brillantes y agitados del gobierno musulmán; que precenció el florecimiento espléndido de la civilización cristiana después que los ejércitos irresistibles del Rey santo enarbolaron la cruz en los antuarios islámicos; que vió las cortes galantes y caballerescas de los ilustres monarcas castellanos; que vió escribir **Las Partidas** y pintar extasiado á Murillo sus celestes **Concepciones**; que vió á Colón, enardecido y delirante, soñar el plan grandioso de descubrir un mundo nuevo y vió que se cumplían los proféticos anuncios del intrépido argonauta en los tesoros que á la ciudad llegaron en fabulosas cantidades á acrecentar sus esplendores; La Giralda, que vigila como madre á la ciudad donde han vibrado con magníficos arpegios los laudes sonoros y acordados de multitud de trovadores; donde el pueblo canta en coplas de felices expresiones todos los sentimientos de su corazón; la Giralda, esa torre secular y eminente, que fué encanto del moro; esa torre erguida y única, admiración y orgullo de Sevilla, podrá ahora también recrearse en la contemplación del monumento que levantaron dos poetas á la gloria de su hermano.

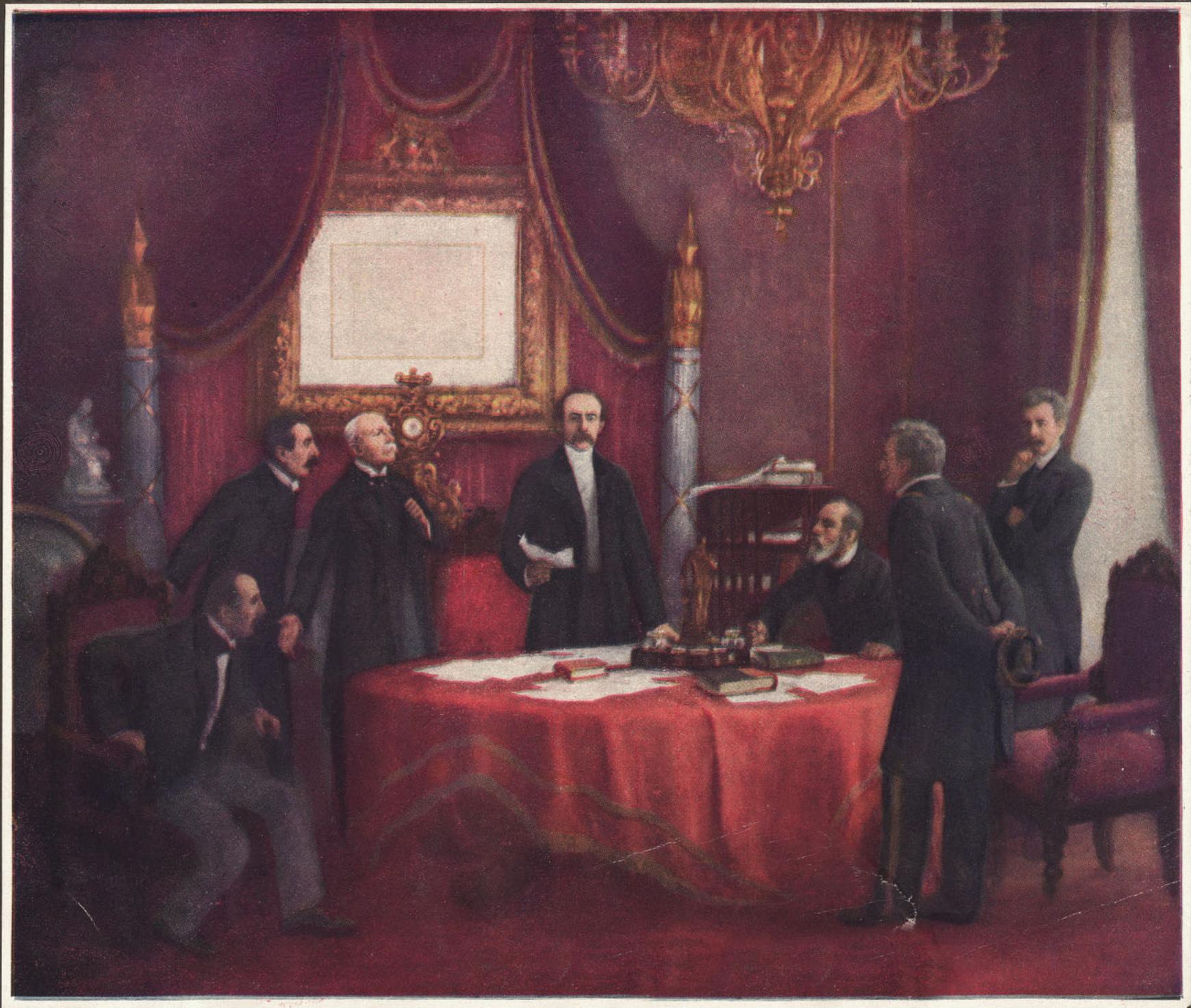
¡Honor á Becquer, á los hermanos Alvarez Quintero y á la madre España!

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA

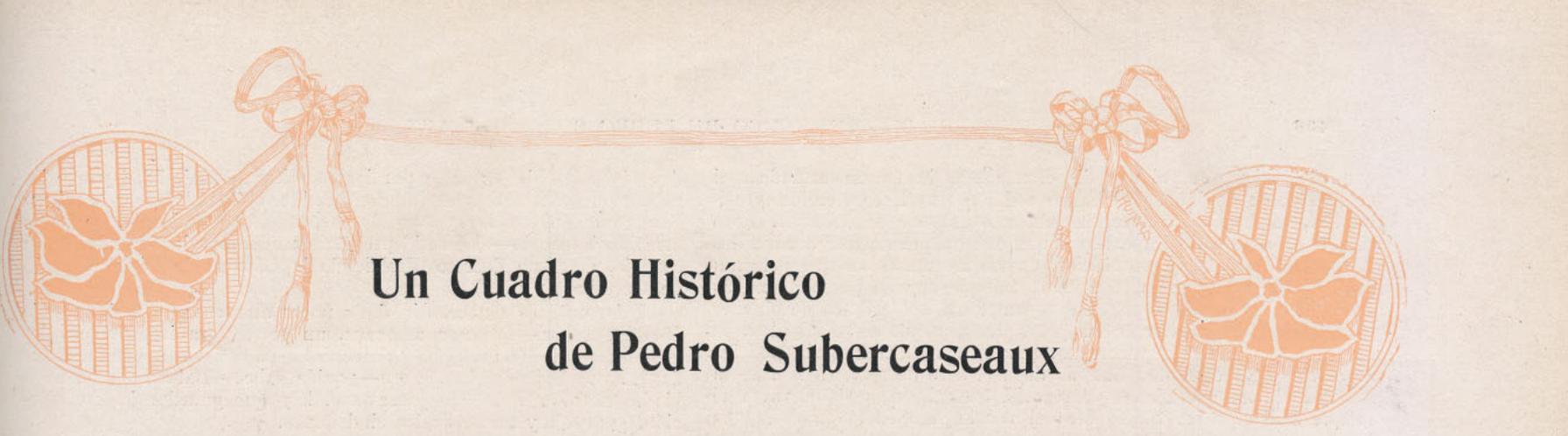


NIÑA CAPRICHOSA

CUADRO DE B. VAUTIER



UN CUADRO HISTÓRICO
de Pedro Suborandain



Un Cuadro Histórico de Pedro Subercaseaux

CONSEJO DE MINISTROS EN EL DESPACHO PRESIDENCIAL EL 7 DE ENERO DE 1891

Si no tiene un vigoroso temperamento de colorista, Pedro Subercaseaux Errázuriz tiene, á falta de eso, la mejor preparación artística entre los jóvenes pintores chilenos. Recibió,—como la fortuna de sus padres se lo permitía,—la educación clásica de París, Roma y Munich; adquirió metódicamente la técnica del oficio. Hemos visto en él, desde sus primeros cuadros, un pintor,—sino de los más lucidos y simpáticos,—muy correcto,—dibujante eximio, lleno de soltura y de inspiración,—capaz de satisfacer las exigencias de los críticos.

Es un trabajador incansable: ama su arte: vive para su arte. Es una herencia, una fatalidad,—feliz fatalidad en su caso,—que le viene por vientre y lomo: su padre, don Ramón Subercaseaux,—simple aficionado que pinta con más talento que muchos profesionales,—su tío, el conocido paisajista don José Tomás Errázuriz.

Si Pedro Subercaseaux es un pintor notable, no lo es, ya lo dije, ni por la espontaneidad, ni por el impresionismo, ni por el colorido; lo es, sí, y lo es bastante, por la imaginación para componer y agrupar,—esto lo hará ser un gran pintor de batallas y de cuadros históricos,—por la corrección, seguridad, movimiento y soltura del dibujo. Admiro en él esa facultad,—que fué el secreto de los maestros antiguos,—de agrupar con vida y sentimiento dramático, á la vez que armoniosamente, multitud de personajes.

Se ha hecho, como dibujante y como pintor, el colaborador gráfico de novelistas é historiadores chilenos y argentinos: ilustra cuentos y novelas en nuestras revistas y ediciones, pinta en grandes cuadros nuestras costumbres populares, y los dramas militares y políticos no tan solo de la historia de Chile, también de la Argentina de donde se le han encargado cuadros y retratos. Se inclinaba por gusto innato á la interpretación de la historia,—pertenece á una familia de tradición política. Hermosos cuadros ha sacado ya de la epopeya de la Independencia. Si tuviera nuestro Museo, como el de Versalles, una “Sala de las batallas”, Pedro Subercaseaux la estaría llenando, así como está llenando de preciosas viñetas nuestros libros de historia y de costumbres. Es el primer artista chileno en quien encuentro el talento de ilustrador, raro y apreciable talento, que se hermana con la facultad literaria para ir formando en conjunto á la vez sugestivo y gráfico la leyenda de los pueblos.

Hasta ahora el pincel de Pedro Subercaseaux, sólo ha explorado los episodios y los campos de la Colonia y de la Independencia. Quédale un extenso y variado repertorio de cuadros y viñetas en la gloria de nuestras guerras posteriores, y en los memorables, ejemplares, y tantas veces dolorosos, acontecimientos de nuestra vida política. ¡Feliz él que, siendo joven, tiene por delante toda una vida que llenar con la noble actividad del lápiz y del pincel, haciendo revivir, fijándolo para siempre, cuanto hubo de interesante en el pasado!

Un primo hermano suyo, Augusto Vicuña Subercaseaux,—heredero de las aficiones de vida pública que hicieron de su padre, don Claudio Vicuña, un hombre eminente,—ha hecho que Pedro Subercaseaux se incie en la ilustración de páginas chilenas posteriores á la Independencia, pidiéndole un gran cuadro al óleo que represente la sala de despacho del Presidente de la República, el 7 de Enero de 1891.

Para ser exacto, y cronológico, debo decir que, Subercaseaux, antes de esto, ilustraba ya páginas posteriores á la Independencia: desde el año pasado viene dando los dibujos de la edición popular, por entregas, de la obra de don Daniel Riquelme, “Bajo la Tienda” (Guerra del Pacífico). Ahora sólo debo ocuparme del cuadro que le encargó la veneración del hijo de uno de los hombres que tuvieron mayor responsabilidad en ese año trágico de 1891, y que SELECTA reproduce en una perfecta tricomía.

En el último año de su administración, don José Manuel Balmaceda,—que había gobernado admirablemente, dándole al país una prosperidad nunca vista, y era el jefe ilustre de nuestro liberalismo,—dejó ver en su carácter cierta transformación desagradable y peligrosa: un invasor y excesivo desarrollo de su personalidad, cierta intemperancia hiriente,—el mal del poder, los humos cesareos,

especie de alcohol ó veneno moral que alcanza á las más altas cabezas humanas.

Se acercaba el mes de Octubre de 1890 y el país pensaba en quien pudiera sucederle á Balmaceda en la Presidencia; ésta terminaba el 18 de Septiembre de 1891.

El partido Nacional (llamado entonces Montt-Varista), que había acompañado fielmente á Balmaceda en su política, pensaba en el digno é influyente ciudadano don Agustín R. Edwards. El señor Edwards debía ser el candidato del Presidente, pues todavía entonces duraba la ley no escrita, pero infalible, de que el Presidente tuviera un candidato, un sucesor elegido, que los elementos oficiales, interviniendo en las elecciones, hacían triunfar. Nuestra libertad electoral era una comedia. Los gobiernos se elegían unos á otros; se reclutaban entre buena gente; eran buenos gobiernos.

Sin embargo, por el desarrollo del país, por la extensión de la cultura y el auge de una democracia ilustrada sobre la antigua oligarquía,—por una serie de factores cuya revisión no tiene cabida en esta sucinta crónica,—ese orden de cosas que manejaba predominante nuestra antigua aristocracia política, parecía arbitrario, odioso, humillante de la personalidad, ya consciente y distinguida, de otros elementos que se sentían con derecho á influir en la sociedad y en la política. En ruda porfía con el oficialismo estos elementos habían llegado al Congreso y estaban dispuestos á hacer verdadero parlamentarismo, comenzando, naturalmente, por conseguir que las elecciones fueran libres. Se anunciaba una transformación en la vida de nuestras instituciones públicas, una batalla por la libertad electoral, de cuyo triunfo ó derrota dependería la acentuación de la influencia presidencial ó del parlamentarismo en nuestro sistema de gobierno.

Los partidos liberales no sólo pensaban tener candidato á la Presidencia de la República: esperaban hacerlo triunfar, iniciando con ello la era de la no intervención del Gobierno. Se creía que el acatamiento de esto iba á ser para Balmaceda,—dados sus antecedentes de jefe del liberalismo,—como la realización de un ideal largo tiempo perseguido.

No fué así. El Presidente de la República tenía su candidato, y manifestó desde luego, con suma vehemencia, la resolución de hacerlo triunfar. Contrariando, como lo hizo, la candidatura del señor Edwards enojó á los Montt-Varistas que le habían prestado á su Gobierno decidido y leal concurso. Oponiéndose al candidato de los liberales,—que iba á serlo don Augusto Matte, hombre de notable inteligencia,—se malquistó con la mayoría parlamentaria, con la prensa, con la juventud, con todo lo que es opinión pública.

No era que el candidato del Presidente fuera malo; lejos de eso. Este candidato, don Enrique Salvador Sanfuentes, Ministro del Interior que había contribuido al brillo de la administración, era personalidad de ilustres antecedentes, hombre de Estado, hombre de carácter. Pero el país quería acabar con el humillante tutelaje del Gobierno en las elecciones públicas, que perpetuaba el imperio de una oligarquía y hacía que la representación popular y el parlamentarismo,—prescripciones de nuestra Constitución,—fueran una simple farsa. Presentadas de otro modo las aspiraciones del señor Sanfuentes á la Presidencia de la República, habrían sido, tal vez, las mejores recibidas, las que hubieran triunfado.

El Presidente Balmaceda,—jefe del liberalismo chileno en veinte años de lucha gloriosa por el cumplimiento de los dictados constitucionales y por el triunfo de las libertades públicas,—presentando la candidatura Sanfuentes con la intemperancia con que lo hizo y como infalible candidatura oficial, le dió al país una dolorosa sorpresa.

La resistencia comenzó. Balmaceda, en el Congreso, vió destruirse la mayoría,—formada por todo el liberalismo,—que le había dado á su Gobierno prestigiosa y sólida base parlamentaria. Como no amañara en sostener la candidatura del Ministro del Interior á la Presidencia de la República,—lo que era un escándalo,—el Congreso, que tiene armas poderosas, se negó á aprobar la ley de contribuciones.

El descontento, el espíritu de resistencia, el ardor de la lucha entre el Congreso y el Ejecutivo, salieron á la prensa, á la calle, al país, y fué una época agitada, de simpáticas demostraciones de opinión

que el Gobierno repelía y dispersaba con la fuerza armada. Si el Presidente de la República no cedía á una libre elección presidencial, se estaba en el camino de una grave cuestión civil. Pero siempre se espera de los chilenos que cedan, que lleguen á acuerdos honorables, que hagan sacrificios, en los momentos en que peligran la dignidad y la paz de la nación. Lo que hay de personal en las ambiciones de nuestros políticos se nutre del noble deseo de obtener gloria sirviendo realmente al país. Esta, es desde O'Higgins, la consigna de nuestros poderosos; por ella nuestra historia política se ofrece como ejemplo. Cuando llega el caso de servir á la Nación sacrificando las ambiciones personales, los chilenos no vacilan. Fué lo que hizo el señor Sanfuentes al ver la resistencia levantada en los partidos y en la opinión por la forma de su candidatura. Agradecido al Presidente que quería honrarlo con su sucesión en el mando, le pidió que lo dejara retirarse, del Ministerio y de la candidatura, á su tranquila y hermosa hacienda de los Quillayes.

Todo estaba conseguido; se restablecía el acuerdo entre los poderes públicos; los partidos irían á una libre elección presidencial; la tranquilidad volvió, y volvieron á oírse los gritos de justicia y de entusiasmo, tantos veces oídos en días memorables para el liberalismo: "¡Viva Balmaceda!"

De la fecha reglamentaria en que debe aprobarse por el Congreso la ley de contribuciones, como durara el conflicto, había pasado algún tiempo. No pudiendo la Administración percibir ingresos, cobrar contribuciones, grandes cantidades de mercaderías y productos habíanse internado y exportado sin pagar derechos. Naturalmente, el Gobierno pidió al Congreso que á esa ley de contribuciones, que despachaba con atraso, le diera carácter retroactivo, á fin de hacer integrar en arcas fiscales los derechos no pagados mientras no se pudieron cobrar. Eran millones y millones de pesos...

El Congreso discutió si daba ó no carácter retroactivo, como lo pedía el Ejecutivo, á la ley de contribuciones. Fué una vergüenza para el Congreso Nacional el solo hecho de discutir ese punto. Fueron los manejos y las influencias de las casas de comercio y de los salitreros acaudalados,—Cresos y Nababs, judíos, que se habían gozado en el contrabando y no querían devolverlo,—fué un síntoma alarmante de la descomposición moral operada por el dinero: la riqueza corrompe á los pueblos como á los individuos. ¿El Congreso Nacional iba á permitir que se defraudara al Estado, ó, al menos, parecía vacilar en ese punto en que no cabía vacilación ni demora? El Presidente Balmaceda,—fiel á la tradición de probidad de los gobernantes chilenos,—se irritó sobre manera y se dejó llevar por la justa exaltación á un acto extremo, pues, en definitiva, los contrabandistas no hubieran triunfado en el Congreso chileno y la ley de ingresos habríase despachado como el Presidente lo pedía.

Valiéndose de una facultad constitucional nunca usada,—asi-

dero á la dictadura puesto por los constituyentes de 1833 y que las reformas posteriores no habían suprimido, olvidándolo por lo mismo que nunca, ni en las peores épocas, ningún Presidente, se había atrevido á usarlo—el Presidente Balmaceda, previo acuerdo de su consejo, dicta un decreto disolviendo la Cámara de Diputados (15 de Octubre de 1890).

El descontento renace. Sin duda no es otra cosa,—ese decreto de 15 de Octubre,—que una amenaza, un gesto para imponerse á las veleidades parlamentarias. ¿Balmaceda no se va á hacer dictador?... es imposible!... Pero—¿quién sabe?—Balmaceda ha cambiado tanto... Hay que precaverse, hay que guardar la Constitución, garantía y honor de los ciudadanos.

Mientras tanto llega el 1.º de Enero de 1891, y se ve si Balmaceda se atreve á gobernar sin que el Congreso le dé presupuestos de gastos públicos para ese año,—si es dictadura de hecho ó temeraria amenaza,—los partidos organizan la opinión en manifestaciones imponentes que le demuestran á Balmaceda cómo se ha colocado al borde de un abismo, le devuelvan su noble corazón, su grande inteligencia y lo hagan retroceder.

Resulta inútil. Balmaceda se ha creado un Ministerio de batalla cuyo jefe es don Claudio Vicuña,—hombre de orgullo por su grandísima fortuna y encumbrado origen. Hay en ese Ministerio un Valdés Carrera, heredero de una tradición de discordia y venganza; un Godoy, de la familia de don Pedro Godoy, conocida por su carácter irascible; y un Mackenna descendiente del enérgico Brigadier.

A las demostraciones del país ofendido, Balmaceda opone las ballonetas y los caballos de un ejército fiel,—esa desgraciada fidelidad pretoriana á la que se deben tantos despotismos y tragedias públicas. Se producen carcelazos, violencias, choques lamentables entre la milicia y el pueblo dirigido por la juventud; un agente del Gobierno, en el ardor de una asonada, mata al joven Isidro Ossa, representante genuino de la oposición, de la sociedad; corre la sangre de otras víctimas y de soldados fieles y obscuros; los ánimos se exaltan, las familias se dividen; se ve la posibilidad,—si Balmaceda no retrocede,—la evidencia, de una guerra civil. A fin de evitarla, los comités de los partidos inician la seducción del ejército y de la marina. Balmaceda no tiene otro sostén que las armas en su loca amenaza de romper el orden constitucional del país. Por si la amenaza se hace efectiva, hay que conseguir que las armas lo abandonen, y quedará restablecido el orden constitucional, la dignidad de la nación, sin derramamiento de sangre.

Llega el 1.º de Enero de 1891. Balmaceda no retrocede, no busca un acuerdo; anuncia, por medio de un decreto, que continúa la administración aunque no haya habido Congreso de representantes que



JUGANDO AL TROMPO

CUADRO DE A. UNDURRAGA



DANZA DE PRIMAVERA

CELEBRADO CUADRO ALEMAN

autorice el presupuesto de gastos públicos; el Gobierno se ceñirá al presupuesto del año anterior.

Es la dictadura, la burla efectiva de la Constitución jurada; los ciudadanos quedan sin garantías y sin control los caudales públicos. Ambas ramas de la representación nacional se reúnen secretamente el 1.º de Enero y subscriben el célebre documento por el cual se depone al Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, habiéndose éste colocado fuera de la ley por el hecho de continuar los gastos fiscales sin la autorización del Congreso Nacional.

El 7 de Enero de 1891 (precisamente hoy se cumplen veinte años) las tripulaciones de los buques de guerra surtos casi en su totalidad en la bahía de Valparaíso,—como se han embarcado los presidentes de ambas ramas del Congreso: el señor Silva Palma, Presidente del Senado; el señor Barros Luco, presidente de la Cámara de Diputados,—nombran jefe de campaña al capitán de navío don Jorge Montt, uno de sus más prestigiosos oficiales, y proclaman su rebeldía del Gobierno, mientras tanto el Presidente Balmaceda no se avenga á reconocer el orden constitucional del país.

La noticia llega á la Moneda y causa sorpresa: el Gobierno dictatorial no advertía que el criterio de los marinos suele ser más libre é ilustrado que el de los militares; Balmaceda creía que la escuadra, como el ejército, se prestaba á la errónea interpretación que le venía dando al conflicto. El Ministerio se reúne precipitadamente en la sala de despacho de los Presidentes de Chile. Es el momento histórico elegido para su cuadro por Pedro Subercaseaux.

En esa sala de ornamentación rica á la vez que severa,—como conviene á la dignidad del Estado,—detrás de la mesa redonda, bajo el acta de la Independencia de Chile, grabada en lámina de plata y cubierta por cortinajes que sostienen dos festones, en el mismo sitio que, desde don Manuel Montt, vienen firmando el despacho los Presidentes de Chile, en ese punto que un retórico adocenado no dejaría de llamar “la toldilla del timonel de la nave del Estado”, don José Manuel Balmaceda está de pie, con visible emoción en su hermosura y noble figura, teniendo en la mano, que parece temblar ligeramente, la hoja del telegrama que avisa la sublevación de la escuadra. Lo rodea su Ministerio en un grupo de hombres que Pedro Subercaseaux ha distribuido con esa viva y armoniosa naturalidad que es la más estimable característica de su talento de artista. Están ahí, en la luz tranquila que entra por las ventanas que dan sobre el patio del viejo palacio español, en la actitud de los hombres que la sorpresa y la ansiedad domina, pero fielmente retratados, don Claudio Vicuña, Ministro del Interior; don Domingo Godoy, Ministro de Relaciones Exteriores; y los demás miembros del Gabinete, Ismael Pérez Montt, José Miguel Valdés Carrera, General José Francisco Gana y don Guillermo Mackenna.

¿Que van á decidir en presencia del levantamiento de la marina de guerra, ante la amenaza de una guerra civil? Decidirán, sin duda, ceder á la exigencia del país ofendido, evitar la discordia sangrienta y ruinosa, buscar el arreglo que armonice y restablezca el Gobierno constitucional con el funcionamiento paralelo del Ejecutivo y del Congreso de representantes. No será tan difícil. La actitud de la escuadra tiende á eso: se ha sublevado para demostrar la resolución del país de no permitir que se atropellen sus estatutos, para ejercer presión enérgica en el sentido de un acuerdo pacífico. Bas-

tará con que se retiren Balmaceda y los miembros del Ministerio Vicuña; de la oposición se retirarán, también, los caudillos avanzados. Los diplomáticos extranjeros servirán de mediadores entre los hombres de conciliación de ambas partes. Ha llegado el momento de peligro para la nación en que los chilenos nunca dejan de sacrificar su orgullo y ambiciones personales en aras del bien público; y Balmaceda, ciudadano elegido le patria chilena, ¿cómo podrá dejar de hacerlo?

Por desgracia no fué así. La obcecación del Presidente Balmaceda continuó, y continuaría hasta que, en medio de la sangre y de la ruina, la derrota y la desgracia hicieran volver su grande alma de ese lamentable extravío en el acto de heroica redención que restableció su nombre entre los más altos de nuestra historia y su recuerdo, al lado del de Portales, como otro ejemplo terrible.

Balmaceda y el Ministerio Vicuña conceptuaron que no eran tales enojos ni exigencias del país por la clausura del Congreso, y el uso directo por el Ejecutivo de los caudales públicos, que eran sólo maquinaciones de un bando subversivo que perturbaban el orden y arrastraban al motín á una parte de la fuerza armada, incumbiéndole, en consecuencia, al Ejecutivo, representante único y supremo de la autoridad, restablecer el orden por medio de la fuerza.

El error de ese concepto fué inmenso y de tremendas consecuencias. En un Gobierno constitucional que se forma de diversos cuerpos, con atribuciones determinadas, la autoridad no reside en uno solo de esos cuerpos, reside en el conjunto, en la resultante de todos ellos que es el Gobierno. No podía el Ejecutivo atribuirse como facultad privativa la defensa del principio de autoridad. Desde que el Congreso no existía, no había Gobierno, faltándole una de sus partes constitutivas y esenciales. Por lo tanto no había autoridad que defender; solo había autoridad que restablecer, devolviéndole al Gobierno su unidad por medio del acuerdo de sus partes constitucionales.

Como se ve en el cuadro de Subercaseaux,—que ha estudiado el carácter de cada personaje, de modo que aparece resaltante la psicología de ese consejo de Ministros,—dominaron no el criterio luminoso ni el patriotismo, pero sí las ilusiones, orgullos y odiosidades de la lucha empeñada. Balmaceda está como envuelto en una aureola fatal de grandeza y sonambulismo; la actitud de don Claudio Vicuña respira todo su orgullo; Godoy avanza su fisonomía afilada y vehemente de antiguo é implacable juez del crimen, de hombre que no discute sentencias sino que las hace cumplir; Valdés Carrera, sombrío y violento,—reviviendo en él la tradición fratricida de sus antepasados,—da un puñetazo sobre la mesa; Mackenna, en el ángulo iluminado de la ventana, medita con la frente surcada por un pliegue de inquebrantable energía; el Ministro de la Guerra, General Gana, iracundo, á la sublevación de la escuadra opone la fidelidad del ejército.

Se decidió, en el Consejo de Ministros del 7 de Enero de 1891, resistir al levantamiento de la escuadra en vez de cederle. Y comenzó la guerra civil más larga, sangrienta y costosa que registra nuestra historia, llena de episodios admirables y trágicos, y cuyas consecuencias en nuestra vida política fueron grandes, pues quedaron triunfantes el principio de libertad electoral y el sistema parlamentario.



RETRATO DEL CONDE DE WARNICK

CUADRO DE VAN DYCK



Sobre la pretendida inferioridad mental de la mujer

ALGUNOS autores modernos y entre ellos Moebius, profesor de Psiquiatría en la Universidad de Leipzig, han deducido, quizás de demasiado apresuradamente, fundándose en averiguaciones antropológicas de no muy sólida consistencia, la deficiencia fisiológica mental de la mujer; y pese á las reservas que el autor hace respecto de la palabra "deficiencia", lo cierto es que, en total, coloca á la mujer, abstracción hecha de las características del sexo, entre el niño y el hombre, considerada desde el punto de vista fisiopsíquico. M. Moebius, para sus lucubraciones, tome en consideración los datos somáticos y los psicológicos, trayendo á colación entre los primeros, por ser más persuasivos é interesantes, las indagaciones del fisiólogo Rüdinger que, de la comparación de las diferentes partes del cerebro, ha llegado á la conclusión de que: "en la mujer están menos desarrolladas ciertas porciones del cerebro que son de grandísima importancia para la vida psíquica, tales como las circunvoluciones del lóbulo frontal y temporal; y que esta diferencia es congénita. Más aún, M. Rüdinger, celoso de su teoría y como para hacer alarde de sus pujos antifeministas, en su incursión á través del cerebro femenino, dice haber hallado un tipo "semejante en todo al de las bestias" (textual)!!

Lombroso y Ferrero en su discutido libro "La Femme criminelle et prostituée" (F. Alcan. 1896), abundan en razonamientos acerca de la inferioridad mental de la mujer, pronunciándose sobre esta cuestión como era una cuasi regla de costumbre en el viejo maestro de Turín, categórica y aforísticamente. E. Ferri, que en esta parte parece haber recogido el legado del maestro, admite que la inteligencia de la mujer es difusa, que no llega nunca á la síntesis, ni abarca los grandes horizontes, ni las grandes visiones de ideas. Para Ferri, las mujeres analizan, ven, pero no dan la fórmula condensada, sintética de ningún concepto grande y nuevo, lo que constituye la característica del genio. No nos merece mayor respeto esta opinión del distinguido penalista italiano, sin mayores títulos en materia antropológica, pero no deja de asombrarnos que un positivista como el profesor Ferri, que hace honor á su escuela, necesite acudir al tan manoseado recurso de la característica del genio, una tara degenerativa (y nótese bien, que quien dice degeneración dice inferioridad) para rebajar el nivel intelectual de la mujer. Por otra parte, los hombres de genio, estos "rara avis" entre el común de los mortales amorfos y misonéicos, no pueden servir de puntos de comparación, en virtud de la enorme diferencia cualitativa y cuantitativa que guardan entre sí los términos considerados.

El fisiólogo Moebius, ya citado, va más lejos; considera muchas de las características femeninas semejantes á las de la bestia, y en su concepto, coloca en primer término la carencia de opinión de la mujer; "son rígidas y conservadoras, y, como los animales, obran lo mismo desde tiempo inmemorial". Todos los progresos, son obra del hombre, según esta placentera filosofía, y la mujer que no posee el criterio moral, no tiene la facultad de distinguir por sí misma al bien y el mal, subordinando las cosas á lo consuetudinario, á las costumbres, como si por ventura no rezara todavía para el hombre, con el imperio de las verdaderas leyes, ciertos usos y costumbres groseras que hacían el papel de tales en la sociedad política primitiva!

Pasamos por alto, aquí, el estudio de las características biológicas y psicológicas de la mujer para ocuparnos exclusivamente de sus facultades intelectuales. Como lo han probado Sir John Lubbock en su hermosa obra "Les Origines de la Civilisation". C. N. Starcke en la "Famille Primitive" y por último, M. H. Summer-Maine, en su "Histoire des Institutions primitives", en la lucha brutal para la satisfacción de esos dos instintos violentos y resistibles, la conservación individual y la propagación de la especie, empeñada entre los individuos de la sociedad primitiva, el macho de robustos y sólidos músculos, venció á la mujer y se constituyó en su amo y señor, quedando ella como la esclava sumisa, pasiva y resignada... Torciéronse sus naturales inclinaciones dejándosele gobernar durante un período por cierto muy corto y doloroso, bajo el régimen del patriarcado, cuando el género humano salió de su promiscuidad originaria, ¡ay! solamente para gobernar al mundo por la soberanía de sus instintos animales! Y bien, este estado de cosas, la supremacía física del hombre primitivo, fué también favorable á su desarrollo mental, á la organización de sus conocimientos, á la conquista de su inteligencia, á su supremacía intelectual, en fin, que puso en sus manos inexpertas todavía, el cuidado de los destinos supremos, porque el hombre tan extraviado entonces como ahora, olvidó siempre que en el claustro materno se encierra la esperanza del género humano!...

Pero el vigor del organismo no es una condición esencial para el valor del hombre, observa juiciosamente M. Loubet, sino transitoria, temporaria y agena al desarrollo de la inteligencia, á pesar de las interpretaciones más ó menos silogísticas del célebre aforismo hipocrático: "mens sana in corpore sano".

Y es que éste como en otros muchos problemas transcendentales de fisiología, existe el preconcepto de la proporcionalidad de la fuerza física y del desarrollo mental, lo cual á todas luces, es inverosímil. Y si Pedro José Proudhon, el simpático socialista romántico, aunque acérrimo tradicionalista, pretendía que "la fuerza física no es menos necesaria al trabajo del pensamiento que al de los músculos" investigaciones de M. Feré (1), están lejos de justificar esta opinión.

Mas no es suficiente determinar la fatiga de la célula nerviosa, la desintegración que en ella produce la función del pensamiento, sino también como quiere M. Loubet (2), el capital que restarando rápidamente esa misma célula, le permita soportar indefinidamente, la actividad del espíritu. Pero no obstante la afirmación de Jules Soury, en su obra "Les fontions du Cerveau", de que el pensamiento tiene equivalentes mecánicos, térmicos químicos, las investigaciones de Schiff, Caton, Dubois-Reymond, Pflüger, Hermann, Byasson, Tanzi, Feré, Mosso y otros eminentes biólogos, no han aportado aún la prueba definitiva. Y el mismo Charles Richet, el gran fisiólogo de la Universidad de París, expone sus dudas en cuanto se refiere á la traducción del pensamiento y al consumo de una fuerza química. De manera, pues, que marchamos todavía en el terreno de las hipótesis, y que, en punto de la evaluación cuantitativa del trabajo cerebral—dígase pensamiento,— ésta es por ahora imposible. Nadie, por osado que fuera, podría evaluar "cuantitativamente", el trabajo mental que supone cualquier operación del entendimiento y menos aún el que corresponde á las facultades intelectuales. Tanto valdría sondear el abismo augusto de los cielos. Y si no, quién podría de entre vosotros, caros lectores, justipreciar el esfuerzo gigante de Newton al intuir la ley de la gravitación universal que sostiene á los mundos en el infinito, de Képler cuya mente los lanza magestuosos y solemnes por curvas inmensas deducidas de las secciones cónicas, de Hipócrates que inventa el método empírico y se erige en el primer clínico que vieron los tiempos, con el que ha menester un aspirante á geómetra que investiga las propiedades del triángulo aritmético, con el topógrafo que calcula con dificultad un azimut, y en fin, con cierto estudiante que fluctúa en la interpretación de tal ó cual curva térmica, etc.

Las diversas operaciones de la inteligencia, la abstracción, la generalización, la simple asociación de las ideas, exigen un mismo esfuerzo, "gastan la misma cantidad de energía química, mecánica ó térmica". Los productos de desasimilación, los sulfatos y los fosfatos precipitados en la orina como una secreción del pensamiento, son proporcionales al valor de éste—¡Misterio! El equivalente energético del pensamiento, indicará quizás cuantitativamente la desintegración, consecuencia del trabajo cerebral, pero no dará la medida de la calidad y naturaleza de estas operaciones psíquicas. Y así como en mecánica, una fuerza necesita para estar determinada de varios particulares elementos, sin los cuales no podemos conocer su acción, así para el pensamiento que es la fuerza, el rayo del cerebro, necesitamos la indicación precisa, clara, acerca de su intensidad, duración, naturaleza, etc., exponentes de su propio particular valor.

"Para transmitir un telegrama, dice Loubet (3), es necesario cierta corriente eléctrica cuya intensidad se aprecia por el trabajo químico que produce. Según este trabajo químico, se podrá quizás conocer exactamente el número de letras contenidas en el telegrama, ¿pero se sabrá por esto el contenido del despacho?" Evidentemente no, pues el orden de las letras, "su significación completamente convencional", son indiferentes al trabajo químico. El trabajo cerebral, no sería, pues, del mismo modo, absolutamente indiferente á la "calidad" de las operaciones mentales?"

Pero como los productos de desasimilación no son exclusivamente el resultado de la actividad psíquica individual; de ahí que las observaciones fisiológicas, no sean suficientemente precisas para autorizar una conclusión definitiva. Pero esto no es todo; pues no sólo ignoramos la relación entre la actividad de la célula nerviosa y la inteligencia, sino que nadie hasta hoy ha demostrado la proporcionalidad

(1) Charles Feré: "Sensation et mouvement".

(2) Jacques Loubet: "La femme devant la science contemporaine". F. Alcan. 1906.

(3) J. Loubet Loc. Cit.



LA NIÑA DEL CANTARO ROTO
CUADRO DE GREUZE

entre la energía nerviosa y la potencia muscular. Con más razón todavía, podemos concluir negativamente acerca de las relaciones entre la potencia mental y la del sistema muscular.

Si existiera correspondencia necesaria entre el vigor del cuerpo y la pujanza del pensamiento, si estos dos términos fueran correlativos, los genios inmortales que abarcaron con sus miradas la anchurosa extensión del Universo é impulsaron al mundo hacia las grandes realizaciones del progreso, hubieran debido ser como los Titanes cantados por el divino Hesiodo: Ateo ú Orión ú Orestes de esqueletos gigantescos y de carnes desjugadas y duras (3). En realidad, sucede lo contrario, y vemos que la mayor parte de los genios habidos en todos los tiempos y en todas las naciones, fueron casi siempre de físico endeble y enfermizo. (4)

(3) J. J. Virey, el insigne médico filósofo reconoce que con frecuencia nos equivocamos en los conceptos que formamos de la grandeza moral en orden á la que se concede á los héroes é ilustres guerreros. Y como los salvajes apetecen á los hombres de elevada estatura y sólida corpulencia, quizás no sería aventurado suponer que esa manera de pensar constituye un rezago atávico, en el que entre por mucho el sentimiento religioso, pues los Padres de la Iglesia, y entre ellos Lactancio, Atenágoras, Tertuliano, Clemente y Cirilo de Alejandría, San Ambrosio, Eusebio, San Crisóstomo y Orígenes, los consideraron fruto de la unión de los ángeles con los hombres.

(4) Aristóteles, Plutarco, Virgilio, Homero, Augusto, Marco Aurelio, Montaigne, Cervantes, Bacón de Verulamio, Molière, Pascal, Schiller, Manzoni y otros, fueron dispépticos; y Alejandro Magno y Cicerón en la antigüedad y Rafael de Urbino y Carlos IX de Francia, Molière, el insigne poeta, Swanmerdan, el sabio naturalista holandés; Félix Javier Bichat, el gran anatómico, el pintor Rosales, el melodioso Bellini y Juan Locke, el gran filósofo inglés, autor de la "Memoria sobre el entendimiento humano", fueron arrebatados por la tuberculosis, habiendo muchos de ellos rendido á la terrible enfermedad, el tributo de sus juveniles años. Y desmedrado fué Racinof el sublime cantor de Ifigenia y Atalia; y murieron víctimas de la neurastenia el desolado Jorge Zimmermann y Pedro Roussel, el autor

Por otra parte, la magnitud de las obras y la exigüidad de la estatura así como lo desmedrado de la organización, forman un notable contraste en muchos hombres justamente célebres por la exelcitud de su númen y la extraordinaria elevación de sus facultades mentales como Sócrates, Platón, Aristóteles, Diógenes, Crisipo, Epicuro, Alejandro el Grande, Arquímedes, Horacio, Epicteto, Narsés, Alberto el Grande, Erasmo, Montaigne, Spinoza, Lalande, Linneo, Lamarek, Voltaire, Rousseau, Napoleón, Gibbon, Pope y otros muchos,

Y por último, el genio que señala nuevos rumbos á la humanidad, el genio que es el único capaz de las vastas y fecundas generalizaciones, no es acaso una floración morbosa del gran árbol de la vida humana?

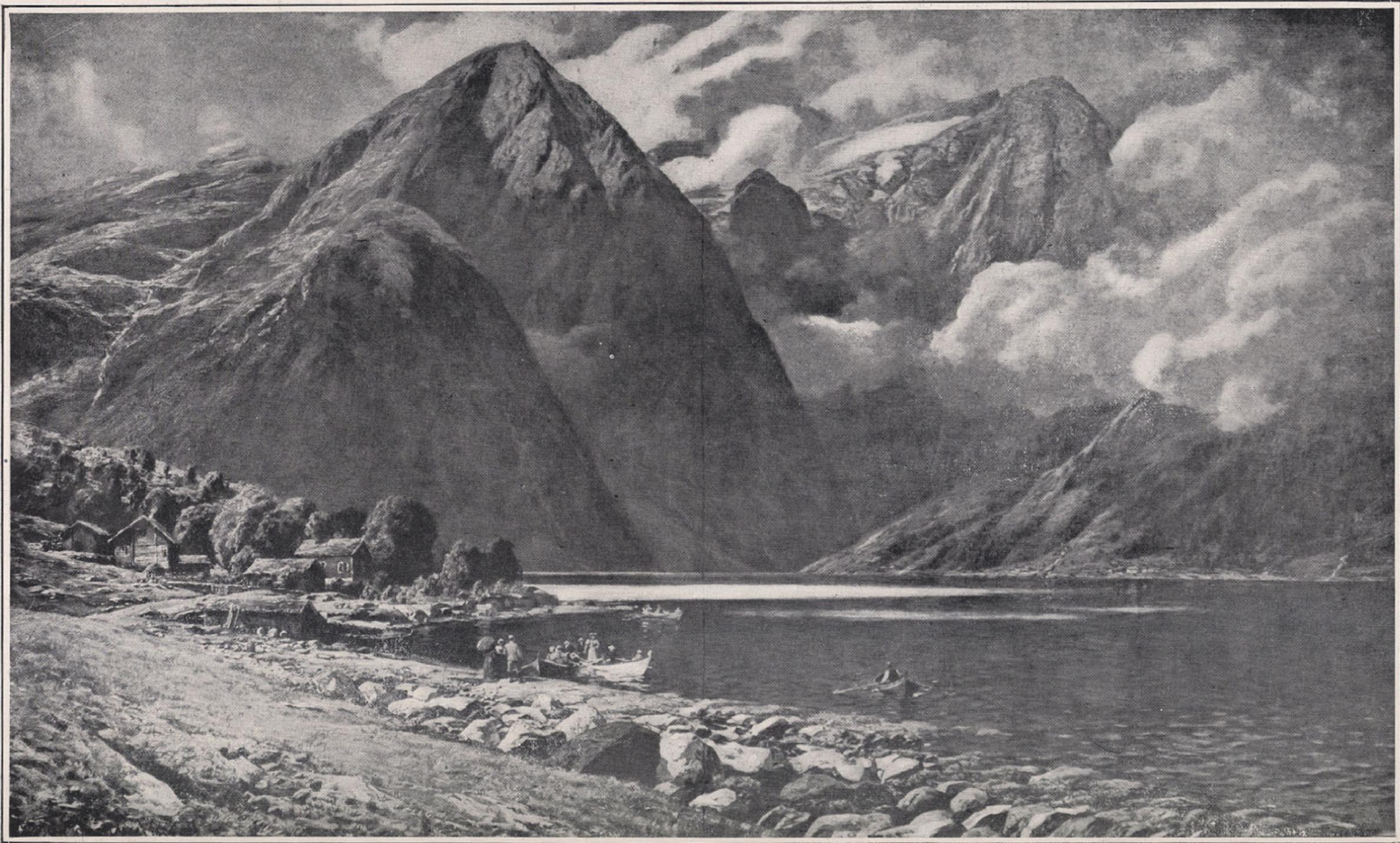
Después de esto será necesario agregar que Voltaire, del que se dijo que cuando nació estaba muerto ó poco menos, que el "etero gimiente", llegó á los ochenta y cuatro años de edad, sin que pudiera abatirlo el raquitismo; y que Pasteur, uno de los más grandes hombres de su siglo, vivió desde 1868 hasta 1905, "paralizado", sin que la hemiplejía que padecía le impidiera realizar una monumental labor, sin que la postración de su cuerpo, bastara á contener las explosiones maravillosas de su genio inventivo?

Por consiguiente, si no hay correspondencia necesaria, ni siquiera reciprocidades que puedan hacer pensar en una correlación remota, es absurdo deducir de la debilidad física de la mujer, su debilidad é inferioridad mental.

VICTOR DELFINO

del "Sistema físico y moral de la mujer", y Horacio Walpole, el epicúreo de la literatura inglesa. Fueron sordos el insigne Goya y Luciente y el sublime Beethoven; y á J. J. Rousseau que era estrecho y tábido, el inmortal cantor de la fraternidad universal, le hacía morir tedioso y desfalleciente angustiosa melancolfa...





UN FJORD EN SUECIA

CUADRO DE TEMISTOCLES ECKENBRECHER

EL DOMINIO DE LOS AIRES

EL VUELO DE CATTANEO

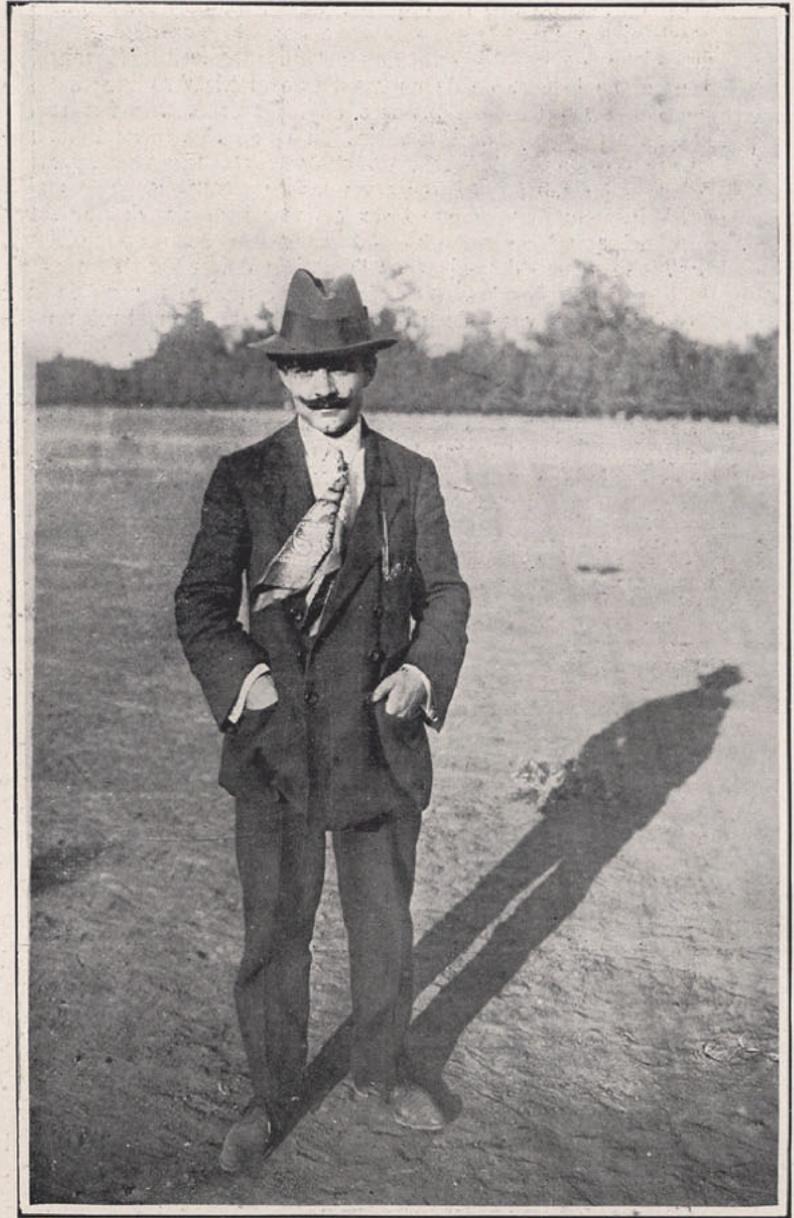
El Domingo 25 de Diciembre se verificó en Santiago un acontecimiento de importancia trascendental para nosotros: el primer vuelo ejecutado en aeroplano en la tierra de Chile. Aquello nos parecía cosa de leyenda, algo que era preciso ver para creerlo, pues no alcanzaba á satisfacer á la imaginación popular la narración de las hazañas ejecutadas por los grandes aviadores europeos. La travesía de la Mancha por Blériot nos parecía un sueño, y un cuento los vuelos ejecutados por Paulham, elevándose á vertiginosas alturas; hasta la muerte del heroico Chaves, después de cruzados los Alpes, nos semejaba una narración fantástica, producto de una imaginación desalentada y loca, pues su vuelo al través de los abismos tenía mucho de la tentativa de Icaro al pretender elevarse hasta el cielo.

El descubrimiento de Montgolfieri, el de los globos que se elevan por ser más ligeros que el aire, es una de las más geniales ideas concebidas por la mente de los hombres. ¡Cómo debió cantar el alma de Pilatre des Roziers y la del Marqués de Arlandes el día inolvidable en que ambos se elevaron por los aires en globo, en Septiembre de 1783! El Rey Luis XVI que no confiaba mucho en el éxito del experimento, y quiso que los primeros aeronautas fuesen algunos condenados á muerte, de los que hiciesen la travesía por vía de ensayo. Más, el generoso Pilastre se indignó de que se concediera la gloria de la primera ascensión en globo á viles criminales. Lloró, suplica al Rey, y, por último, consigue se le permita elevarse por los aires. Antes de la revolución francesa no existía siquiera la libertad de los experimentos científicos. El público francés esperaba entusiasmado, casi frenético, el resultado de la primera ascensión aérea. Refiérese que al elevarse por los aires el primer globo, el 1.º de Diciembre de 1783, la marquesa de Villeroy, octogenaria y enferma, se hizo transportar en su sillón de brazos hasta la ventana, desde la cual pudo contemplar esa ascensión que le parecía de todo punto imposible. Y al ver que el aeronauta se lanzaba por los aires con la más entera felicidad, exclamó:

“¡Oh, qué hombres! encontrarán pronto la manera de no morir más... y lo peor es que harán el descubrimiento después que yo me haya muerto!”

Hace ya mucho que se ha ensayado la dirección de los globos, aún cuando durante los primeros tiempos pareciera un problema de solución imposible. Era que los motores resultaban excesivamente pesados para la carga que debían levantar: tal fué la causa del fracaso de Pedro Giffard y de Dupuis de Lôme, los primeros que ensayaron la dirección de los globos. Hubo una persona, el conde Zeppelin, que gastó su fortuna entera en tratar de resolver el problema, por medio de múltiples tentativas en el lago de Constanza. Se arruinó, más un buen día el problema quedó resuelto de la manera más favorable, mediante la aplicación de los motores de automóviles á los globos. Los trabajos en una de las ramas de la industria humana trajeron como resultado el adelanto en otras y la solución de problemas en los cuales no se había pensado en un principio.

La historia de la navegación aérea cuenta con innumerables mártires, como el pobre Severo que pereció en una de las avenidas de París junto con su globo “Pax”. A despecho de los mayores contratiempos, el problema de la navegación aérea parece ya enteramente resuelto y de manera definitiva. Con todo, existen circunstancias en



Cattaneo en el Parque Cousiño

las cuales la navegación aérea se encuentra enteramente contrarrestada por la fuerza de las corrientes de los vientos reinantes; se necesita, entonces una fuerza superior á la que pueden desarrollar los dirigibles. Para esos casos servía el instrumento más pesado que el aire que se llamó después el aeroplano. Su primer inventor fué un genio que era al mismo tiempo un grande artista y un gran sabio, el célebre Leonardo de Vinci, el autor de la “Gioconda”. En el Museo de Turín existen todavía los planos del artista italiano. Según él, se decía con muchísima razón, si las aves que son más pesadas que el aire, pueden cernirse á las mayores alturas ¿por qué no habrían de poder hacer los hombres igual cosa? Es verdad que algunos pájaros pueden desarrollar una fuerza muscular prodigiosa, como el gorrión y el jilguero, pero en cambio hay otros, como las águilas, que apenas si se mueven, cerniéndose por los aires sin hacer el más mínimo movimiento. Luego un mayor conocimiento de la atmósfera vino á enseñarnos que existían corrientes numerosísimas y variadas, hábilmente utilizadas por las aves en su vuelo. La inmovilidad de las alas que se observa en las grandes aves, es un hecho efectivo y comprobado, debido á que los vientos no solamente componen una corriente horizontal, sino también una infinidad de corrientes que forman una variadísimo remolino. Las aves aprovechan esas diversas corrientes, con habilidad pasmosa, con la habilidad instintiva de los grandes marinos.

Experimentadores audaces se dijeron: Si para elevarse por el espacio las aves más pesadas que el aire pueden hacerlo utilizando más su destreza que su fuerza ¿por qué los hombres no habrían de poder hacer lo mismo? Un ingeniero alemán, Otto Lillenthal, de Berlín, se propuso resolver el problema del vuelo artificial imitando el vuelo de las aves llamadas veleras por medio de alas artificiales. Efectivamente, después de tentativas numerosas,



Últimos preparativos de Cattaneo

vió sus esfuerzos coronados por el éxito y pudo recorrer hasta cerca de cuatrocientos metros, dejándose caer desde una altura. Los diversos movimientos se verificaban mediante sencillas alteraciones del centro de gravedad. No contento con esto, Lilienthal ensayó, el primero, la aplicación del motor á su nuevo aparato para poder dar aletadas de igual manera que los pájaros. Usaba un pequeño motor de ácido carbónico y movía un aparato de peso de tres quintales. En los alrededores de Berlín, á la hora del anochecer, iniciaba sus experimentos desde la cúspide de un montículo artificial. Lilienthal tuvo un fin lamentable; fué el primero de los aviadores que selló con su sangre los progresos de la ciencia. El 13 de Agosto de 1896, después de recorrer una distancia de cuatrocientos metros, cayó víctima de su audacia, precipitándose verticalmente contra el suelo en tan deplorables condiciones que falleció pocos instantes después.

La muerte del aviador alemán vino á solucionar definitivamente el problema. Ese mismo día, al saber la noticia del trágico suceso, iniciaban sus experimentos los hermanos Wright que debían ser los primeros en dominar el vuelo de los espacios aéreos. Casi al mismo tiempo, Archedeacon y Voysin ensayaban diversos aparatos destinados á dominar el aire. Por fin, el 17 de Noviembre de 1905, los hermanos Wright escribían la siguiente comunicación á Francia: "El 6 de Septiembre hemos sobrepasado nuestro record del año último que era de 4,500 metros. El estado de liquefacción del suelo á causa de las lluvias frecuentes ha contrariado grandemente nuestros experimentos. Sus progresos han sido, sin embargo, rápidos y el 26 de Septiembre pasamos por primera vez las diez millas, haciendo 17,967 m. en 18 minutos 9 segundos".

Wright en esa misma comunicación, refiere los detalles de una



Cattaneo pronto á volar

cuando se hacía jugar la hélice, y luego al ponerse el aviador su casco, la emoción del público era intensa. Los corazones palpitaban, algunas damas palidecían. Sintióse de pronto el resoplido feroz del motor que zumbaba como un insecto gigantesco, á manera de coleóptero sacado de algún cuento fantástico de Hoffman. La hélice, lenta en un principio, giró con rapidez vertiginosa, y el aparato se lanzó rápidamente por los aires hendiéndolos por primera vez en Chile. Cattaneo se elevaba á cosa de cien metros más ó menos, y luego daba un vuelo circular por la elipse y se perdía en el espacio. Mientras tanto el motor funcionaba con tal estrépito que se podía esnechar sus palpitaciones á enorme altura. Y, sin embargo, solo parecía como un punto fugitivo y lejano, perdido en alturas vertiginosas, como un cóndor nuevo que zureara nuestro cielo y dominara por primera vez las cordilleras de la vieja tierra de Arauco. De repente el punto perdido en los espacios fué precisándose y acercándose, hasta presentarse á nuestra vista maravillada el ave gigantesca que aterraba con la suavidad más grande que fuera posible concebir. El público no se dió cuenta del inmenso peligro que acababa de correr el aviador, pues la cola del aparato había estado á punto de chocar con la copa de un árbol, lo que hubiera acarreado su muerte inevitablemente.

La muchedumbre rompía frenéticamente en aplausos después de la hazaña prodigiosa, de la maravilla de la ciencia que acabábamos de presenciar con nuestro propios ojos. Lo que hoy día nos parece prodigioso, mañana será de tal manera ordinario que todos lo mirarán como cosa corriente, de tal manera avanza el mundo en el camino del progreso humano, que poco á poco viene acercándonos al cielo después de habernos provisto de las alas de Icaro.

FERNAN RUIZ

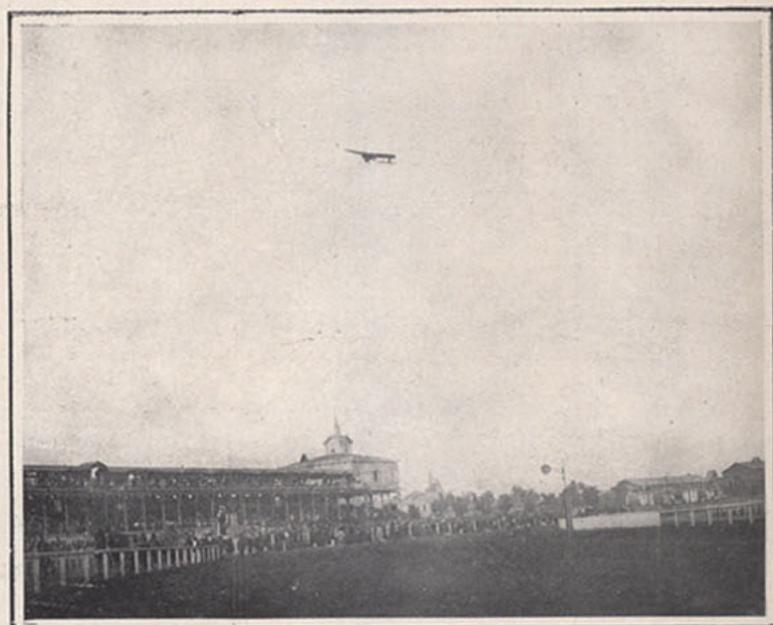


El monoplano en el Club Hípico

serie de experimentos verificados con el mayor éxito en diversas ocasiones. Esta comunicación fué recibida con el mayor excepticismo en el mundo científico y en el sport francés, hasta el punto de que el famoso club del Auto enviara un repórter especial á Dayton á verificar si efectivamente existía el aparato ó si era sencillamente un bluff americano. Los hermanos Wright permanecieron mudos y su aparato invisible. Por último, se supo que los americanos habían celebrado un contrato para ejecutar sus experimentos en Francia, á razón de cincuenta kilómetros en una hora. La celebridad mundial del aeroplano sólo comenzó el día en que se hicieron los primeros ensayos de aviación en Francia.

¿Para qué referir lo que todos conocen hoy en día? La travesía del Canal de la Mancha por Blériot y el paso de los Alpes por Chávez son acontecimientos mundiales que nadie ignora, de igual manera que los vuelos á inmensas alturas de Paulham, sobrepasados por los norteamericanos, que siempre quieren ser en todo los primeros, hasta batir el récord de la altura con los tres mil novecientos metros primero y luego con los cuatro mil trececientos del último vuelo de los Angeles.

En Santiago de Chile hemos tenido igualmente sesiones memorables de aviación con los vuelos del aviador Cattaneo. Era la primera que nuestras multitudes presenciaban esas portentosas pruebas que parecen obra de magia y que sobrepasan cuanto de más loco hubiera podido concebir la fantasía. En la elipse del Parque primero, y en el Club Hípico en seguida, se realizaron esos primeros vuelos en medio de una inmensa multitud que presenciaba entusiasmada el espectáculo grandioso. En el instante en que se revisaba el aparato, cuando los mecánicos hacían jugar todos los resortes, sintiéndose que la vida de un hombre pendía exclusivamente de la resistencia de un débil alambre ó de una tuerca punto menos que invisible,



Cattaneo pasa por encima de las tribunas del Club Hípico



CRÓNICA DEL SIGLO XII

(Arreglado especialmente para "Selecta", por A. Bradomín)

Se celebraba la noche de Navidad de uno de los primeros años del siglo XII en la capilla del castillo de Saint-Omer (1).

De las grandes antorchas salía un resplandor rojo entre el humo resinoso que formaba nubes bajo las bóvedas. En el altar temblaban las llamas de los cirios de cera fina que se reflejaban en los candeleros dorados y en la paloma plateada suspendida en el aire por una cadenita que se perdía en la sombra. Entre las gruesas pilastras de capiteles bárbaros, se movía una multitud cuchicheando; palabras dichas al oído, frú-frú de sedas, ruido de brazaletes, hojas de acero, pendientes y dijes que chocaban unos con otros, pues que el gran escándalo de esa época era un lujo desmedido que no habrán podido moderar las leyes de los reyes, ni los anatemas de los pontífices y después de la corte de los duques normandos, ninguna más suntuosa que la de Roberto, conde de Flandes, reunida en esa noche de Navidad en la capilla señorial de Saint-Omer.

Puestos sobre el pecho, drapados en las espaldas ó recogidos en el cuello se veían las rarísimas y ricas telas, sedas brocadas de Palermo, telas de Alejandría, brocados de las Créclades, pieles de Armenia que conservaban entre sus pliegues los polvos perfumados de Oriente y hacían evocar por sus tonalidades claras, sus listas, y bordados árabes como un miraje de los países del sol, de la tierra de las palmeras, de esos mares azules en donde navos que salían del mar de la Mancha doblaban hacia las escalas de Levante y las tiendas berberiscas.

Así hombres y mujeres se entregaban á la coquetería aún en el mismo santuario. Pero el triunfo del demonio estaba sobre todo en las cabelleras; de la frente de las mujeres, adornada de diademas, rizos y afileres de ricas piedras, caían formando grandes crespos entrelazados de cintas sobre el pecho y la espalda llegando hasta las rodillas. Cortos por delante y largos en la espalda, flotaban rizados, perfumados en el cuello de los hombres jóvenes que tenían no menos cuidada la barba partida en una cantidad de crespos enredados con hilo de oro.

El murmullo cesó cuando se presentó el conde Roberto, á quien llamaban también conde de Jerusalén. No tenía derecho á ese título; pero cómo olvidar, al ver su cara tostada por el sol de Arabia, esa famosa cruzada, la primera, y tantas expediciones lejanas y aventuras maravillosas en el país de los sultanes, de los emires y de los magos; el Adriático; Grecia, Nicea, Siria, Tarso, Antioquía, el Líbano, Jerusalén! El ruido claro producido en el mosaico por sus espuelas de Damasco, los reflejos de sus arreos sarracenos despertaban á su vista visiones de misterio y de encantamiento. Sus compañeros de viaje que se quedaron allá con los paganos y que, como él, nacieron en tierra flamenca, se titulaban hoy marqués de Tyro, señores de Yaffa, de Tiberiades; pero él había preferido volver á la región de las brumas, parecía, sin embargo, haberse traído con él el brillo de los mediodías orientales y algo del sol del desierto.

Para celebrar en el altar el misterio de esa gran noche había invitado á un prelado que era tenido por santo en todo Francia y aún en Roma: Geoffroy, obispo de Amiens. A no dudarlo, la mano de Dios estaba sobre ese hombre; había tenido por padrino al mismo tío del conde Roberto, el muy piadoso y venerable abate del Mont-Saint-Quentin, cerca de Peronne, quien, divinamente inspirado predijo su nacimiento antes que su madre lo hubiese concebido. Desde la edad de cinco años fué consagrado al altar; creció lejos del mundo en el monasterio de su padrino, como Samuel cerca de Helí; y en esa soledad rodeada de huertos sin fin, en ese silencio sólo interrumpido por el canto de las antifonas, ningún soplo mundano había turbado su recogimiento hasta el día de su ordenación. Hecho abate y puesto á la cabeza del monasterio de Nogent, cerca de Concy había continuado esa vida de inocencia y de pureza que se proponía guardar hasta su muerte. Pero la voluntad de Dios se le manifestó por un sueño en el que San Fermín, primer apóstol de Amiens, le había revelado que era el llamado á gobernar esa diócesis y con lágrimas y un profundo pesar se sometió.

Entonces empezó para él una vida amarga, en ese siglo corrompido; luchó enérgicamente contra la simonía y el libertinaje; sobre él se acumularon grandes odios y sólo por milagro se libró del envenenamiento. Se consolaba con el ayuno, con las noches pasadas en oración en la cripta de San Fermín, en los cuidados de los leprosos á quienes besaba las llagas; era austero

y dulce, inflexible y misericordioso; su rostro era blanco y demarcado como el de los ascetas, se veían las huellas de sus lágrimas, al mismo tiempo que brillaba la claridad y el resplandor de la inocencia lo ceñía como una aureola.

A una señal dada por el conde, un coro de voces infantiles dejó oír el Introito: **Dominus dixit ad me**, y el obispo se adelantó hacia el altar; llevaba una mitra formada de un casco de cuero, su casulla tejida de hilos de oro muy suelta, se levantaba debajo de los brazos formando pliegues, su pálida cabeza se inclinaba hacia sus manos cruzadas sobre su pecho y sus ojos parecían completamente cerrados; caminaba lentamente, insensible á todas las cosas de este mundo material y continuaba con el invisible ese diálogo interior que no interrumpía jamás por decirlo así. Con ese mismo recogimiento cumplió todos los ritos hasta el Ofertorio. Después, según la costumbre, tomó del altar la pátina de oro y bajó una grada á fin de presentarla á los fieles y recibir sus ofrendas. Sólo entonces dirigió sus miradas sobre la multitud que en larga fila se dirigía hacia él. Lo primero que vió fueron las cabelleras rizadas, onduladas, brillantes de aceites y perfumes, adornadas de joyas y pedrerías de modo que no se distinguían las de los hombres y de las mujeres. ¡Seducciones del demonio y del infierno! Refinamientos de la coquetería y del lujo! y qué! ¡Esos afeminados, esos voluptuosos se atrevían á presentarse con esos condenables peinados al altar de un Dios envuelto en pañales? Geoffroy no lo permitiría: hizo entonces uso de la palabra con un tono grave y contenido: hizo notar á la asamblea la inconveniencia de ese lujo y previno que no admitiría la ofrenda de los hombres que llevasen cabellos largos. A las primeras palabras, todos se sorprendieron de oírlo, pues no era el momento de hablar; después se indignaron. Sin embargo esos hombres ligeros y frívolos no eran malos: amaban á Dios y le temían; pero oían muy rara vez su voz, no la reconocían cuando oían hablar á prelados y sacerdotes tan mundanos como ellos. Pero éste era un profeta en Israel, era un santo! Su palabra era la palabra misma del Señor. Poco á poco, todo el mundo se detuvo, calló. Cada cual reflexionó, entró en sí mismo, preguntándose lo que era necesario hacer para mostrar su arrepentimiento y reconciliarse. Varios lo encontraron al mismo tiempo y como movidos por una misma inspiración llevaron sus manos hacia las dagas y espadas suspendidas en las cinturas y se vieron relucir las hojas de acero á la luz de las antorchas y se oyeron como ruidos de cuerdas é hilos que se rompen, telas que se rasgan y entonces, cortadas, aserradas y arrancadas á prisa y como con fiebre, las dulces cabelleras cayeron por el suelo. Cumplido el duro sacrificio, el vencido, el demonio, todos esos hombres jóvenes con la cabeza desnuda y revuelta por algunos rizos que habían escapado á esa tela; pero lleno el corazón á la vez de arrepentimiento y alegría, se presentaron al altar y fueron admitidos á tocar con sus labios la imagen del Salvador. Algunos dirigían todavía á Geoffroy algunas miradas tímidas, aunque triunfantes: el santo, para disimular su emoción había bajado de nuevo sus ojos, pero las lágrimas descendían lentamente siguiendo los surcos que el ayuno había dejado en sus mejillas. El oficio se terminó en medio de la alegría de las grandes y bellas aspiraciones y cuando toda la concurrencia salió de la capilla, el sacristán que quedó para apagar las luces pudo contemplar sobre las gradas los despojos ofrecidos al Niño del pesebre: era eso como restos de espigas maduras, como llamas agitadas por el viento, como regueros de hojas amarillas por el otoño, como montones de plumas de cuervo después de una cacería en los bosques.

Terminadas las fiestas de Navidad, Roberto regresó á su ciudad de Gand y cada uno de sus invitados tomó el camino de su país. Geoffroy tenía la costumbre de viajar solo; enviaba adelante ó dejaba tras él á sus familias á fin de evitar las conversaciones inútiles y así ocupado en la recitación de los salmos ó en alguna grave meditación se entretenía sólo con Dios y las cosas eternas. Pero ese día tuvo que aceptar compañía, pues Roberto había invitado también á Adán, el capellán de Amiens, de modo que éste se resignó á ir acompañado todo el camino. Adán era gobernador de un castillo cuyos lindes llegaban á la ciudad y aunque sólo fuese el representante de Enguerrand, sire de Concy y de Boves se había independizado lo suficiente para ser considerado como un verdadero señor feudal. El obispo y el gobernador atravesaban la larga llanura montañosa que se extiende desde Saint-Omer hasta la laguna de Amiens; ambos llevaban al mismo paso sus caballos que avanzaban por los ca-

(1) Todos los sucesos aquí referidos, son históricos. Han sido sacados de la "Vita Beati Gandefridi", escrita por Nicolás de Soissons.

minos cubiertos de nieve. Adán llevaba el yelmo de pico en que el nasal bajaba entre los ojos hasta el bigote y su coraza, parecido á una malla de acero, esta recubierto por una larga túnica que se desplegaba á derecha é izquierda, y mezclaba sus largos pliegues á los pliegues flotantes de la gualdrapa que levantaba cadenciosamente las piernas del caballo. En el humilde y austero Geoffroy nada denunciaba al obispo: rapada y desnuda la cabeza no era bajo su capucha y escapulario negro, más que un pobre benedictino.

Tras de ellos y á alguna distancia iban en familia y varios hombres armados, custodiando una mula que llevaba el equipaje.

Todo ese país que tenían que atravesar era casi una gran selva: ninguna ciudad se encontraba en el camino, á veces se veían la lumbre de alguna aldea que se agazapaba bajo la nieve al pie de una colina; en una curva del camino, una choza de paredes grises, techada de blancos rastrojos dejaba escapar por la abertura de su techo un humito que subía entre las ramas y se mezclaba con la neblina; el tiempo estaba sombrío y el aire tranquilo. En la fría estación en que descansa la tierra, siervos, y malvados se quedaban encerrados en sus habitaciones, con el picaporte bien firme por temor al cierzo y no había nadie en ese campo donde todo parecía muerto. Sólo, un cazador de alondras, inclinado sobre sus trampas, levantó la cabeza para ver pasar la escolta y un merodeador que atisbaba una liebre inquieto con el ruido de los caballos se escapó furtivamente. Por intervalos, se oía la voz clara de un gallo de algún corral lejano; una bandada de perdices pasó como un vuelo de flechas sobre el campo; un lobo rechazado del bosque por el hambre rondaba al rededor de un gallinero donde se apelotonaban las gallinas en sus estacas.

Lo que parecía más de temer al acercarse la noche, eran los salteadores, pues eran numerosos y bien organizados, teniendo á su servicio hombres que permanecían agazapados en los recodos del camino, detrás de alguna roca ó entre los matorrales. Sin embargo no era esto lo que más temía Adán. Después de un viaje de tres días y dos noches en las que se hospedaron en monasterios, llegaron al fin al río de la Somme y penetraron en la tarde en las tierras del obispo: aún no se divisaba á Amiens; pero una colina rocallosa y abrupta se levantaba á la derecha de los viajeros sirviendo como un pedestal á un castillo inmenso: el torreón lleno de ventanillas que apenas se veían, parecía ser la guarida de bandidos emboscados tras de esas espesas murallas. Ningún rumor se oía. Era Picquigny el castillo del vidamo Guermund.

¿Qué había entre Guermund y Adán? No se sabe, sin duda, alguna rivalidad de ambición, de dinero, de amor propio, lo cierto es que Adán al divisar ese odioso torreón fué presa de angustia mortal y dirigiéndose á Geoffroy le dijo:

Usted no ignora, venerable Padre, las emboscadas que me prepara Guermund. Desde hace algunos años que nos atacamos y la querrela no acabará sino con la muerte de uno de los dos. Si lograrse prenderme en este momento estoy seguro que me inflingiría castigos inauditos; mejor sería que me matara en el campo. Por eso, si gusta, yo tomaré otro camino, ¿pues qué podrían hacer los pocos hombres que me siguen contra sus arqueros y su caballería?

Geoffroy estaba sorprendido no porque ignorase la rivalidad del vidamo y del castellano, sino porque Guermund era su vasallo como Adán lo era del Sir de Concy y se sublevaba ante la idea que su vasallo se atreviese, estando él presente á poner la mano sobre su compañero de viaje y por esto le contestó con vivacidad.

No sabe usted que él me debe obediencia. No hace mucho tiempo me ha jurado, como á su legítimo Señor, que guardaría la paz. Creo pues, que aún cuando viniese con una tropa de mil soldados no se atrevería á hablarlos brutalmente.

Apenas había acabado de hablar cuando Adán y él se vieron rodeados de gente de á caballo, que había salido no sabían de dónde. Al frente estaba Guermund, con la espada en mano, dominando con la izquierda su espléndido caballo que sacudía el freno y pateaba con impaciencia. Apenas se veía el rostro del agresor oculto en el yelmo por el nasal y el capuchón de mallas. Primero se inclinó silenciosa y profundamente ante el obispo, después dirigiéndose á Adán:

—¿Y es usted Adán quien ha sido mi encarnizado enemigo? Más le hubiese valido llevar una vida privada que caer en estas manos.

—¿Qué furias se han apoderado de vos, Guermund, para que delante de mí, que soy vuestro señor, os atreváis á hablar así? Aquí tenéis mi garganta, golpead, la ofrezco de corazón á vuestro golpes, sólo os pido que no hagáis nada á Adán!

Pero fueron inútiles sus palabras; se le separó con gran respeto. Adán fué puesto en un caballo, la tropa rodeó al prisionero y precedida de Guermund se puso en marcha á paso ligero, dirigiéndose al castillo. Los hombres de Adán se habían dispersado y Geoffroy quedó solo en el campo.

Se acordó entonces del juramento y acelerando el paso de su

caballo se precipitó tras de los asaltantes. Era demasiado tarde: cuando llegó delante de la puerta, los últimos hombres desaparecían bajo la bóveda, el puente levadizo se enderezaba lentamente haciendo rechinar las cadenas y el impenetrable castillo quedaba sumido en el silencio.

A la mañana siguiente, Geoffroy, al són de campanas convocaba á todo el clero y el pueblo en la gran nave romana de la Iglesia San Fermín, Catedral hasta entonces bárbara que debía ser destruída poco después. Les descubrió lo que acababa de suceder: su regreso con Adán, su viaje tranquilo, después la agresión repentina y salvaje, su intercesión, sus oraciones y, en fin, la desaparición de su amigo que quizá no volvería á ver jamás. Geoffroy era orador famoso; pero ese día ¿cómo olvidó las reglas del buen lenguaje! Todos los incidentes que recordaba, creía verlos aún; lloraba y se indignaba, su gesto y su voz eran ya amenazadores, ya suplicantes, en seguida dejaba caer sus brazos é inclinaba la cabeza, agobiado de desaliento y desesperación.

El vidamo era odiado de todos y el castellano muy querido, pues era pacífico é indulgente, después se irritaban por el insulto hecho á este obispo tan bueno, tan abnegado y tan emocionado aún por las desgracias de Adán que había expuesto tan generosamente su vida. Toda la concurrencia conmovida pedía venganza. Entonces, Geoffroy, seguro de estar acorde con su pueblo se decidió á ejercer los castigos solemnes que la misma iglesia compara el rayo cuando el cielo irritado lo hace caer sobre los impíos. Hizo bajar la urna de San Fermín, primer apóstol de la ciudad y ordenó ponerla en tierra delante del altar, como en los días de grandes calamidades á fin de que pudiesen implorarla más de cerca. El altar fué despojado de sus vestiduras y Dios mismo pareció retirarse. En ese momento, de pie sobre la última grada del santuario, extendiendo el brazo derecho y teniendo en el izquierdo una antorcha vuelta hacia abajo, fulminó en anatema. Terminadas las últimas palabras arrojó la antorcha al suelo y la pisó para apagarla, símbolo de la muerte espiritual que hería al condenado. Alineados al rededor de él los sacerdotes dejaron oír á una voz el grito terrible de: "¡Anatema!" y el pueblo lo repitió en seguida; bajo las bóvedas resonaron esos gritos como ruidos prolongados de truenos. Después el pueblo se repartió en la ciudad, el obispo y su cortejo abandonaron la iglesia, no quedando más que la antorcha arrojada al suelo de donde subía el humo como débil y flexible espiral hacia las alturas solitarias del santuario.

Al saber esto, Guermund llamó á todos sus soldados y les dijo:

Montad en vuestros caballos, corred, asaltad, devastad, quemad, entrad á sangre y fuego en todas las campiñas, aldeas y campos pertenecientes á ese maldito obispo, que ni un sólo hombre, ni una cabeza de ganado, ni una sola casucha se os escape, dejad por todas partes la desolación. Todo lo que le toca de cerca ó de lejos pagará por él.

Alegres con esta orden, se precipitaron sobre el campo, y todo fué obra de un día: la primera tierra saqueada fué la de Mesge, después Ailly, Longpié, Argoeuves: las riberas derecha é izquierda del Somme estaban llenas de rebaños enloquecidos que hufan ante la gente de á caballo y armada de lanzas, de los aldeanos amarrados á los árboles mientras el fuego devoraba sus casas, la corriente arrastraba cadáveres de bueyes y corderos y el humo que se elevaba de los lugares incendiados se acumulaba en gruesas nubes en el cielo bajo del último día de diciembre.

Los comisionados se sucedían llevándole noticias á Geoffroy, cada una le daba á conocer un nuevo desastre y uno á uno, todos esos golpes destrozaban su corazón paternal. No pudiendo más de desesperación, se refugió en un cuarto interior y retirado para no oír, ni ver, ni hablar más. Y los remordimientos empezaban á nacer en esa alma pura, invadiéndola como las nubes de humo que subía á lo lejos, de las aldeas incendiadas.

La casa de Geoffroy, recostada á la catedral, estaba cerrada por el otro costado por un muro fortificado que rodeaba la ciudad y bajaba el declive recto hasta el Somme. En ese gran terreno había un jardín del obispo, una granja y un corral de aves. De la granja estaba encargado un colono llamado Caufrid y del corral otro llamado Otbert. Gaufrid pasaba los días de la bella estación, conduciendo á donde había pasto á los corderos y algunos bueyes del obispado, en el invierno se ocupaba de la litera y del forraje: á menudo se le veía manejando el rastrillo para sacudir la paja. Las personas de la casa no le hablaban y así parecía no tener más amigos que esos animales. Otbert tenía por amigos las gallinas, los gansos, conejos y dos ó tres pavos reales que vagaban en el parque. Su ocupación era barrer el suelo, preparar la comida de salvado y llevar en su delantal de género azul los granos, que se salían por los huecos mal zurcidos: entonces todo ese pueblo graznador, cacareador le hacía cortejo, y se agrupaba á su alrededor, fijas las miradas en la mano callosa de la cual esperaban su alimento: los pichones batían las alas saliendo del palomar, para pararse en sus espaldas ¿quién había hablado á Otbert? Sólo era bueno para hablar con sus pavos reales.

Sin embargo, Gaufrid y Otbert tenían un amigo que venía á menudo á conversar con ellos y á sentarse á su mesa á la hora de las comidas quedándose largo rato en su compañía y dejándolos con pesar. Este amigo era el obispo Geoffroy.

En efecto, Gaufrid y Otbert aunque no sabían ni leer, explicaban mejor que los más doctos la palabra y voluntad de Dios, y por eso este hombre santo y sabio iba casi diariamente á instruirse y edificarse cerca de sus dos empleados. El día del masacre, Gaufrid no viendo al obispo se inquietó y se puso á buscarlo. Al fin lo encontró en un cuarto retirado. Geoffroy sentado cerca de la mesa donde apoyaba sus codos, tenía la cabeza entre las manos como si meditara ó llorara. El buen servidor comprendió que el obispo, dominado por el pesar no notaría su presencia si no le dirigía él la palabra. Resolviéndose á quebrantar los usos, se acercó despacio y le habló dulcemente así:

—¿Por qué, venerable prelado, parece usted tan abatido y apenado? Ciertamente que no creo que sea sin una causa grave y no ha de ser seguramente la pérdida de algún bien temporal lo que lo atormenta.

El hombre de Dios levantó la cabeza dulcemente, sus ojos estaban rojos y bañados de lágrimas, todo su rostro desencajado tenía las señales de un dolor extremo.

—Y le pregunto, dijo, dejando caer sus brazos, ¿qué alegría puede quedarme? Veo las iglesias quemadas, perseguido el rebaño que me ha sido confiado y por todas partes el hambre, la muerte y las llamas que devastan mi diócesis!

Mientras que el pobre obispo daba así salida á la desolación de su corazón, Gaufrid, permanecía de pie con una mirada llena de amor y de piedad. Antes de contestar se recogió un poco, después levantando al cielo sus ojos profundamente oscuros de los que salían una luz profética, y le dijo humildemente:

Mi buen señor, usted tan lleno de sabiduría humana y divina no tiene ninguna necesidad del consejo de un hombre tan miserable como yo. Sin embargo, puesto que no puede obtener del *vidamo* que ponga á Adán en libertad, imítad el ejemplo de Cristo y tratad de apaciguarlo con la humildad.

Tal fué el consejo que dió Gaufrid á Geoffroy por inspiración divina. Habiendo terminado se alejó sin ruido.

Persuadido Geoffroy que un hombre de un espíritu tan puro no podía dar ese consejo que por inspiración divina, se resolvió á obrar según lo aconsejado. Llamando á Gaufrid y Otbert les ordenó seguirlo cubierto con un cilicio, quiso hacer el camino con la cabeza y pies desnudos. Dió su calzado á Otbert y su capa á Gaufrid y antes que sus otros servidores hubiesen despertado, se puso en camino.

Al pie de la fortaleza de Piequigny se encontró un pueblecito; casuchas vacilantes cuyas agrietadas fachadas parecen caras haciendo muecas; carpas jorobadas adornadas de insignias de fierro mohoso, tabernas de miseria donde el agua demasiado clara y la cerveza muy pálida se servían en tazas de barro cocido; todo eso alineado como en círculo al rededor de una plaza vacía donde desembocaba el camino largo y escarpado que conducía al castillo. Al fondo las bases gigantescas de las torres que parecían aplastar las cuevas de esos aldeanos y es necesario levantar la cabeza para ver muy cerca de las nubes los pimenteros rodeados siempre de una corona de cuervos.

Cuando llegó á esa plaza, Geoffroy se caló el capuchón negro, pareciendo así un simple monje limosnero acompañado de dos hambreados, encuentro frecuente que no sorprendía ya.

Iba ya á subir al castillo cuando vió venir á cuatro arqueros de dos en dos, con el arco en la espalda; instantes después un grupo de hombres llevando estacas puntiagudas y cuerdas para la caza; otros tocaban un aire de caza en cornetas, en seguida apareció vestido de seda y con su casco, Guermund. Montaba un fino caballo español y conversaba indiferente con otro de á caballo. Detrás una pequeña tropa de cazadores, después una turba de perros aullando. Todo el cortejo se dirigía hacia el centro de la plaza. Los aldeanos salían de sus casuchas para ver pasar la caballería; los mendigos abandonaban la puerta de la iglesia y dejaban libre el camino y se vió también salir del bosque á aquellos á quienes el pillaje y el incendio había arrojado de sus casas; tenía lívida la cara, los girones de sus ropas cayendo de sus espaldas ó amarradas á la cintura, estaban llenos de tierra y en sus cabellos se mezclaban los palitos y hojas secas, pues dormían sobre la hojarasca ó en cuevas.

Los arqueros hicieron separar en dos bandos la multitud tímida y Guermund iba pasando sin dirigirles siquiera una mirada. El frío enrojecía su rostro y el placer de la caza en esa mañana de helada constante, hacía brillante su mirar.

El monje, seguido siempre de sus extraños acólitos, el portacapa y el porta-zapatos, colocándose delante de él lo obligó á detener su caballo; prosternándose al mismo tiempo en tierra y cogiendo el pie de Guermund en el estribo lo cubrió de lágrimas sin decir nada, inmóvil, suplicante, no por su palabra sino por todo su exterior, por su duelo, y su mismo silencio. Guermund muy contrariado al verse así interrumpido en su marcha por este personaje importuno, vestido de negro, le dijo enojado:

—¿Qué tienes y de dónde sales?

El frío era tan fuerte que Geoffroy tiritando, apenas podía hablar; con voz entrecortada y suspendida á menudo para respirar, le contestó:

—Yo soy Geoffroy, obispo de Amiens y aún en el orden temporal, tu legítimo señor como Cristo, impelido por su amor subió á una cruz, para salvar al primer Adán, así vengo á tí para que tú me devuelvas á mi Adán que tienes prisionero.

Al oír estas palabras, Guermund pareció una serpiente á la que se le ha arrojado una piedra, que se endereza furiosa y acoge en su garganta el veneno con que hará perecer á su enemigo.

—¿Cómo te atreves, monge, á venir á mi presencia? ¿Me crees afeminado hasta el punto de soltar á Adán por miedo? Puesto que la suerte me lo ha dado lo guardo y lo guardaré cautivo, y su castigo os hará llorar á todos de compasión. Vete de aquí lo más pronto posible por temor que te arroje ignominiosamente.

El obispo soportó esas injurias dulcemente y con calma; con un brusco movimiento Guermund puso en marcha su caballo y todo el cortejo lo siguió dirigiéndose al bosque. Geoffroy, acompañado de todo el pueblo se dirigió á la Iglesia de San Martín, que estaba no lejos del castillo. Allí dobló la rodilla, se inclinó sobre una estera de junco y oró. Llegaba la tarde, aún no se había movido, el pueblo se retiró de la iglesia sin ruido y toda la noche el obispo quedó en oración.

Los sacrificios y oraciones de Geoffroy no debían ser inútiles. Dios lo había escuchado. La Providencia dispone los acontecimientos y desbarata las intrigas sabiamente. Era necesario que Adán fuese libertado, pero no era menos necesario que Guermund fuese humillado, y fué lo que sucedió.

Pocos días después Guermund fué á devastar los países vecinos, llegó á las tierras de Guillaume Talvas, conde de Ponthieu, sucesor de Roberto el Diablo. Fué tomado en una emboscada y conducido donde Guillermo, en medio de una alegría loca. Desde que el conde lo vió lo llenó de injurias sin nombre, después lo hizo conducir á una prisión donde lo dejó sin darle señal de vida. Mientras que Adán se desesperaba en los calabozos de Prequigny, Guermund estaba también abandonado en los del castillo de Guillermo. Esa fué su primera expiación.

Reflexionando amargamente en el subterráneo sin luz donde se moría de hambre, de frío y de rabia, se preguntaba quién podría interceder en su favor. Era odiado de todos; Sólo Geoffroy, por su gran corazón, podría, quizá ofrecerle algún socorro. Encontró un hombre que se ofreció á llevarle su carta al obispo. Se humillaba, pedía perdón, prometía dar libertad á Adán, reconstruir las iglesias y vivir honestamente. ¿Geoffroy podría resistir?... Se dirigió á Ponthieu, bajó al calabozo y cuando Guermund lo vió se arrojó á sus piés como lo había hecho Geoffroy ante él en Prequigny. Esta fué una segunda penitencia.

Geoffroy obtuvo fácilmente el perdón de su enemigo y se fué con él. Llegados á Prequigny sacaron á Adán. En seguida Guermund hizo reparar todos los daños que había causado.

Este fué uno de los raros días felices en la vida de ese grande obispo. Ya entonces los burgueses de Amiens se sublevaban contra su señor Enguerrand de Boves y reclamaban la libertad comunal. Una terrible revolución se preparaba. Geoffroy siempre abnegado para con los humildes y los oprimidos iba á ponerse á la cabeza de su pueblo para luchar contra el abominable señor feudal; y en la tarde cuando llevaba á Amiens á su protegido Adán, que iba pronto á traicionarlo, pudo aplicarse el último verso de una canción que cantaba las hazañas de Rolando y los dolores de Carlomagno:

Dieu! dit le roy, tant peineuse est ma vie!
Dios! dice el rey, tan penosa es mi vida!

C. FLORISORNE



SEDLITZ

Charles CHANTEAUD

de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



Los Perfumes Concentrados

"STILLI FLORE"

de la **Perfumería Oriza**

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para perfumarse durante varios días

Probarlos es adoptarlos

Se encuentran en venta en las siguientes casas del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas



CRÈME SIMON

La **Gran Marca** de las **Crema**s de **Belleza**.

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Evijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

CASA MOZARD

Amoblados

DECORACIONES Y TAPICES

Mandamos presupuestos por instalaciones completas de casa

